

# INTRODUCCION AL CUADERNO

Desde octubre de 1981 no habíamos dedicado ningún *cuaderno* a la literatura. Entonces ofrecimos varios artículos de Pedro Trigo bajo el título: *Novela mexicana, Iglesia y Liberación*.

Hoy les entregamos seis excelentes aportaciones, bajo el título: *Literatura: testimonio, profecía*. Con estas palabras queremos decir lo siguiente: cuando la literatura es de calidad, ella misma es testimonio en el sentido más fuerte de la palabra: testimonio del sufrimiento y de la esperanza del hombre (varón/mujer) y de los pueblos. Y cuando el testimonio es auténtico, alcanza a ser profecía en el propio sentido de la palabra: anuncio y denuncia, consuelo y llamado que vienen, en definitiva, de Dios mismo.

Esta es, así, nuestra pregunta: ¿cuál es el testimonio y cuál la profecía que nos llegan a través de algunas obras literarias, mexicanas y nicaragüenses en nuestro caso?

Pero antes de introducir la respuesta que sugieren nuestros artículos, queremos anteponer algunas reflexiones sobre la relación entre literatura y cristianismo.

## LITERATURA Y CRISTIANISMO

Evidentemente existe y puede existir literatura explícita y confesionalmente cristiana. Basta pensar en san Juan de la Cruz o, más cercano a nosotros, en la poesía de Dom Pedro Casaldáliga. Al menos parte de la obra de Ernesto Cardenal sus Salmos, entre otros es también cristiana de esta forma. Debería ser claro que «cristiano» no es sinónimo de piadosista, como puede evidenciarse por los

(pasa a la página 14).

## EN ESTE NUMERO

|  |                               |
|--|-------------------------------|
| EDITORIAL  | 4                             |
| Verdadera democracia   |                               |
| COLABORACIONES   | 6                             |
| El aspecto social de la Eucaristía   | Manuel Velázquez              |
| Dedicado a Mons. Almeida y su presbiterio, por tomar en serio la Eucaristía; se nos presenta la relación entre Eucaristía y justicia.                    |                               |
| CUADERNO: LITERATURA: TESTIMONIO, PROFECIA   | 13                            |
| Artículo de fe   | Vicente Leñero                |
| El doloroso y lúcido camino de respuesta a una pregunta: ¿un novelista católico?   |                               |
| A José Revueltas, hijo del hombre.   | Javier Jiménez Limón          |
| Un homenaje, desde la fe, al hombre que hay en ese comunista entrañable.   |                               |
| Dios, Cristo y Cíclope en la obra de Revueltas   | 27                            |
| José Ramón Enríquez  |                               |
| Muestra cómo, en su análisis crítico del catolicismo, Revueltas tiene una verdadera teología, de la que podemos aprender mucho los cristianos hoy.       |                               |
| El profetismo actual en América Latina: Ernesto Cardenal   | 32                            |
| Jorge Narro  |                               |
| Análisis de la poesía de Cardenal, haciendo patente su dimensión profética, en la que encarnan los sufrimientos, clamores y esperanzas americanos.       |                               |
| Mujer y poesía.  | Raúl H. Mora                  |
| Presentación de la poesía de Gioconda Belli, nicaragüense, es decir, rebelde y libre, amorosa, poeta.  |                               |
| A los diez años.   | José M <sup>o</sup> Valverde. |
| En la solidaridad también respira el poeta. Un cristiano, poeta, catalán, celebra en testimonio y profecía, los diez años de la Revolución nicaragüense. |                               |
| DOCUMENTOS   | 51                            |
| Informe de la CLAR.  |                               |
| Una aportación esclarecedora respecto del problema surgido en torno al Proyecto Palabra-Vida.  |                               |
| Carta del 7 <sup>o</sup> Encuentro Intereclesial de CEB's, Brasil  | 54                            |
| LIBROS   | 58                            |
| PALABRA  | 59                            |
| La Iglesia, respuesta de Dios al pueblo pobre y oprimido.  |                               |
| José Antonio Moreno  |                               |
| Meditación sobre la tarea liberadora de la Iglesia, a partir de Mt 9,35-10,1 y de Mc 3,13-14.  |                               |



## DEMOCRACIA VERDADERA

Había una vez un pueblo que vivía profundamente la democracia. Entre ellos no había problemas de lucha por el poder, ni dedazos ni imposiciones. No había tampoco corrupción ni abstencionismo. Su criterio para elegir a alguien como candidato a gobernador era la historia de servicios prestados a la comunidad.

Nunca tuvieron problemas de robos de urnas, de elecciones anuladas. Porque no había urnas que robar ni papeletas de votos que falsificar. Ni siquiera tenían una época fija para elecciones, sino que la decisión de reemplazar a alguien en su cargo llegaba como fruto maduro, no por otra razón sino por la obvía: servir es un cargo pesado, cuando se hace de verdad, y no puede pesar indefinidamente sobre alguien. El tiempo, pues, de la duración en el cargo, lo marca el peso mismo de la vida. Y no había necesidad de señalarlo de antemano porque no era necesario controlar la ambición del poder. Porque nadie aspiraba a dominar; ser jefe no significaba *poder* sino *servicio*.

Y cuando llegaba el caso, la comunidad entera asumía la obligación de enterarse sobre los posibles candidatos y sobre su historia de servicio: qué tanto había colaborado en la organización de las fiestas de la comunidad, cómo había ayudado en situaciones difíciles, qué tanta capacidad tenía de juzgar situaciones de problema entre miembros del pueblo, qué otros cargos había desempeñado y cómo...

Este es el primer paso de la democracia: estar informados. Y como no tenían televisión ni periódicos, entonces sí podía haber información veraz: la que se da de boca en boca, buscando el bien del pueblo. El candidato no sólo no tenía que hacer promesas, sino que muchas veces era el último en enterarse de que se estaba pensando en él.

Entonces iba una comisión de mayores del pueblo a proponerle que aceptara ser su jefe. Le decían que ya era tiempo de sustituir a alguno de los gobernadores (porque no era sólo uno) y que muchos del pueblo habían pensado en él. El «no» por parte del «presunto» era obligado. Había que convencer-

lo. Porque lo que le ofrecían era simplemente la oportunidad de ayudar a resolver las necesidades de su pueblo. No le ofrecían ningún beneficio material o económico, sino más bien la exigencia de compartir (y compartirse) todavía más lo que tenía.

Cuando finalmente llegaba a aceptar, entonces en una reunión de todo el pueblo venía la elección entre varios candidatos; elección hecha cara a cara, respondiendo cada quien ante todos de la decisión asumida. Luego de la designación, venía la confirmación por parte de los mayores y la fiesta. El pueblo podía seguir viviendo, porque había quien se hacía responsable por la vida.

\*\*\*\*\*

A varios lectores esto podrá sonar a utopía, si no es que a fábula. Pero este mismo año debió haber sucedido algo parecido a lo narrado en varias partes de nuestra patria. Así viven entre seis y ocho millones de indígenas que integran nuestra nación. Con variantes propias de cada una de las etnias, pero en esencia, la misma realidad de democracia, la misma verdad, la misma Historia en el sur, entre mayas, que en el norte, entre los tarahumaras; entre los otomíes, los tarascos, los huicholes, los tzeltales, los mayos, los zapotecas, los choles. Profundo conocedor de la realidad indígena, Fernando Benítez afirma: «*Los indios son los únicos demócratas*».

Esto es verdad en todos sus pueblos, excepto donde la otra *democracia*, la nuestra, los va contaminando. Donde se les da el nombre despectivo de *gobernadorcillos* y se les somete a las presidencias municipales, siempre en manos de mestizos o blancos, sus peores enemigos, sus explotadores. Donde el alcohol se ha convertido en instrumento de *concertación* sobre el uso de las enormes riquezas naturales de sus territorios, nunca para bien de ellos. Donde se les usa como elemento folklórico en las giras de candidatos presidenciales, para que les entreguen el bastón de mando, para que les bailen, para que les digan en su lengua frases tan autóctonas como: «*Siempre hemos pensado que usted debe regir los destinos de la nación*».

Y así, sexenio a sexenio seguimos tercamente poniendo medios para acabar con esa gran reserva de democracia que son las culturas indígenas, el modo de vivir en el mundo y situarse en la historia de esos millones de hermanos nuestros, ejemplo nuestro, a quienes los de *raza superior* llaman «los pobres inditos».


\*\*\*\*\*

Y entre tanto, seguimos haciendo difícil nuestro propio tránsito doloroso a la democracia. Una tras otra las elecciones que han habido van haciendo dar tumbos a nuestras maltrechas aspiraciones. Va resultando conducta fuera de la ley exigir respeto al voto popular; va resultando provocación insolente pedir que se presenten públicamente las actas de casillas electorales, va resultando desacato a la nación la desconfianza.

Todavía recuerdo y saboreo la lección de dignidad y poder popular que una colonia marginal de Chihuahua dio a un burócrata enviado a *concertar*. Profundamente molesto por la irreductible decisión popular de no dejarse manipular, como lo hacían las organizaciones oficiales, dijo que no estaba dispuesto a tolerar semejante falta de respeto y amenazó con retirarse interrumpiendo las negociaciones. Entonces el presidente del Comité de Defensa de Derechos, 60 años de edad y varios de lucha sindicalista, le dijo con voz pausada, serena, con la firmeza de quien sólo tiene compromisos con el futuro de sus hijos y nietos:

*Licenciado: si usted interpreta como falta de*

*respeto a la autoridad lo que los compañeros le han estado diciendo, es que tal vez no ha percibido la angustia que hay detrás de sus palabras, y todo lo que han sufrido de explotación. Tal vez usted se extrañó de que, cuando entró nadie se puso de pie, y cuando nos habló, nadie lo aplaudió; le debe haber molestado la diferencia entre el mitin anterior en el que estuvo, donde todos le dijeron que sí a todo, y nuestra pequeña reunión donde le hemos hablado con la verdad. A lo mejor eso es lo que le pareció falta de respeto. Lo que pasa es que de tanto que nos ha quemado la leche, ya hasta al jocoque le soplamos. Porque hemos acudido a muchos licenciados, que nos han prometido ayudarnos y sólo se han llevado nuestro dinero, ...y usted es licenciado; y hemos ido a muchas autoridades sin ningún resultado, ...y usted es autoridad. Y hemos decidido que ya no vamos a aplaudir a las palabras, sino a las acciones. Nosotros le agradecemos lo que buenamente quiera hacer para ayudarnos, y si nos conviene, estaremos con usted; si no nos conviene, pues entonces iremos a darle las gracias y seguiremos con nuestra lucha.*

Sólo si rescatamos la dignidad hay esperanza para la democracia. El pueblo es quien tiene, en definitiva, la palabra. Los partidos deben decidir las acciones para colaborar en la formación de esa conciencia. Y el partido en el poder deberá optar entre la voluntad de cambio real o el empecinamiento, entre el respetar y colaborar con las decisiones del pueblo o quedarse en la desgraciada oposición a la democracia. Y entonces tener que dar cuentas a la historia. Y a alguien más. 





## EL ASPECTO SOCIAL DE LA EUCARISTIA

Manuel Velázquez H  
Director del Secretariado Social Mexicano

*Para Mons. Almeida y el presbiterio de Chihuahua por tomar en serio la Eucaristía.*

Del 5 al 8 de octubre de este año se celebrará en Seul, Corea del Sur, el 44 Congreso Eucarístico Internacional. Es deseo del Padre Santo, expresado entre nosotros por Mons. Alfredo Torres, Presidente de la comisión Episcopal de Misiones, que todo el mundo se prepare «para vivir en comunión fraternal el gran acontecimiento de fe eucarística para capacitar a la Iglesia cada vez mejor a ser el gran sacramento de reconciliación de los hombres con Dios y entre sí». De esta manera, en un mundo dividido por el odio y las guerras, «la Iglesia lleva a los hombres por la Eucaristía a la perfección del amor y hace del corazón humano un manantial de paz que le capacita para ser fermento de reconciliación, de unidad fraternal y paz entre los hombres de buena voluntad»<sup>1</sup>. Para lograr todo esto: «La liturgia debe favorecer y fomentar el sentido de comunidad fraternal que se exprese en una actitud generosa de comunión y participación, sobre todo con los pobres». Y, en consecuencia, «la comunidad debe buscar medios e implementar estructuras que promuevan integralmente al hombre, una distribución justa de los bienes, y una apertura al perdón y la reconciliación para construir la paz»<sup>2</sup>.

Ante estas propuestas tan amplias e importantes, vienen de inmediato a la mente algunas preguntas básicas: ¿No será demasiado pedir de un acto en apariencia tan desproporcionado como la Eucaristía? Si se le pide a la Eucaristía que promueva la justicia social ¿qué relación existe entre la Eucaristía y la acción por la justicia? Finalmente, y yendo al fondo: ¿La justicia social es solamente un aspecto, una consecuencia de la Eucaristía, o debemos verla con teólogos actuales como *constitutivo* esencial de ella? Son preguntas que

con mayor o menor claridad nos planteamos y que debemos esclarecer iluminados por el magisterio y en apertura a la luz del Espíritu que sopla por donde quiere, pero que hay que estar dispuestos a captar.

### LOS HECHOS PARECEN CONTRADICTORIOS

Acabamos de leer lo que escribe Mons. Torres: «La Iglesia lleva a los hombres por la Eucaristía a la perfección del amor». San Agustín en el s. IV ya exaltaba la Eucaristía como: «Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad» (In Ioan., 26,13). ¿Pero por qué los hechos muestran lo contrario?

El Instrumento de Trabajo para la preparación del próximo Congreso nos da entre otros los datos siguientes:

La carrera de armamentos entre los países produce las siguientes cifras desastrosas: Los gastos en armamento en 1980 fueron de 500,000 millones de dólares. Pero ya en 1985 fueron el doble: un millón de millones de dólares; lo cual equivale a diez veces la deuda externa de México. Cifra que en nuestra moneda sería 2,250 millones de millones de pesos en un año. Y se puede calcular que en un día se gastaron 6'164,383'561,000 pesos. Quiere esto decir que cerca de dos millones de dólares se emplearon cada minuto en medios para destruir la vida, para sembrar la muerte y la destrucción.

*Lo que se gasta durante 7 días en armas bastaría para dar alimento suficiente, por un año, a todos los millones de seres humanos que padecen hambre en el mundo»<sup>3</sup>.*

*Se considera, además, que hay en el mundo 400,000 científicos dedicados al diseño y «perfeccionamiento» de las distintas armas»<sup>4</sup>.*

Con las bombas atómicas existentes se puede destruir 20 veces la tierra. O sea que bastaría una vigésima parte del arsenal atómico para volar el globo terrestre.

No es extraño que se haya impuesto sobre más de la mitad de la humanidad un sistema económico que no sirve para su desarrollo sino para su despojo. El precio que los países ricos imponen sobre las materias primas que reciben de los países pobres no se compa-

ra con los precios de sus maquinarias, aparatos y tecnologías. Y hoy la necesidad que sienten los países ricos de ver por su medio ambiente y de buscar mano de obra barata, está enviando a los países pobres las industrias sucias y las maquiladoras.

Por eso nuestros pueblos no viven la paz, ni la justicia, y menos la fraternidad. «El subdesarrollo latinoamericano, con características propias en los diversos países, es una injusta situación promotora de tensiones que conspiran contra la paz» (Medellín, Paz). Estas tensiones se dan entre clases sociales: «pocos tienen mucho (cultura, riqueza, poder, prestigio...) mientras muchos tienen poco». Los obispos en Medellín (1968) no dudaron en calificar «la miseria que margina a grandes grupos humanos en todos nuestros pueblos» (los indígenas, los campesinos, trabajadores), «como injusticia que clama al cielo» (Medellín, JUSTICIA).

En Puebla nuestros Pastores afirman que «es un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres» y llegaron a calificar esta situación de «pecado social» (DP, 29). Y constataron que esta situación no es «casual», «sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas», impregnadas no de humanismo sino de materialismo, que exigen cambios profundos (DP, 30). Este materialismo en nuestros pueblos está institucionalizado por el sistema económico del capitalismo en que vivimos: de mercado libre y de ideología liberal, reforzado por grupos minoritarios nacionales asociados con intereses foráneos (DP, 47).

Más cerca de nuestra constatación: las divisiones que abundan en el seno de muchas familias, los maltratos a las mujeres y a los menores, los conflictos en los pueblos y barrios, las divisiones entre grupos a veces en la misma parroquia, la violencia en la sociedad, la criminalidad, etc. etc.

Y todo esto en pueblos donde abundan más los cristianos, en pueblos con Eucaristías, comuniones, adoraciones... ¿Dónde están los efectos del «signo de unidad», del «vínculo de caridad»? ¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando...?

#### UNA EUCARISTIA SIN JUSTICIA Y COMO SE LLEGO A ELLA

Lo que está pasando es que ni los sacerdotes, ni la jerarquía, «ni los teólogos han tomado en serio la relación que necesariamente existe entre la Eucaristía y la justicia»<sup>5</sup>.

«La experiencia nos enseña que la justicia no se ha exigido, de hecho, ni como condición, ni como conse-

cuencia, ni menos como constitutivo de la celebración Eucarística»<sup>6</sup>. De allí que por todas partes se celebran misas en las que participan personas que públicamente cometen atropellos, que van a seguir cometiendo injusticias... y a nadie le pasa por la cabeza que la justicia sea un *constitutivo* de la celebración como lo son el pan y el vino, o las palabras de la consagración.

No lo vio así la teología tridentina que hemos heredado; pero una teología actualizada debe establecerlo claramente.

#### Una teología tridentina no actualizada

El concilio de Trento fue convocado para la fijación del dogma de la Iglesia y para su reforma frente a los errores de Lutero y la extensión del protestantismo, a mediados del siglo XVI. Una de sus grandes preocupaciones fue definir la doctrina de los sacramentos, por eso trató también de la Eucaristía; pero frente a los errores de Lutero, se centró «en las cuestiones referentes a la presencia, la transubstanciación, el carácter sacrificial de la misma y el respeto, adoración y veneración que merece el sacramento»<sup>7</sup>.

Recogía así Trento la doctrina y las preocupaciones de la doctrina católica de la edad media, sobre todo las que se comenzaron a plantear con los primeros errores sobre la Eucaristía que aparecen en el siglo IX.

La deficiencia de toda esta reflexión teológica fue haber nacido desvinculada de la eclesiología. Por eso se elaboró sin la dimensión comunitaria, y no tuvo su centro en la Iglesia ni buscó en ella su marco de comprensión, pues la doctrina de la época, más canónica que teológica, ponía el centro de la Iglesia en el papa y no en la Eucaristía. Las consecuencias de estas deficiencias para nuestro tiempo las señala con fuerza el teólogo jesuita José Ma. Castillo:

*Al quedar marginada la dimensión eclesial y comunitaria de la eucaristía, quedó también silenciada su función social y pública. De ahí la «privatización» y la «espiritualización» de la celebración eucarística: los frutos de la eucaristía son la santificación de las almas y la purificación de las faltas. La adoración, la devoción y la piedad son los temas que desarrolla ampliamente la literatura eucarística. Pero nada se dice acerca de la dimensión social que tiene la eucaristía, tal como aparece en los capítulos diez y once de la primera Carta a los Corintios y en los relatos del libro de los Hechos. De ésta manera, quedó enteramente marginado uno de los aspectos más fundamentales que, como veremos, tuvo la eucaristía en tiempo de los padres»<sup>8</sup>.*

## Falta de memoria histórica

Las preocupaciones de la edad media y de Trento no borraron precisamente la historia primitiva de la Iglesia, pero se acudió al examen de los textos y usos de la antigüedad en busca únicamente de argumentos para apoyar las preocupaciones más recientes: la presencia real, el carácter sacrificial de la misa, etc., mientras que otros aspectos no llamaban la atención.

Las necesidades de la época hacen ahondar en la historia y en la doctrina con diversos intereses. De hecho la Srta. Emilia Temisier, promotora original de los Congresos Eucarísticos, tenía la idea básica de promover: «La salvación de la sociedad por medio de la Eucaristía». Pero no había entonces ideas claras sobre el mundo, la Iglesia, y el Reino. «La constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno, *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, estaba todavía muy lejana, y la Iglesia no había podido beneficiarse de toda la reflexión bíblica, patrística, litúrgica y teológica que ha señalado la primera mitad del siglo XX». <sup>9</sup> Por esto el tema de los primeros Congresos mundiales era más bien cultural y piadoso, en cambio después de la II Guerra Mundial, y sobre todo después de Bogotá (1968), los temas de los últimos Congresos mundiales insisten en presentar a la Eucaristía como el sacramento de la unidad y de la fraternidad.

Repasando la historia de la Iglesia primitiva con estas nuevas preocupaciones, teólogos, liturgistas e historiadores descubren:

### a) la preocupación central de los Padres.

*La impresión de conjunto que produce la lectura de los textos eucarísticos de los Padres es que el problema que les preocupa no es cómo explicar la presencia de Cristo en la eucaristía, sino cómo aplicar el hecho de esa presencia a la vida de la comunidad* <sup>10</sup>.

Se puede citar a Clemente de Alejandría, a Orígenes y Tertuliano, pero baste S. Agustín quien, sin negar la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía, insiste en presentarla más bien como SIGNO, FIGURA, SEMEJANZA del cuerpo y de la sangre, pues en lo que más insiste es en que el cuerpo eucarístico de Cristo es la Iglesia entera, es decir, la totalidad de los fieles. En consecuencia, lo fundamental para San Agustín no es la presencia, sino la comunidad con el Señor y con los hermanos. Los Padres de la Iglesia no ponían, pues, el acento en la presencia de Cristo, sino en sus efectos en la comunidad.

Estos efectos se ven con claridad en dos hechos históricos: la penitencia pública y el uso litúrgico de las ofrendas de los fieles.

### b) Penitencia pública y ofrendas

Está bien comprobado que en el s. II y IV, tanto en Occidente como en Oriente, la comunidad cristiana, excluye de su seno a los pecadores escandalosos, entre los que se enumeraba de manera especial a los culpables de pecados contra el prójimo, no sólo el homicidio y el robo, sino además, la avaricia y la injusticia. «En Occidente, y quizás en Roma, existió el uso de despedir a los penitentes antes de la eucaristía propiamente dicha» <sup>11</sup>. En Oriente se distinguen cuatro clases de penitentes: los excluidos totalmente, los auditores, los «arrodillados» y «los de pie». Todos ellos no pueden ofrecer ni comulgar. <sup>12</sup>

Estos hechos quieren decir que la Iglesia se consideraba como «comunidad eucarística» esencialmente. «Hasta el punto de que excluir de la comunidad quiere decir excluir de la eucaristía» <sup>13</sup>. Quienes perjudicaban seriamente la vida o los bienes del prójimo no podían ser admitidos a la Eucaristía, esto no obstante su categoría social, como fue el caso del Emperador Teodosio, excluido de la Eucaristía por San Ambrosio después de la masacre que cometió en Tesalónica. La atención no iba hacia el pan o el vino, o a cómo explicar la presencia del Señor sino hacia la salud de la comunidad, que no debía ser adulterada por el escándalo. Esto se consideró constitutivo esencial de la eucaristía.

Sobre las OFRENDAS, por otra parte hay testimonios muy antiguos e importantes. Ante todo hay que recordar el texto de San Mateo (5,23-24): «si yendo a presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda». La ofrenda es absolutamente incompatible con la división entre el hombre y su hermano.

El texto más importante del s. II lo presenta San Justino, pues en el testimonio de su *Apología* dirigida al emperador, al senado y el pueblo romano, testifica que:

*se trata de una experiencia comunitaria (la eucaristía) a la que no sólo todos los miembros de la comunidad asisten, sino además en la que todos participan, en la que se exige como condición para participar el vivir «conforme a lo que Cristo nos enseñó» y, sobre todo, en la que la celebración del misterio está esencialmente asociada a la ayuda mutua y a la puesta en común para socorrer «a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, y en una palabra, a cuantos se hallan en necesidad»* <sup>14</sup>.

En el mismo sentido se puede citar a San Ireneo, Ter-

tuliano, San Cipriano, y otros. Basta lo aducido para subrayar que en los primeros siglos de la Iglesia el problema no fue cómo explicar la presencia de Cristo en la Eucaristía sino la práctica de ella, que exigía una comunidad sana, en la cual nadie explotara o abusara de su prójimo, y una comunidad *compartida*, «que consideraba incompatible la eucaristía con la división entre los hombres y con la injusticia que atropella o abandona a los pobres, a los perseguidos y a los marginados»<sup>15</sup>.

## LAS TESIS BASICAS

**Dios no acepta el culto ofrecido por los injustos y los opresores; la Eucaristía auténtica debe ser celebrada por una comunidad que lucha por vivir la justicia y la fraternidad**

La primera parte de esta tesis debe declararse con valentía: «donde no hay justicia no hay verdadero culto al Dios verdadero». Yahvé, el Dios de Jesucristo, no es un ídolo al que se agrada con cosas u ofrendas, aunque el corazón esté lleno de injusticia.

Es imprescindible leer los textos fuertes de los profetas como Isaías (1,11-18; 58,6-9; 66,1-3), Jeremías (7,4-11), Miqueas (6,6-8), Oseas (2,13-15; 4,11-19; 6,6...), Malaquías (3,4-5). Pero baste aquí recordar dos textos del profeta Amós, dirigidos a lajere ricas y egoistas de su tiempo:

*Esto es para ustedes, vacas de Basán, que viven en los cerros de Samaría; para ustedes que oprimen a los débiles, aplastan a los menesterosos y dicen a sus maridos: «Sirvannos vino para emborracharnos...» «Vayan al santuario de Betel para pecar. Vayan al Guilgal y pequen más todavía. Traigan sus sacrificios cada mañana y sus diezmos, durante los tres días» (Am 4,1-5) «Yo odio y aborrezco sus fiestas y no me agradan sus reuniones. No me gustan sus ofrendas ni las víctimas consumidas por el fuego; ni me llaman la atención sus sacrificios... Quiero que la justicia sea tan corriente como el agua, y que la honradez crezca como un torrente inagotable» (Am 5,18-24).*

Baste, también, tener presente el impresionante texto del Eclesiástico sobre cuáles son los sacrificios gratos a Dios:

*Quien ofrece en sacrificio algo mal obtenido, su ofrenda es culpable; los dones de los malvados no son agradables a Dios. Al Altísimo no le agradan las ofrendas de los impíos, ni por los muchos sacrificios perdona los pecados. Ofrecer un sacrificio con lo que pertenecía a los pobres es lo mismo que matar al hijo en presencia del padre. El pan de los necesitados es la vida de los pobres, privarlos de su pan es cometer un crimen. Quitar al prójimo su sustento es matarlo, privarlo del salario que le corresponde es derramar su sangre (Eclo. 34,19-22).*

Podemos resumir el mensaje de los profetas afirmando que el culto que se practica cometiendo injusticias contra el prójimo no tan sólo NO agrada a Dios y es inútil, sino que se convierte en una burla y en una ofensa al Dios verdadero que toma la defensa de los pobres y los ama entrañablemente. En cambio el culto que agrada a Dios consiste en romper las cadenas injustas, liberar a los oprimidos, compartir el pan con los hambrientos, acoger a los sin techo, vestir al desnudo, hacer justicia al huérfano, abogar por la viuda...

En el Nuevo Testamento nos encontramos a Jesús, el profeta que es llevado a la muerte precisamente porque no tan sólo proclamó lo mismo que los profetas, sino que, frente a los sacerdotes y a los fariseos, rechazó su hipocresía de fijarse en las prácticas exactas de culto y no atender a su corazón. Por ejemplo, cuando un sábado unos fariseos se escandalizan porque «Tus discípulos hacen lo que está prohibido hacer en día sábado» (Habían tomado espigas para comerse unos granos). «Jesús les contestó (citando a Os 6,6): ... si ustedes entendieran claramente lo que significa: Prefiero la bondad a los sacrificios, no habrían condenado a estos inocentes» (Mt 12,7).

Pero tal vez el texto que más nos debe hacer reflexionar sobre nuestra práctica sea el ya citado que nos transmite la afirmación tajante de Jesús:

*Si yendo a presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda (Mt 5,23-24).*

Sentencia terrible cuando pensamos en el clamor que sube hasta al cielo desde el seno de los diversos países del continente: «un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos» (DP, 87). Este clamor, dicen los obispos, es ahora «claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante» (DP, 89)... contra los que detentan el poder económico y político y no hacen suya la causa de los pobres, y sí por el contrario «suelen ser con frecuencia los que más se acercan a los altares e incluso ocupan en ellos puestos de honor»<sup>16</sup>.

¿Pero podemos preguntarnos, todas estas acusaciones de Cristo y de los profetas son todavía válidas, o ya nada tienen que ver con la Eucaristía, puesto que ésta es el mismo sacrificio de Cristo y su valor no depende de quienes lo ofrecemos sino del que se ofrece, Cristo Jesús?

Todo esto es indudable y por todos admitido; pero no es todo. Una celebración VALIDA y LICITA no ne-

cesariamente es una celebración AUTÉNTICA. Pero además no podemos estirar demasiado el *ex opere operato* hasta convertir los sacramentos en actos mágicos. Esa fórmula lo único que significa es que la gracia se nos comunica, no en virtud de los méritos del hombre, sino por la fuerza de un signo instituido por Cristo<sup>17</sup>. Hasta los más tradicionalistas en teología aclaran sobre el efecto de los sacramentos:

*Conviene acentuar que la eficiencia «ex opere operato» que tienen los sacramentos no hay que entenderla como una causalidad mecánica o mágica. La doctrina católica no excluye el «opus operantis», antes bien lo exige expresamente cuando son adultos los que han de recibir los sacramentos: «Non ponentibus obicem» (Dz. 849)<sup>18</sup>.*

Lo único en que se insiste es que la disposición del sujeto que recibe el sacramento *no es causa* de la gracia, pero sí es *condición indispensable* para que ésta sea conferida (causa dispositiva, no causa eficiente). Advirtiéndose que del grado de la disposición subjetiva depende incluso la medida de la gracia producida «ex opere operato»; Dz 799: «secundum propriam cuiusque dispositionem et cooperationem».

Sin ahondar por ahora en este punto recojamos lo esencial. Lo esencial es que debe seguir resonando actualmente la voz de los profetas y de Cristo: Dios quiere misericordia no sacrificio ritual. Lo esencial es que, si la Eucaristía ha de ser celebración fructuosa para la comunidad, debe ser celebrada por una comunidad que lucha por superar sus divisiones y que atiende el clamor de sus hermanos más pobres. Lo esencial es que hagamos de la misa la comida fraterna que simbolice con claridad el compartir de toda la vida, con su amor, sus alegrías, sus intereses. Que ponga de manifiesto que esta comida se hace comiendo el Cuerpo de Cristo y bebiendo su sangre, es decir, mediante «un símbolo que expresa la comunión más profunda de todos los participantes con la persona de Cristo, con lo que fue su vida entregada y su sangre derramada. Que se vea claro que las personas comparten todo lo que son y todo lo que tienen; y que hacen todo eso porque, más en el fondo, comparten la existencia de Cristo<sup>19</sup>.

**La Eucaristía significa y causa la unidad entre los hombres; debe por lo tanto producir la transubstanciación de la comunidad en verdadera fraternidad**

Dice San Pablo que el proyecto de Dios para llevar la historia a su plenitud es «hacer la unidad del universo por medio del Mesías: de lo terrestre y de lo celeste» (Ef 1,10). Por eso Jesús iba a morir «no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11,52). Ahora «los que antes estaban lejos

están cerca por la sangre del Mesías, porque él es nuestra paz: él que de los dos pueblos (judíos y paganos) hizo uno derribó la barrera divisoria, la hostilidad...; así, con los dos, creó en sí mismos una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad» (Ef 2,13-16). Jesús hace pues la reconciliación y la paz de la humanidad entera con Dios reconciliándonos con él (Rom 5,1-2; 10-11; 2 Cor 5,19) y reconciliando a todos los hombres entre sí, uniéndonos por su Espíritu en un solo cuerpo (Ef 2,14-18; 4,3-4).

Todo esto Jesús lo anticipó en la última Cena: allí oró al Padre «que todos sean uno» (Jn 17,21), para que el mundo crea (Jn 17,23-24). Allí entregó el pan y distribuyó el vino como señal de la inminente irrupción del Reinado de Dios (Lc 22,15-18 par; Mc 14,25), y con sus gestos y sus palabras movió a sus apóstoles a repetir sus gestos dándoles un sentido eclesial y sacrificial<sup>20</sup>. Por sus gestos y sus palabras la Eucaristía «significa esencialmente la solidaridad más eficaz con todos los participantes y, de manera muy destacada, con los pobres y los que sufren la injusticia humana»<sup>21</sup>. En efecto es una comida con el mismo pan que se reparte entre todos (Mt 26,26; Mc 14,22; 1 Cor 11,24), y con la misma copa que pasa de boca en boca (Mt 26, 27; Mc 14,23; par). Por esto en el libro de los Hechos aparecerá como «fracción del pan» (2,42-46; 20,7-11), es decir, se comienza a celebrar en las casas como una comida en común, en un ambiente de alegría y asociada estrechamente a la más estricta comunicación de bienes (2,42-47; 4,32-35). Hace alusión expresamente al acontecimiento de la pascua judía, que destacaba la solidaridad en la pobreza y con los pobres. Y toda invitación a una mesa ya entre los judíos era una solidaridad con los participantes, que según Jesús debían ser «los pobres, lisiados, cojos y ciegos» (Lc 14,13-14).

Jesús así hizo su Eucaristía; Jesús así quiere que la hagamos nosotros: «Hagan esto en conmemoración mía». ¡Celebran una vida diaria de entrega continua hasta la muerte en bien de todos! Para celebrar, pues, auténticamente la eucaristía tendremos que recoger el mandamiento nuevo de Jesús (Jn 13,34), y su mandato (Jn 13,14): «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando», pues «nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13-14).

La muerte no le vino por casualidad sino como consecuencia de su fidelidad total a Dios y a su pueblo. No fue su muerte un hecho aislado sino el sello de toda su vida entregada a los demás y solidaria con los pobres, los marginados, los que sufren... primarios destinatarios de su misión (Lc 4,19).

Por eso Pablo al relatar la institución (1 Cor 11,23-24)

insiste que donde hay división entre ricos y pobres es «imposible comer la cena del Señor» (11,20). «Pablo quiere decir que donde no hay una comunidad unida, en la solidaridad que supere las diferencias sociales y económicas, es imposible la eucaristía». Por eso también Juan, en lugar de narrar la institución, coloca el nuevo mandamiento del amor (Jn 13,34-35), al que ha precedido el gesto simbólico del lavatorio de los pies (13,1-17), con un mandato paralelo. Al «haced esto en memoria mía» de la institución eucarística, corresponde el «hagan ustedes lo mismo que yo he hecho» (Jn 13,15). Está claro que Juan ha querido decirnos: «La institución eucarística no es un gesto ritual desligado de la vida, sino que es el signo que expresa lo que tienen que practicar los cristianos, el amor en la solidaridad y el servicio humilde de los demás».

En conclusión, la Eucaristía sólo es celebrada auténticamente por creyentes que se comprometen seriamente en el empeño por lograr una sociedad más justa y más humana. Requiere el ser celebrada por una comunidad de creyentes que se esfuerce por superar sus diferencias y divisiones y que esté dispuesta a compartir lo que son y lo que tienen.

#### CONCLUSION: ¿QUE PODEMOS HACER PARA UNA AUTENTICA EUCARISTIA?

Pastores y fieles debemos acordar las condiciones esenciales para una celebración eucarística auténtica y ponerlas en marcha. ¿A qué debemos darle más importancia al preparar una celebración: a los adornos, al número de ministros, a las comuniones...?

Como mínimo deberemos proponernos:

\* Tomar en serio irnos haciendo una comunidad fraterna que lucha por la justicia, a partir de pequeños grupos más conscientes: ir tratando de suprimir diferencias en el perdón y el diálogo que supone el respeto a las diferencias. Orientar hacia esto las homilias, la catequesis, las oraciones.

\* Evitar toda división y discriminación motivo de la Eucaristía;

\* acabar con las primeras Comuniones de lujos y darles significado de compartir.

No hacer nada en este sentido mostrará indudablemente un grave descuido de la Eucaristía.

#### NOTAS

1. VARIOS México en *Comunión y participación con Seúl*; Dirección Nacional OMPE, México, 1988, p. 5.
2. *Loc. cit.*, p. 7.
3. *Op. cit.* p. 127.
4. *Ibid.*



5. J. ALONSO ET ALII: *Fe y Justicia*. Salamanca; Ediciones Sígueme, 1981, p. 137.
6. *Op. cit.*, p. 136.
7. *Op. cit.*, p. 139.
8. *Op. cit.*, p. 141.
9. *Instrumento de trabajo*, p. 24.
10. J. M. CASTILLO: *Fe y Justicia*, p. 146.
11. A.G. MARTIMORT: *La Iglesia en oración*, Barcelona; Herder, 1965, p. 612.
12. *Ibid.*
13. CASTILLO: *Op. cit.* p. 152.
14. J. M. CASTILLO, *Op. cit.* p. 156.
15. J. M. CASTILLO, *Op. cit.*, p. 165.
16. J. M. CASTILLO: *La alternativa Cristiana*. Salamanca; Ediciones Sígueme, 1981, p. 310.
17. J. M. CASTILLO: *La alternativa Cristiana*, p. 313.
18. LUDWIG OTT: *Manual de teología dogmática*, Barcelona; Herder, 1958, p. 493.
19. J. M. CASTILLO: *La alternativa Cristiana*, p. 270.
20. L. BOFF: *Pasión de Cristo, Pasión del mundo*. Santander; Sal Terrae, Col. Alcance 18, 1980, pp. 82-83.
21. J. M. CASTILLO: *Fe y Justicia*, p. 168.

#### BIBLIOGRAFIA

- BOFF, LEONARDO: *Pasión de Cristo, Pasión del mundo*. Santander; Sal Terrae, 1980. Col. Alcance No. 18.
- CASTILLO, JOSE MA.: *La alternativa cristiana. Hacia una Iglesia del pueblo*. Salamanca; Ediciones Sígueme, 1981.
- FLORISTAN, CASIANO Y MALDONADO LUIS: *Los sacramentos signos de liberación*. Col. Aperos del cristiano, Madrid; Mañana editorial, 1977.
- GONZALEZ FAUS, JOSE I: *La teología de cada día: «Tesis sobre cristianismo y lucha por la justicia»* (pp. 383-392).
- GRUPO DE DOMBES: Documentos: «Iglesia Espíritu Santo y sacramentos (Acuerdo del grupo de Dombes. Tercera parte aproximación doctrinal). *Phase*. Año XX (1980), No. 119, pp. 343-358.
- HAMMAN, A: *Vie liturgique et vie sociale*. París; Desclée, 1968.
- JUNGMANN, J.A., SJ: *El sacrificio de la Misa. Tratado histórico-litúrgico*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1953.
- LEON-DUFOUR XAVIER: *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona; Herder, 1965.
- LOPEZ, JULIAN: «Jesucristo, pan partido para un nuevo mundo». Líneas teológicas de los documentos episcopales ante el Congreso de Lourdes, *Phase* (Barcelona), año XXI (1981), No. 126, pp. 483-498.
- MARTIMORT, A.G: *La Iglesia en oración*. Introducción a la liturgia. Barcelona; Herder, 1965.
- MATEOS, JUAN Y SCHÖKEL, ALONSO: *Nuevo testamento*. Madrid; Ediciones Cristiandad, 1975.
- VARIOS: *México en comunión y participación con Seúl*. México; Dirección nacional OMPE, 1988.

**LITERATURA:  
TESTIMONIO,  
PROFECIA**

ARTICULO DE FE. APUNTES PARA  
LA AUTOBIOGRAFIA RELIGIOSA  
DE UN NOVELISTA

A JOSE REVUELTAS, HIJO DEL  
HOMBRE HOMENAJE DE UN LECTOR  
CRISTIANO

DIOS CRISTO Y CICLOPE EN LA OBRA  
DE REVUELTAS

EL PROFETISMO ACTUAL EN A.L.  
UN POETA: E. CARDENAL

MUJER Y POESIA: GIOCONDA BELLI

A LOS DIEZ AÑOS: NICARAGUA



**CUADERNO**

bién, un hallazgo literario y humorístico, tan iconoclasta como creyente).

## 2.- A JOSE REVUELTAS, HIJO DEL HOMBRE. JAVIER JIMENEZ.

Este segundo texto tiene por subtítulo: «Homenaje de un lector cristiano». Jiménez Limón confiesa que hacía tiempo quería escribir este homenaje cristiano al comunista entrañable que fue José Revueltas.

Fijándose en las actitudes humanas más hondas de Revueltas-identificación con lo humano, interrupción ante el sufrimiento y lucidez ante la condición humana;-el artículo nos ofrece tres claves para acceder al testimonio y a la profecía de Revueltas. «Los días terrenales» título que su autor daba a toda su narrativa son auténtico arte, testimonial y profético, porque son como un gran depósito de protesta contra la infelicidad social, y porque dejan entrever la posibilidad de que las cosas sean de otra manera.

## 3.- DIOS, CRISTO Y CICLOPE EN LA OBRA DE REVUELTAS. JOSE RAMON ENRIQUEZ.

Con permiso de su autor ofrecemos este texto, ya publicado en la nueva *Jornada Semanal*, porque es un excelente complemento al artículo anterior.

Enríquez muestra, con gran sensibilidad cristiana y con apertura dialogal, cómo el ateo Revueltas, sin dejar de serlo, tiene una verdadera teología y un análisis crítico del catolicismo mexicano. Su teología peculiar lo hace ateo de un dios bárbaro que amara la muerte y la destrucción; y lo lleva a acercarse con simpatía a Cristo y al espíritu de Cristo, aun cuando no confiese su divinidad.

Los cristianos deberíamos atender a algunas palabras estremecedoras de Revueltas acerca de la Iglesia, aducidas por Enríquez: «La Iglesia puede perderse. La perderán los anticristianos de la Iglesia. Y si la Iglesia se pierde, si la Iglesia naufraga, nadie más que el hombre resentirá ese naufragio».

## 4.- EL PROFETISMO ACTUAL EN AMERICA LATINA, UN POETA: ERNESTO CARDENAL.

JORGE NARRO nos ofrece en este artículo un análisis sobrio y penetrante de la poesía de Cardenal, especialmente de sus *Salmos*.

Conviene advertir que el primer apartado de este texto quizás resulte de difícil lectura para los no iniciados en teoría literaria. Sin embargo, todo lo que sigue es sencillo y muy legible para todos.

Lo que en nuestros artículos anteriores era testimonio de lo humano y, así, profecía implícita, aquí en el poeta, mōnje, sacerdote se nos convierte en profecía vigorosa y expresa. Plenamente encarnada, como la de los profetas y los salmistas, en los sufrimientos, clamores y esperanzas concreto de su pueblo.

## 5.- MUJER Y POESIA. RAUL H. MORA.

En este texto se nos ofrece una amplia presentación y un análisis muy hondo de la poesía de una mujer nicaragüense: GIOCONDA BELLI.

Es un artículo que, ante todo, produce gozo, y, así, interpela y comunica esperanza. Quizás lo que hace gozar es la unidad entre la revelación de la mujer, por un lado, y su rebelión. La alegría de una mujer-mujer, que se muestra tal con frescura, con dignidad, sin feminismos agresivos, va unida a la esperanzada rebelión de su pueblo por un mundo compartido. *La costilla de Eva, hecha amor insurrecto*. El testimonio revelado de sí misma, convertido en profecía de revolución.

## 6.- A LOS DIEZ AÑOS. JOSE MARIA VALVERDE.

Cerramos nuestro *cuaderno* con un texto solidario del gran poeta español. Un poco mayor que Leñero, Valverde ha transitado también en su vida y en su poesía de un catolicismo muy conservador a un cristianismo de liberación respirado a pleno pulmón.

En realidad «A los diez años» no es un texto literario, ni sobre la literatura. Son más bien las palabras de solidaridad de un poeta cristiano que ha sido presidente por años de la Casa de Nicaragua en Barcelona. En ellas celebra los 10 años del triunfo sandinista. Está bien que hoy terminemos así nuestro *cuaderno*, porque el testimonio y la profecía han de desembocar en la solidaridad, «ternura de los pueblos». ■

# ARTICULO DE FE

## APUNTES PARA LA AUTOBIOGRAFIA RELIGIOSA DE UN NOVELISTA

Vicente Leñero  
Escritor

PARA ESTELA

En los años cincuenta, incluso a fines de los años cincuenta, antes del Concilio, vivo todavía el terrible Pío XII, no era fácil en México, para un católico, ser novelista. Al menos así lo entendía yo desde una óptica que trataba de considerar religiosa, pero que en realidad podía definirse como fanática; es decir, derivada de un fanatismo inoculado desde la infancia más por las instituciones de enseñanza escolar que por nuestros padres en el ámbito de la familia.

Educado por los religiosos lasallistas bajo el precepto de que los libros son, sí, muy importantes, pero muy peligrosos cuando se trata de obras de ficción, la literatura se me presentó desde la edad primaria como un terreno minado. Se podía y se debía transitar por ella -según nos entusiasmaban en la secundaria los maestros de literatura-, pero era preciso tener mucho cuidado de no pisar, como quien pisa un excremento callejero cuando no una bomba de las de a de veras, las trampas pecaminosas de los libros prohibidos. Era enorme el inventario de los libros prohibidos. Y no sólo los que figuraban en el vetusto índice del Santo Oficio (Dumas no, Víctor Hugo no, Maquiavelo no, Zola no...), sino también todo escrito narrativo donde se contara «de manera vivida» la comisión de los pecados, o se «hiciera la apología» de existencias erradas y de ideas contrarias a los principios de la moral y la teología cristianas. La literatura no era para observar el mal ni para regodearse con el error, la literatura de ficción debería servir o serviría -si es que servía- para mostrar caminos de salvación a los lectores, para enderezar destinos, para llevar mensajes de optimismo a una humanidad siempre considerada como objeto pasivo de redención. Los libros, la literatura, la novela debían transformarnos en mejores cristianos de acuerdo con los moldes de una dogmática ortodoxa al margen de la cual no existía la salvación eterna.

Transcurrida la adolescencia y agotados los libros de aventuras (Verne, Salgari, Twain), las vidas ejemplares (*Staurofila*, *Quo Vadis*, *El divino impa-*

*ciente*), las novelitas rosas (Rafael Pérez y Pérez) y los primeros clásicos que tanto trabajo costaba entender, el futuro libresco parecía flaco en oportunidades. Ya se había dejado atrás a los religiosos lasallistas, pero su mentalidad cerrada encontraba prolongación en el super ego de la mentalidad no menos cerrada de las organizaciones de la acción católica. Desde el conflicto religioso de los años veinte -resucitado fugazmente en los treinta- los ideólogos de la acción católica seguían entendiendo la literatura narrativa como un terrible peligro moral -en el peor de los casos-, o como una frivolidad de la que se podía prescindir o rescatar -en el mejor de los casos-, si se enderezaba en vistas al mejoramiento del alma y a su consecuente salvación.

Ser lector, dentro de un marco así y bajo estas condiciones, representaba emprender un viaje por lugares extremadamente seguros y con la vigilancia de un guía de turistas pronto a indicarnos por dónde caminar, qué paisajes ver, qué pensar, qué sentir. Si hasta para un católico militante de la acción católica estos condicionamientos hacían poco excitante el oficio de leer, qué se podría decir de lo lejano que se volvía, lo terriblemente ajeno que se planteaba el surgimiento de una vocación literaria.

Se hablaba mucho en aquellos tiempos de vocación. En realidad yo me había pasado la infancia, la adolescencia y el principio de la juventud, escuchando a mis maestros religiosos y luego a mis asesores eclesiales exaltar ese fenómeno extraordinario, milagroso, de origen definitivamente divino que se denominaba vocación. Desde luego, vocación era siempre sinónimo de vocación religiosa, y las interminables exposiciones, peroratas y panegíricos tenían por objeto justificar o enaltecer la propia actividad del ponente -con el escandaloso narcisismo que ha caracterizado siempre a la clase clerical- e intentar, al mismo tiempo, encaminar muchachos hacia los seminarios que ya desde entonces se adelgazaban de novicios. Oía yo hablar de vocación y me conmovía. Oía definirla como un arrebató, como una pasión, como un repentino, intenso deseo de consagrarse por entero al ejercicio de un proyecto de vida, y comprendía muy bien el entusiasmo de quien trataba de entusiasmarnos. Comprendía muy bien la aventura de Pablo en el camino de Damasco, y estaba convencido de que a mí también me caía un rayo del cielo, a mí también me derribaba del caballo, a mí también me instaba una voz a dejarlo todo para consagrarme a la recién descubierta vocación. Sólo que yo no estaba en términos de vida religiosa sino en términos de vida literaria. Pero era lo mismo. Yo no quería ser sacerdote, quería ser novelista. Pero era lo mismo. Y

quería ser novelista -ahí el problema- bajo la convicción de que por medio de la literatura se podía ejercer alguna especie de sacerdocio social. Después de tantos años de endoctrinamiento, mi vocación literaria emergía contaminada por los catecismos y saturada de un afán redentor sin el cual -se me había dicho desde la infancia- no tenía caso pisar esta tierra ni ejercer la profesión de hombre. Ser novelista debía significar ser apóstol: arrancar almas del fango, rescatar mentes de la ignorancia religiosa, liberar espíritus de su cárcel moral y conducirlos a Dios. Sólo en función de realizar una actividad que resultara grata y «útil» a Dios, tenía sentido pensar en la vocación de escritor.

Enredado en estas telarañas intenté escribir. Comencé a escribir. Lo más expedito eran los caminos del ensayo o los caminos del periodismo. Escribiendo prosa editorial, breves artículos moralizantes en alguna revista universitaria, cumplía muy bien con las exigencias que debía cumplir un escritor católico: conducir almas a Dios. También resultaba apostólicamente atractivo el «periodismo católico». Bastaba con capacitarse y ejercitarse luego para cubrir reporterilmente las actividades religiosas emprendidas por la jerarquía eclesiástica o sus voceros laicos, o dar voz en entrevistas a nuestros líderes aptos para señalar a la opinión pública los caminos de la justicia, de la verdad. Entonces se era escritor católico, y uno se sentía muy bien. Yo me sentía muy bien. Mi pluma ayudaba, aunque fuera un poquitito, en el plan de la salvación eterna. Mi pluma permitía que se hablara de Dios, que se defendiera a sus representantes en la tierra, que se propagara a los cuatro vientos el mensaje evangélico. Ideológicamente no era difícil ser reportero católico, ensayista católico. Incluso no lo era ser poeta católico. La poesía era de suyo semejante a la oración: sublimaba deseos, orientaba sentimientos, permitía elevarse por encima del fango de este mundo. Escribir poesía significaba punto menos que realizar un rito religioso.

Las dificultades comenzaban. Mis dificultades ideológicas comenzaron cuando se trató de escribir narrativa que era al fin de cuentas -lo fui descubriendo poco a poco- mi verdadera vocación. Un día se lo confió a don Alfonso Junco, con quien había llegado a entablar una buena relación de alumno a maestro después de tantas entrevistas que me mandaban a hacerle de la revista *Señal*. Le confió que mi verdadero interés era dedicarme a la novela, y don Alfonso Junco me puso en guardia. «Para un católico es lo más difícil -me dijo-. Por lo peligroso». No creo haberlo entendido esa tarde, pero sí al día siguiente. Mi mentalidad de «el escritor católico por antonomasia» iba a entrar muy pronto en conflicto

con la materia misma del propio género: el mundo que se vive y el mundo que se sueña. En cualquiera de los dos no es la virtud ni el bien, ni el ansia de virtud o de bien lo que priva como realidad, como temática. La realidad de la novela hacía repeler de entrada los propósitos apologéticos y proselitistas que miraban mi corazón de muchachito bueno.

No es cosa de ponerme a detallar mi itinerario de aprendiz de novelista católico. Yo mismo me pasmo ahora al recordar mis absurdos prejuicios ante el bisturí que no me atrevía a clavar y a deslizar sobre la vida. No me atrevía con nada. No me atrevía con el lenguaje, porque el lenguaje que mis primeras historias exigían estaba cargado de palabrotas, irreverencias, blasfemias, obscenidades. No me atrevía con las situaciones, porque en la reproducción de cualquier situación verosímil salían a pedir su lugar las pasiones, el sexo, la maldad. Ciertamente el padre Coloma, el padre Heredia, José María Pereda, José María Pemán y el mismísimo Chesterton -mis modelos de entonces- sabían asomarse de pronto a aquellos inframundos y, aunque fuera de ladito, tocaban su problemática, pero se escapaban lo más pronto posible y en finales estentóreos hacían relucir siempre el mensaje esperanzador: sello inequívoco de todo escritor católico.

«Un novelista católico no puede ser pesimista -me aleccionaba don Alfonso Junco-, porque la esencia misma del católico es el optimismo, que deriva de la fe. Un católico sin fe no es un católico, y un escritor pesimista no podrá considerarse jamás un escritor católico».

Yo escuchaba boquiabierto a don Alfonso Junco y le respondía que sí, que sí, que tenía él toda la razón: convencido siempre de esa misión apostólica a desarrollar mediante la literatura. Así, en mis primeros cuentos, proclives no sé por qué a la desesperanza o a la tragedia, intentaba introducir el mensaje alentador, la enseñanza trascendente, el final definitivamente optimista que harían de esos cuentos y de mi literatura toda la literatura inconfundible, y por ello mismo originalísima, de un novelista creyente.

Pero el resultado era malo. Los tropiezos, grandes. Las dificultades, insalvables.

### Descubrí entonces, de pronto, el hilo negro

Como de golpe se me vinieron encima las novelas de dos escritores que en un abrir y cerrar de ojos -es un decir- me resolvieron mi falso problema. En la obra de Francois Mauriac y de Graham Greene se

me aclaró el horizonte y se me iluminó un camino a seguir que andando el tiempo daría sentido y rumbo a mi propia carrera, cursada un poco a contrapelo de las normas imperantes en la vida literaria mexicana de los sesenta.

En François Mauriac, digo, aprendí a degustar el mal, como plato fuerte del fenómeno novelístico. Pero no el mal entendido desde la perspectiva psicológica o social, sino el mal sufrido y asumido desde una convicción teológica. Es muy probable que la teología novelística de Mauriac no resista en nuestros días un análisis severo, pero quiero entender que en sus novelas -en las novelas que yo leí entonces entre fascinado y escandalizado: *El beso del leproso*, *Therese Desqueyroux*, *Genitrix*, *Nudo de víboras*, *El desierto del amor...*- lo católico del



novelista no se manifestaba en la piedad, ni en la posibilidad de redención, ni desde luego en el costumbrismo religioso, sino el drama del pecado como desbarrancamiento existencial, en la maldad asumida desde una conciencia de fe, en la vuelta de espaldas a un Dios que no da cauce a la redención, porque la debilidad humana obstruye el camino de la gracia. Creo recordar que en Mauriac el sentimiento de lo cristiano se desangra en el fracaso ideológico del cristiano. Los llamados «valores católicos» fallan, y no sólo por la hipocresía de sus personajes, por la doble cara de sus católicos de salón, por los intereses clericales de sus sacerdotes y sus acólitos, sino también, sobre todo, por una debilidad del alma o por una telúrica pasión que no obedece a la vocación de grandeza que debería alentar a los creyentes.

Además y más que este Mauriac analista a fondo de la fe y del pecado de la burguesía francesa, quien me sacudió como un trapo fue el inglés Graham Greene. Empecé leyendo su trilogía de la gracia -*El poder y la gloria*, *El fin de la aventura*, *El revés de la trama*-, y desde entonces hasta la fecha -ahora ya sin entusiasmo enajenado- he seguido libro a libro toda su trayectoria. Importante el Greene católico. Significativa -yo diría que única en la literatura del siglo veinte- su aplicación del thriller como género de aventuras al fenómeno del pecado y la gracia: la gracia de Dios, la que llamábamos gracia santificante, representando el papel de un personaje persecutor; en ocasiones una forma de detective o de inspector privado, muchas veces un obcecado redentor; más bien una conciencia redentora que acosa, vigila, persigue, acorrala y termina atrapando al pecador. Nadie como Greene para ilustrar, sobre el clásico esquema de la novela policial, la infatigable búsqueda que realiza Dios para levantar de su caída a la criatura humana. El hombre vuelve las espaldas a Dios, se hunde en sus miserias morales e intelectuales, echa a correr para dejar atrás la fe, pero Dios sale de inmediato a correr tras él, a perseguirlo, a cazarlo de manera implacable, se diría que cruel, porque el resultado, desde la óptica terrena, es definitivamente trágico, al menos triste, siempre doloroso.

Leyendo a este Greene entendí lo que al cabo de los años se habría de convertir en mi metáfora privada de novelista. Entre más hacía a un lado los escrúpulos y los prejuicios para encajarme en la realidad, entre más cuestionaba un pensamiento religioso no sólo por lo que hace a sus rituales y a sus desviaciones manifiestas, sino por lo que apunta a los postulados mismos de mi fe de adulto, más se enriquecía y se fortalecían de manera extrañísima mis convicciones de hombre cristiano.

Greene y Mauriac me enseñaron que la pintura del mal, con todo y su pesimismo y su crudeza y su desgarramiento, alude más a Dios y a su gracia que las pinturas apologéticas de la novelística piadosa. No era verdad que el escritor cristiano estuviera expulsado de la literatura universal ni tuviera prohibido el ejercicio de la novela; desde siempre estaba llamado a ella, pero no en su dudosa calidad de apóstol, sino en el papel de testigo, incluso de profeta. La capacidad del cristiano como observador imparcial de la realidad, merced justamente a su innata posición de corresponsable, le permite mejor que a muchos otros acometer la realidad sin temores, sin aspavientos, sin falsos intentos para mejorar lo que está fuera de su alcance. El no juzgarás del cristianismo, el mandamiento del amor por delante de la búsqueda de la justicia, esa profunda libertad para decir, para pensar, para escribir, que

proporciona el sentimiento de filiación con Dios, son todas características -se podría decir exigencias- de cualquier preceptiva novelística. El cristiano tiene como ley moral de su condición, la misma ley moral que rige al novelista en su oficio.

Esto lo fui descubriendo al leer a Greene, a Mauriac y a todos los católicos que vinieron después o simultáneamente: Evelyn Waugh, León Bloy, Bruce Marshall, George Bernanos, Heinrich Böll...

Se podía ser hombre de fe y buen novelista, descubrí entonces. Es más, el ser hombre de fe en este siglo veinte facilitaba la tarea narrativa porque el hombre de fe, entendido como yo lo quería entender entonces, parece abocado por la propia naturaleza de su creencia a interesarse más -sin juicios de por medio, con absoluta generosidad-, por la realidad que lo circunda, por el estallido del fenómeno humano.

Treinta años después no me preocupa más el tema, así. Ni siquiera me esforzaría en demostrar mi condición de creyente o de cristiano en relación directa con la literatura. La realidad de mi trabajo me la impuso como temática de toda mi novelística y toda mi dramaturgia, pero no me interesaría mantenerme fiel a ella.

Fue una obsesión, pero ya pasó tal vez; ya está pasando quizá. Me interesa analizarla porque el tema de la fe se constituyó desde mi primer libro en un centro de gravedad vital. Usé la narrativa, usé la dramaturgia y he usado con frecuencia el periodismo para cuestionar convicciones de mi propia constitución religiosa y de la constitución religiosa de mi ambiente, de mi historia, de mi país. Lo mismo cuando traté de hacer de Jesucristo un velador depravado, miserable, asqueroso, que cuando lo inventé como un proletario acelerado de nuestros barrios. Siempre encontré que mis intenciones blasfemas y mis propósitos exploradores y demoleedores se desmoronaban ante una fe que a la manera de una fuente brotaba con más fuerza del corazón mismo del escrito. Quería de algún modo oprimir a Dios su nariz de payaso, y Dios me devolvía no un castigo a mi atrevimiento, a mi falta de respeto, a mi herejía, sino la bondadosa sonrisa de una persona que se quita la máscara, se desprende incluso de su nariz esférica y me entrega dentro de un paquete envuelto para regalo una buena dosis de fe renovada, depurada, incluso un poquito más madura.

Me la he pasado haciendo maldades a la religión en mis novelas y obras de teatro, travesuras a mis creencias: he pergeñado paráfrasis radicales, panfletos anticlericales, burlas privadamente irreverentes, indecencias de todo tipo, y no he recibido a

cambio la resequeadad del corazón que me auguraban los moralistas como castigo. Ningún Dios me ha castigado jamás en la intimidad de mi conciencia. En lugar de castigos he recibido consuelos y tranquilidad de alma. Mi obstinación por ver el mundo como es me ha hecho querer más a ese mundo. Mi pesimismo novelístico me ha hecho un hombre fundamentalmente optimista. No soy feliz porque soy un neurótico irremediable, pero podría asegurar que la oportunidad de haber respondido con absoluta entrega al llamado de mi vocación, me posibilitó para ser un hombre cabal. Quiero decir: un hombre de fe. Soy un hombre de fe. Gané la fe a fuerza de impugnarla y pienso que una de las grandes funciones que le compete cumplir a la literatura es la de esta impugnación. No sólo a una fe religiosa o a un esquema ideológico, sino al concepto mismo de nuestra realidad. La puesta a prueba de la realidad.

El novelista de hoy parece invitado a suspender su reflexión íntima sobre el mundo y el hombre, para ponerse a dar testimonio de ese mundo y de ese hombre. A decir cómo es y qué le ocurre. A describirlo, no a juzgarlo. A desentrañarlo, no a modificarlo. A amarlo incondicionalmente, si se puede: un poquito a la manera en que suponemos nos mira y nos ama Dios. ■



# A JOSE REVUELTAS, HIJO DEL HOMBRE

## HOMENAJE DE UN LECTOR CRISTIANO

Javier Jiménez Limón, S.I.  
Teólogo Centro de Reflexión Teológica

Hace años que deseo escribir unas páginas de agradecimiento en homenaje a José Revueltas. Para decir sencillamente algunas de las muchas cosas que he aprendido como cristiano y como teólogo leyendo los cuentos, las novelas y los apuntes personales de este comunista entrañable.

Son muchos los que han escrito sobre Revueltas desde las más diversas perspectivas. Octavio Paz siempre ha admirado al escritor, sin dejar de respetar al luchador político, a pesar del creciente escepticismo histórico de nuestro ilustre poeta y ensayista. Carlos Monsiváis, en sus crónicas socio-literarias, recupera la figura humana del novelista y celebra el gozo de su inacabable militancia. Adolfo Sánchez Vázquez penetra en la estética de Revueltas desde una perspectiva marxista. José Emilio Pacheco prologuista de *Las evocaciones* requeridas constata la paradójica vitalidad humana, política y literaria de Revueltas, que es como el árbol de oro de la vida y se alimenta, sin embargo, de todo lo atroz y doloroso y desesperanzado.

En todo este concierto de voces, los cristianos apenas hemos dicho nuestra palabra. Quizás pasó desapercibido el magnífico artículo que el teólogo español-venezolano Pedro Trigo dedicó a su novela *El luto humano*<sup>1</sup>. Más conocido es, quizás, el importante ensayo de José Ramón Enriquez publicado en el nuevo suplemento *La Jornada Semanal*: *Dios, Cristo y Cíclope* en la obra de José Revueltas<sup>2</sup>. Ambos textos nos dicen con sensibilidad dialogal y respetuosa cosas importantes sobre la crítica de la religión, y del catolicismo mexicano, presente en la narrativa de Revueltas.

Yo quisiera situarme en este homenaje a un nivel más sencillo y al mismo tiempo más fundamental: el de las experiencias humanas básicas, el de las actitudes vitales más entrañadas y entrañables en la obra de Revueltas.

### 1. HIJO DEL HOMBRE

El propio novelista solía, al final de su vida, firmar

las cartas familiares con estas palabras: José) hijo del Hombre<sup>3</sup>.

Creo que no había en esta autodenominación, ni pretensión mesiánica ni agresión anticristiana alguna. La misma carencia de artículo y las minúsculas de «hijo» apuntan en ese sentido. Pero, además, se trata de una costumbre que aparece en Revueltas hasta los últimos años de su vida, en los que la humildad y hondura se han aquilatado aún más que en sus épocas tempranas y donde el motivo de crítica religiosa está casi ausente. Es, además, una manera de hablar a la que sólo recurre en cartas privadas dirigidas a su hija.

Más bien la autonominación «hijo del Hombre» parece señalar su deseo de identificación plena y como representativa con lo humano, con todo lo humano. Incluso, más que un deseo, se expresa aquí, quizás, una constatación sencillamente verdadera: me siento, me sé y me quiero entrañablemente identificado con todo lo que el género humano ha sido, es y será.

Me parece a mí que al llamarse así Revueltas sentía el orgullo de su pertenencia probada y honda a la raza humana, a la atroz raza humana como la llama repetidas veces. Es un orgullo sin el más mínimo rastro ni de mesianismo, ni de vanidad. Revueltas ha visitado, en la unidad existencial, literaria y política de sus días terrenales, todos los abismos de lo humano -especialmente los más tenebrosos-. Todos los ha sentido dolorosamente propios; no se ha resignado a ninguno, nada ha justificado ni suavizado. Ha luchado contra todo dolor y toda injusticia. Casi nunca ha tenido «éxito»; en ocasiones incluso se ha cansado y casi se ha destrozado a sí mismo, sintiéndose también abyecto y ruin. Pero se ha mantenido firme, orgullosa y humildemente firme, en esa identidad con todos los humanos. No sabe si su dolorida y combativa solidaridad es esperanza o desesperanzada terquedad. Pero sí está seguro que es identidad con los humanos. Es hijo del Hombre.

En medio de todas sus militancias, que van y vienen al ritmo de la búsqueda y los días, de los errores y los lutos, de los encuentros y los desencuentros, de los muros de agua y los apandos, éste es su carnet más permanente y definitivo. El comunista inquietante e inquieto es, ante todo, hijo del Hombre.

En este sentido José Revueltas nos habla a todos y nos pertenece a todos. Pienso que los cristianos hemos de respetar su indudable ateísmo, y de recoger en toda su hondura y hasta acidez a ratos su crítica a lo cristiano, a lo católico y a lo religioso.

Reconociendo su indudable aire profético, puede ser un recurso de recuperación demasiado fácil el hablar nosotros de una militancia suya de inspiración místico-cristiana.

Creo que sólo podemos respetarlo aprendiendo de él. Y aprendiendo sobre todo de aquellas experiencias y actitudes fundamentales por las que atravesando y conviviendo el infierno atroz de la injusticia, el dogmatismo y la inhumanidad se mantuvo sin embargo terca y orgullosamente hijo del Hombre.

## 2.- LA INTERRUPCION RADICAL ANTE EL SUFRIMIENTO, O LA ABSOLUTA PRIMACIA DE LA SOLIDARIDAD

José Revueltas tuvo la capacidad de penetrar en la atroz vida humana, especial aunque no exclusivamente de los condenados de la tierra. Tuvo la capacidad de mirar largamente de frente ese sufrimiento sin límites, sin sentido, sin explicaciones. Tuvo una compasión ancha y tenaz para compartir esos dolores, rompiendo las blandas y falsas compasiones con que solemos suavizar sus abismos, no porque amemos más sino porque no los soportamos. Tuvo la casi imposible entereza para permitir que esos sufrimientos indecibles juzgaran todas las estructuras de este mundo; y también todos los proyectos que se quieren salvadores.

Yo creo que en esta actitud fundamental hay algo muy hondo, permanentemente muy hondo, y como sugeriré al final algo que hoy necesitamos todos, a la derecha y a la izquierda, en la fe y en la incredulidad.

No podemos despachar la insistencia de Revueltas en mirar lo que él mismo llama el «lado movidos» de la vida, como si se tratara de un masoquismo patológico de su autor. El mismo tuvo, en sus momentos de crisis, la tentación de interpretarse así. Me parece a mí que lo que está en juego es algo mucho más profundo: ante estas calamidades insondables, ¿renunciamos, sí o no, al anhelo de una justicia verdaderamente indivisa y universal? ¿Respetamos verdaderamente la dignidad del «hijo tonto» de la tuberculosa ya condenada a muerte, si consideramos su drama como una anécdota fatal que ya se arreglará en el cielo o en el futuro paraíso socialista?; ¿o sólo respetamos si miramos de frente y compartimos a fondo ese dolor sin consuelo, sin sol, sin sentido? ¿Honramos verdaderamente a nuestra raza, si abandonamos al maestro rural empalado por haber dado agua a los federales anticristeros, tomando ese hecho simplemente como un necesario subproducto del fanatismo?; ¿o hemos de dejarnos juzgar sin remedio por esa grotes-



ca crucifixión? ¿Amamos con verdadera humanidad nuestro proyecto social no importa aquí cuál sea, si cerramos los ojos a las brutalidades de los nuestros, para evitar desprestigios tácticos? ¿Preparamos algún futuro verdaderamente digno si abandonamos a la noche y al olvido los dolores ya irremediables de un pastor protestante cegatón que no escucha ya sino el llanto sin límites de una niña aplastada por una pasión «religiosa» más que comprensible sociológicamente?

Para todas estas experiencias José Revueltas no tiene explicaciones. Sin duda él tiene teorías y proyectos. Ha estudiado larga y apasionadamente a los clásicos del comunismo, su convicción marxista es sólida y trata de unirla con su estética, con su práctica política, con su vida personal. Pero por encima de todo, de sus teorías y proyectos y también de sus críticas a otras teorías y proyectos, está el concreto, insondable, atroz, inexplicable dolor humano. Especialmente el de los últimos. Ante este dolor ha de detenerse toda teoría, toda estética, toda narrativa, toda esperanza. Hay que mirar, compartir, dejarse golpear, incluso en la fe y en la convicción. Y seguir, si se puede, pero sin haber abandonado a nadie por las necesidades de la teoría, de la táctica, del proceso, de otro futuro. O vamos juntos -con el niño tonto, con el militante sacrificado, con la prostituta sifilítica..., o no vale la pena a dónde vayamos los «comprometidos y sanos».

Esta «interrupción ante el sufrimiento» es una dimensión permanente de toda la obra de Revueltas.

Es quizás la raíz de su unidad y también de sus cambios. Pero la encuentro como más nítidamente expresada en sus cuentos y en algunos pasajes de sus notas personales. Aunque éste no es un trabajo de crítica literaria me gustaría presentar algunos textos en los que Revueltas se obliga y nos obliga por así decirlo a mantener la mirada y el corazón abiertos, por encima de todo, al dolor humano, precisamente en su carácter absolutamente insondable.

De algunos de sus cuentos son las siguientes, reiteradas expresiones:

*Sí, el pastor había oído a la niña desde hacía varias horas, las horas que llevaban refugiados allí. Aunque tal vez aquellos gemidos se remontasen a un tiempo más lejano, a un tiempo absolutamente lejano. El pastor había visto cómo era una niña pequeña y cubierta de sangre, pero seguramente no lloraba por sus heridas sino por algo más espantoso. Al comprender esto sintió toda la infinita inutilidad de su propia vida y de la vida en general. ¿Por qué deberían de ser así las cosas? ¿Por qué no habría nada detrás del hombre, sino pavor? Aquella niña lloraba, pero su llanto era un llanto envejecido, extenso, un llanto más allá de la edad.*

*Lo ocurrido hasta entonces era más tremendo y más fuerte que la fe y desde ahora comenzarían a contemplar algo extraordinariamente frío, no imaginado nunca.*

*No le importaba ya nada en el mundo, sino ese llanto, y ese llanto no cesaría jamás, ni siquiera con la muerte. Aunque las cosas volviesen nuevamente a ser normales ya no serían las mismas, pues se había establecido un vacío sin medida que ocupaba todo en derredor como un mar.*

*Hoy era imposible comprender nada. Ahí estaban todos reunidos, pero sin comprender ya nada de la existencia.*

*El viejo pastor protestante, vestido con su calzón de manta y calzado con sus huaraches, parecía dormir, apoyada la cabeza en un montón de tierra y los ojos fuertemente cerrados. Parecía dormir pero abrió los párpados y se convenció de que había perdido la vista por completo. Entonces muy quedamente empezaron a rodar las lágrimas por sus mejillas. Todo estaba consumado<sup>4</sup>.*

*Eusebio escuchaba desde su camastro cosas simplemente oscuras que no tenían medida ni en el cielo ni en la tierra<sup>5</sup>.*

Podrían citarse todos los cuentos, incluso el que es para mí más complejo y hermoso: *El hijo tonto*. No voy a hacerlo. Pero sí quiero referirme a Las evocaciones requeridas. Porque en ellas se muestra que Revueltas también se interrumpió, y lo hizo a fondo, cuando estaba en juego su propia convicción marxista. Porque la solidaridad humana está por encima de todas las solidaridades segundas. Y desde luego por encima de la ciencia, de la ideología, de las conveniencias tácticas.

Primero un texto, profundamente personal y que contiene la que es quizás su alusión más hermosa a Jesús de Nazaret:

*Mi madre agoniza aquí, cerca de mí. Y apenas si sufro remotamente, como por deber. Mi hermano, el Crucificado, es más puro y más sincero<sup>6</sup>. El se declaró en rebeldía con toda su locura a costas sin importarle nada. Yo estoy aquí, mirando sufrir a mis gentes. A la tía flaca y tonta, única cuyo llanto me hace llorar, porque es el llanto más torpe, más avergonzado y humillado parece solicitar permiso humildemente para desatar sus lágrimas, el llanto más parecido al de los animales, al de los perros<sup>7</sup>.*

Luego, uno entre muchos de los textos en que Revueltas se interrumpe en su convicción revolucionaria, ante los sufrimientos injustificables:

*26 de enero de 1971. (En Lecumberri). Constituye un horror muy simple, de tan vacío que deja el espíritu y la desesperanza que nos invade, pensar que en el siglo XX hemos vuelto al canibalismo, y esto precisamente en Europa la parte de la tierra que durante los últimos veinticinco o treinta siglos representó por excelencia la cultura y el centro gravitacional de los más grandes y ambiciosos proyectos humanos. Canibalismo en los campos de concentración nazis de la segunda guerra, canibalismo en la Unión Soviética de la colectivización de la agricultura. Esto debe inducirnos a la reflexión más grave y más despojada de orgullo humano respecto a lo que en realidad somos en el mundo contemporáneo. El desarrollo técnico, científico, social, etcétera, quizás no haga sino ocultar la etapa de mayor empobrecimiento en la historia del hombre<sup>8</sup>.*

La hondura con que se tomó en serio, contra viento y marea, las graves catástrofes históricas y humanas provocadas en el interior mismo de un socialismo por el que luchaba con todo su ser, es como el motor de gran parte de su obra (*Los días terrenales*, *Los errores*).

Muchos aprovechan esta honradez radical para ha-

cer apologética anticomunista y antisocialista. No vale la pena discutir con ellos, pues no sólo «han agarrado el rábano por las hojas», sino que aprovechan mezquinamente la solidaridad incondicional del otro para afirmar sin interrumpirse lo más mínimo proyectos e ideologías que merecerían una crítica al menos igual.

\* \* \*

Creo que lo que está detrás de esta capacidad de interrumpirse ante el sufrimiento humano es la absoluta primacía de la solidaridad. Sobre toda ideología, sobre todo proyecto, e incluso sobre toda fe y toda esperanza.

Preguntémosnos derechamente: ¿puede un cristiano compartir esta actitud en toda su radicalidad? ¿Su convicción acerca de la esperanza no le impide

y en la esperanza, no es ya el cristianismo del Crucificado. Un cristianismo que no afirma la absoluta primacía de la solidaridad ya no anuncia al Dios que es ágape, y no podrá mantenerse en pie ante el juicio definitivo de la solidaridad con los pobres (Mt. 25). Se vuelve además incapaz de entender siquiera qué es la fe y la esperanza específicamente cristianas y de anunciarlas creíble y auténticamente a los que sufren y a los que luchan por la justicia.

Por ello es tremendamente importante dejarnos impactar por el testimonio de un hombre como Revueltas (por el sufrimiento de los pobres, al que da expresión, por las catástrofes de la historia, que no intenta justificar...). Es seguro que él no creía en un Dios personal, ni en el mensaje cristiano. Pero también es seguro que nosotros no podemos ser cristianos sin interrumpirnos como él ante los sufrimientos.



detenerse tan en serio ante el sufrimiento, por encima no sólo de toda ideología y proyecto históricos, sino también de toda fe y toda esperanza? ¿No tiene en el fondo el cristiano la segura convicción creyente de que todo sufrimiento y toda catástrofe histórica no son, en definitiva, sino como una tormenta que pasa? ¿No tiene, por ejemplo con respecto a la Iglesia pese a confesarla también pecadora, la convicción de su indefectibilidad? Aunque parezca ligero a los no creyentes, ¿no tiene el cristiano la obligación incluso de relativizar todos los sufrimientos, tanto los del capitalismo como los del socialismo, tanto los de la inquisición, como los de la conquista, para afirmar una esperanza que en definitiva se funda sólo en Dios?

Se trata de una cuestión grave y central. En este contexto sólo diré un par de cosas:

Primera: un cristianismo que no se interrumpe ante el sufrimiento, incluso hasta dejarse golpear en la fe

Otra asunto es que, en esta interrupción solidaria, podemos y debemos acceder a la esperanza, a la alabanza, a la vivencia y el anuncio del Evangelio. Pero hemos de hacerlo captando que la esperanza, la acción de gracias, la Buena noticia son siempre una victoria. Habrá que leer de verdad los salmos, para percibir cómo la oración pasa siempre de la interrupción y la queja a la alabanza, del desconcierto y la angustia a la acción de gracias. Este paso se funda en el Dios de la misericordia y la fidelidad que escucha el clamor de su pueblo, que nunca «relativiza» el sufrimiento inocente, que acabará por compartirlo en la lucha contra él. Se trata, en definitiva, del paso de Jesús «desde el abandono del Padre hasta la entrega confiada en sus manos» (González Faus).

Sólo una fe, una esperanza y una alegría vividas al interior de la solidaridad incondicional que tiene siempre la forma de la cruz son cristianas.

Mi segunda reflexión se refiere a nuestra situación actual. Todos, a la derecha y a la izquierda, en la fe y en incredulidad, tenemos ahora el peligro de acomodarnos desesperanzadamente a una historia atroz y de volvernos apáticos ante los sufrimientos indecibles de las mayorías. Pienso que la esperanza no puede brotar de este acomodamiento realista, aunque tengamos que reconocer lo que hay de crisis de las ideologías, y lo que hay de dificultad para los cambios que valgan realmente la pena. Pero creo que la esperanza verdadera sólo puede ir brotando de la incondicional solidaridad con el sufrimiento. Hay un misterio último en la solidaridad sin reservas. Los cristianos creemos y confesamos que es el misterio que llamamos Dios.

Por la presencia oculta de este misterio se puede comprender más a fondo la paradoja aquella con la que J.E. Pacheco sintetiza el legado de Revueltas: «Sólo nos es dada la esperanza por aquéllos que no tienen esperanza» (W. Benjamin).

### 3. MANTENERSE EN LA CONDICION HUMANA, O «LA JUSTIFICACION POR LAS OBRAS» DESHUMANIZA

Quizás parezca chocante el atribuir de entrada a Revueltas una actitud fundamental expresada en términos tan clásicamente teológicos y paulinos como «justificación por las obras». Sin embargo, creo que no le atribuyo esa actitud, sino que la descubro en él.

El primer contacto con las grandes obras siempre nos produce una especie de revelación. Pues bien, desde que entré, hace más de diez años, al mundo luminoso y oscuro de *Los días terrenales*, no ha cesado el deslumbramiento. Y no he dejado de repetir: ésta es la versión secular, amasada con una rara hondura, de la carta a los Romanos.

Entendámonos: no es que Revueltas conozca el mensaje de Pablo y lo quiera traducir a su contexto secular y marxista. Probablemente nuestro novelista se extrañaría mucho si supiera que se le atribuye una intuición paulina. Los parentescos son mucho más profundos. Lo que sucedió es que, como Revueltas no oculta la verdad con la injusticia, llega a percepciones y actitudes que lo emparentan con las más grandes intuiciones de la historia humana. Sin que haya, obviamente, un concordismo literal.

Junto a la aceptación de la incondicional solidaridad, de la autoridad inapelable del sufrimiento y de la justicia, suele presentarse una tentación humana sutil: la de identificar la propia persona y las propias acciones con dicha solidaridad y justicia. La tentación de despreciar y condenar a los demás; y de

ocultar todas las limitaciones y fallas propias, para seguir sintiéndose identificado con lo incuestionable y absoluto.

Todos los militantes comunistas de Revueltas experimentan esta tentación. Y hacia todos ellos, con cariño pero sin contemplaciones, se acerca Revueltas con el bisturí desenmascarador. Aquí está, nos dice, la raíz antropológica del endurecimiento, del burocratismo y dogmatismo que desfiguran, y aun corrompen, a la izquierda. Hay que mantenerse en la solidaridad, sin perder la lucidez sobre la propia condición humana. Quizás así se sepa que nuestra solidaridad misma está algo manchada y que no es posible una esperanza fácil; pero sólo así se mantiene el anhelo de una justicia indivisa y universal.

En *Los días terrenales* hay multitud de análisis de una gran finura psicológica y antropológica. La crítica es más cruda cuando la refiere a figuras de la pequeña burguesía. Estas negocian, por así decirlo, su autoimagen de compromiso y sus intereses materiales de una manera por lo demás frívola. Aunque el engaño se mantenga en el clarooscuro de la mala fe. Sería el caso del arquitecto Ramos (p. 139-168).

Pero Revueltas no se limita a criticar los casos burdos. Acerca también la luz deslumbradora de su análisis, y con particular agudeza, a los líderes más sacrificados. Como Fidel, ya el nombre es evocador, que vuelto totalmente hacia la causa y complacido de esta entrega, es incapaz siquiera de darse cuenta de su dureza hacia los demás, de su inflexibilidad ante la complejidad de lo real y del sufrimiento humano que produce su justicia sin fisuras:

*¡Eso es echarle agua al molino! cortó Fidel de pronto con una voz alta y fea al oír la parte del informe que le parecía «políticamente intolerable» ... y mientras, sus ojos, escandalizados como los de un clérigo presto a fulminar cualquier heterodoxia daban la impresión de ser crueles a causa de un halo amarillento en torno de la pupila.*

*En su interior, sin embargo, Fidel estaba satisfecho de haber encontrado una nueva ocasión para demostrar, aun ante Julia, no obstante tratarse de su mujer, el celo intolerante, devoto, sádico de ser preciso, de cuya observancia con respecto a las «cuestiones de principio» tanto se enorgullecía...*

*Es sórdido y por dentro vacío y helado», pensó Julia con una inesperada audacia... Como un cura. Fidel era como un cura. Un cura rojo auxiliado por la utilería de cien mil frases como aquella (Echar agua al molino de la burguesía. O, según el caso, de los troskistas, de los fas-*

*cistas, de los mencheviques). «Pero se le ocurrió a Julia con pavor un cura al que no se puede dañar u odiar porque tal vez sea un hombre sincero, honrado y con un gran corazón; o peor aún: un hombre útil a la causa»<sup>9</sup>.*

Lo trágico, y desenmascarador, es que mientras este Fidel, tan fiel a la ortodoxia abstracta y a la superioridad que ella le confiere, se desvive por la causa, su hijita de unos meses se ha muerto de desatención y él no piensa siquiera en ir al entierro (Ibid. pp. 33-54).

Tampoco se detiene Revueltas ante los militantes más populares e ingenuos. También los obreros Rosendo y Bautista tienden a justificarlo todo por el compromiso y la causa, desde una inocente esperanza y admiración (pp. 55-73). Aunque, al final, el sufrimiento concreto ilumine la tenebrosa dinámica de aquella justicia:

*La que puede esperar es ella, porque está muerta», se repitió Bautista aquella frase terrible<sup>10</sup>.*

No se trata en Revueltas de un oscuro impulso hacia la desmitificación de todo. Sino de una dolorosa honestidad frente a lo real. Frente a la realidad de la condición humana de todos, y, en primer lugar, de la propia. Y de una nostalgia por aunar al compromiso una auténtica pureza. Quizás en ningún lugar se percibe con mayor claridad todo esto, como en una nota desgarradora escrita por Revueltas ante su madre agonizante:

*Odio a los resentidos, a los egoístas, a los impuros. ¡Y yo soy todo eso! ...*

*Lo que me ciega, mirándome a mi mismo, mirando las cosas existentes, es la calidad espantosa de los hombres. Si los perros no fuesen animales tan buenos aunque hay perros malos, como estrellas malas, yo diría que los hombres son perros. No hay hombres que tengan la bondad, la pureza y la honestidad de los animales, de los escarabajos, de los pájaros.*

*Cuando el hombre lee esto iya se ha escrito tantas veces y se ha repetido tanto!, se entristece mínimamente, convenientemente, canalllescamente. ¡No piensa en él! ¡No, el miserable! Piensa en algo por encima de él, en algo que no le toca, en el hombre como género y como tipo abstracto. Pero eres tú, soy yo. Somos tú y yo quienes no podemos igualarnos a los animales en belleza y honradez<sup>11</sup>.*

Un lector cristiano quizás exclame con sinceridad: «¡Pobres marxistas que pueden llegar a conocer la

vacuidad de la justicia por las obras; pero no pueden abrirse a la buena noticia de la justificación por la fe!» Habría que preguntarse primero si no es ésta precisamente la reacción miserable del fariseo: «Te doy gracias, Señor, porque no soy como los marxistas, que en el mejor de los casos se quedan en la crítica y no se abren a la buena noticia. Yo, en cambio, lo tengo todo, y hasta puedo redimirlos».

«El miserable piensa en los demás, no piensa en sí mismo. Se entristece canalllescamente, convenientemente, mínimamente». Con razón Revueltas no encuentra mejor analogía para describir a los comunistas duros que llamarlos «curas».

Una vez dicho esto, ciertamente hay que decir algo más. Y precisamente sobre la gratuidad, la alegría, la esperanza, la justificación por la fe. Pero, ¿cómo decirlo, para estar a la altura humana de un Revueltas? ¿Para decirlo en medio de *los días terrenales*, es decir al nivel de la humildad de Revueltas?

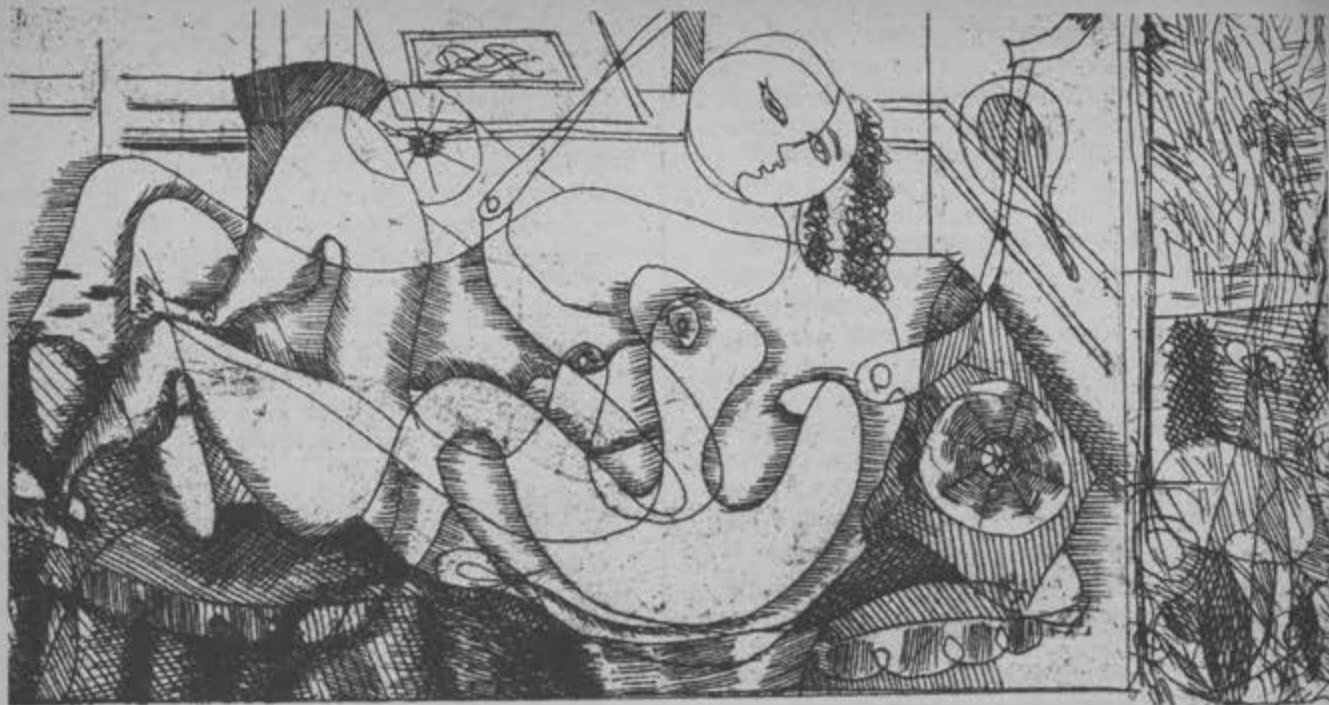
Quizás ayude la siguiente reflexión. Juan Bautista Metz, en quien me he inspirado ampliamente para la parte anterior de este artículo, decidió en un momento dado: «No hay un Dios en quien yo pueda creer de espaldas a Auschwitz»<sup>12</sup>. Quizás pudiéramos parafrasear: «No hay una gratuidad que pudiera yo acoger al margen de Revueltas, sin compartirla con él».

¿Qué quiero decir? Que la gracia no es privilegio, sino el don que abunda, desde Jesús, en la universalidad de sus hermanos. A todos nos ha sido dado el poder entregarnos sin reservas y sin cálculos a la aventura de la libre solidaridad. Y podemos hacerlo sin preocupación por la propia imagen y sin preocupación última por las propias fallas y limitaciones, porque vamos todos como envueltos en el perdón.

El propio Revueltas, quizás, estaba ocultamente abierto a esta experiencia. Porque a la mitad del último texto que hemos citado, se hace la siguiente confesión:

*Acaso mostraré estos renglones a las gentes, a dos o tres amigos de quienes siempre pediré perdón. Y pareceré como esos pobres que muestran un certificado de defunción para recibir una limosna. Yo no sé si desee una limosna, porque tengo cierto orgullo. Pero creo que todos el poderoso y el humilde, el reverenciado y el humillado tienen necesidad de alguna limosna en la vida<sup>13</sup>.*

Que se me permita terminar evocando algunas expresiones bíblicas:



*«Un corazón contrito y humillado, Señor, tú no lo desprecias».*

*«En verdad les digo que el publicano regresó justificado, mientras que el fariseo, no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será exaltado».*

*«Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».*

*«Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos».*

\*\*\*

Hoy, mientras nos acercamos al fin del milenio, un buen número de cristianos y no cristianos cantan el réquiem por el comunismo, con una oculta alegría tranquilizante. Algunos podrían pensar que, en esta situación, Revueltas, a pesar de todos sus valores, se ha vuelto anacrónico. Pues bien, la intención de este homenaje ha sido sugerir exactamente lo contrario.

Nunca como hoy nos es tan necesario José Revueltas. Pues este comunista entrañable, hijo del Hombre, puede arrancarnos esa tranquilidad desesperanzada y banal. Sólo así podremos, reconociendo ciertamente los límites de proyectos que resultaron inhumanos, buscar una sociedad más justa y un hombre más humano. Seremos invitados a mantenernos en la incondicional solidaridad ante el atroz sufrimiento que todo lo cuestiona. Y en la humilde

verdad sobre nuestra condición humana, quizás ciertamente! iluminada por la libre gratuidad sin fronteras.

## NOTAS

1. Cfrs. PEDRO TRIGO, El luto humano: La desposesión como resultado de la conquista espiritual, en *Christus* 249 (1981), pp. 260-32.
2. Cfrs. JORGE ENRIQUEZ, Dios, Cristo y Cíclope en la obra de José Revueltas, en *La Jornada Semanal*, no. 1, 18 junio, 1989, pp. 29-35.
3. Cfrs., en *Las evocaciones requeridas*, II, Era, 1987, pp.242-264, el final de las cartas a su hija Andrea.
4. Del cuento «Cuánta será la oscuridad?», en JOSE REVUELTAS, *Dios en tierra*, Era, 1982, pp. 165-169.
5. Final del cuento *La caída*, *Ibid*, pp. 153-161.
6. A propósito de esta sobria referencia a Jesús, muy lejana ciertamente de la fe en él, no puede uno menos de recordar un profundo pensamiento de Bonhoeffer: «Cuando un proletario dice que Jesús era un hombre bueno, dice mucho más que cuando un satisfecho lo declara su salvador». Quizás podamos afirmar: Cuando Revueltas declara que Jesús, su hermano, es más puro y más sincero, está diciendo más que algunas confesiones ortodoxas.
7. J. REVUELTAS, *Las evocaciones requeridas*, I, Era, 1987, p. 180.
8. *Ibid*, II, p. 199.
9. J. REVUELTAS, *Los días terrenales*, Era, 1973, pp. 35-36.
10. *Ibid*, p. 73.
11. *Las evocaciones requeridas*, I, pp. 179-180. La nota es del 27 de Agosto de 1937. Bastantes años antes de la célebre disputa entre Camus y Sartre que culminara, entre otras cosas, en *La caída*, última novela de Camus. Aduzco esta referencia por la innegable similitud entre el último Camus y nuestro Revueltas.
12. Cfr. J.B. METZ, *Teología cristiana después de Auschwitz*, en *Concilium* 195 (1984), pp 209-222.
13. *Las evocaciones requeridas*, I, p. 180. Parte del extraordinario valor de este texto estriba en que no estaba destinado a la publicación. **C**

# DIOS, CRISTO EL CICLOPE EN LA OBRA DE REVUELTAS

José Ramón Enríquez

Escritor

Una de las mejores fórmulas para perder a un autor, empleada constantemente por la crítica literaria y el análisis de texto, es tratar de «recuperarlo» desvirtuándolo, demostrando que sus posiciones estéticas o ideológicas casan con las del analista o, al menos, que el «espíritu» de su obra es la conclusión a la que el crítico quiere llegar. Siglos de gimnasia exegética en la historia de la cultura occidental califican a los modernos críticos para este escamoteo irrespetuoso que diluye a los autores y los reduce, en lugar de recuperarlos.

El tema está lo suficientemente cercano a esta tentación «exegética», desvirtuadora y reductora, como para obligarme a una aclaración de principio: voy a hablar de Dios en la obra de Revueltas, porque Dios está presente en la obra de Revueltas, pero parto tajantemente de que Revueltas es un ateo. Yo, que soy cristiano, voy a hablar del cristianismo en José Revueltas y aun del cristianismo de José Revueltas, sin que esto signifique que lo considere un creyente. Quiero estar en las antípodas de esa paternalista e insoportable posición que hace de los ateos creyentes a pesar suyo y, para ello, bucea en su obra hasta demostrar que existe una pasión divina, un dios desconocido, un chispazo de fe inconsciente pero actuante. Yo creo que los ateos se han ocupado de Dios, porque el fenómeno de la fe es fundamental para entender cualquier cultura; creo que los ateos son capaces aun de hacer teología desde su incredulidad, porque a ningún hombre comprometido con el hombre lo humano le es ajeno, y la fe es una expresión humana.

Sé que los escolásticos me saldrán al paso -y tendrán razón en el estricto sentido- cuando defina que Revueltas es un teólogo ateo y es un cristiano ateo. Sin embargo, estoy cierto de que lo es y de que la visión de Dios y de Cristo desde la incredulidad es lo suficientemente enriquecedora, no sólo para el análisis de las ideologías, sino también para la vida de fe de los propios creyentes; lo suficientemente enriquecedora como para reducirla y perderla en «exégesis» simplonas e irrespetuosas.

Revueltas ha enriquecido mi fe, precisamente por-

que él no la tuvo. Y, entre paréntesis, quiero afirmar lo mismo de otros teólogos ateos cuya lucidez, información y capacidad analítica han afocado extraordinariamente el fenómeno religioso. Pensadores ateos que van desde Garaudy y Kolakowsky hasta amigos cercanos, igualmente brillantes, como Roger Bartra y Carlos Monsiváis.

En el estricto plano de la estrategia política, Revueltas también estaba interesado en el fenómeno religioso. Se adelantaba, con ello, a una izquierda dogmática lo suficientemente interesada en hacer del ateísmo una militancia para alejarse diametralmente de un pueblo profundamente religioso y perderse en los laberintos de una nueva metafísica que, no por autoproclamarse marxista, deja de ser metafísica. En un interesantísimo texto, publicado en el primer número de la legendaria revista *Taller*, en 1938 -hace casi cincuenta años-, Revueltas hace referencia a las posiciones reaccionarias de la jerarquía española durante la Guerra Civil, distingue en la Iglesia corrientes diversas. Una, que apuesta por el hombre concreto y, por lo tanto, apuesta por el Hombre con mayúsculas que sería el Cristo, y otra que va contra el hombre y por lo tanto contra el mismo Cristo. Este principio, que es ya un principio teológico, recorrerá toda la obra de Revueltas. El artículo citado lo concluye así: «Los que dentro de la Iglesia niegan el espíritu de Cristo y fuera de la Iglesia empuñan las armas para someter a los pueblos, están luchando contra la fertilidad de la fe y la fertilidad del Hombre en búsqueda eterna, en eterna exaltación, en eterna comunión con sus esencias».

Párrafos arriba, en el mismo artículo, Revueltas reivindica la corriente liberadora, auténticamente cristiana, dentro de la historia de la Iglesia. Reivindicación que aún hoy cuesta trabajo a quienes ven la Iglesia como un bloque y son incapaces de aplicar a su estructura el análisis de clase. Al respecto, escribía Revueltas: «Reivindicar el justo sentido humano de la Iglesia quiere decir colocarla ante la sociedad como un agente, un vehículo de lo cristiano. Para la Iglesia, un apartamiento del Hombre debe significar ante todo un apartamiento de los cristianos, y en ese terreno preciso están sus funciones ante la sociedad. Tal parece ser la posición de algunos católicos que, interpretando ortodoxamente a la Iglesia, no pretenden salir de sus mandatos ni tampoco cerrar los ojos ante la realidad cada vez más terrible. Esta actitud tiene su entraña en la tradición misma de la Iglesia, en todo su brillante pasado; y Maritain, Bermanos, Mauriac, no hacen otra cosa que representar -en la expresión, en la enunciación- este pasado. La Iglesia puede perderse. La perderán los anticristianos de la Iglesia. Y si la Igle-

187  
sia se puede, si la Iglesia naufraga, nadie más que el hombre resentirá este naufragio».

Cincuenta años después de la Guerra Civil española que motivó tales reflexiones, el planteamiento de Revueltas continúa siendo válido: la Iglesia, no sólo la católica, desde su jerarquía hasta el último cristiano, tienen que escoger entre el servicio al Hombre o la crucifixión del Hombre, entre ser cristiana o ser anticristiana.

Esta dimensión ética, que abarca también a los no creyentes, es un motor esencial del pensamiento revueltiano. Entendido así el Cristo como una posición ética por el Hombre, no importa el contenido específico de fe, para apostar por él. Ya el propio Marx hizo lo mismo al utilizar toda una estructura ética religiosa -en su caso la judía- para, desde el ateísmo, darle un sentido político: toda la teorización marxista sobre el fetiche del capital, conecta con la concepción bíblica de Baal y Moloch, y aún para metaforizar la lucha de clases Marx emplea el término bíblico de «filisteo». A este respecto son fundamentales los estudios sobre Marx de Enrique Dussel.

Si bajáramos a la religión de las nubes, si la encarnáramos en lugar de lanzarla a la metafísica, Revueltas no tendría empacho en confesarse religioso. Es lo que responde a Elena Poniatowska en una entrevista de 1975: «Pepe -pregunta la Poniatowska- has tenido en todos los actos de tu vida una actitud heroica; jamás te has cuidado y yo ligo esto a una disposición religiosa; un hombre que no se cuida, que se expone, se avienta, de cara entera; que desde chico sabe lo que significan las Islas Marías. ¿No consideras que tiene mucho que ver con la vocación religiosa, de entrega a nuestros semejantes, de olvido de sí mismo?» Responde Revueltas: «Desde luego que sí, si tomamos la acepción de religión en un sentido más amplio: *religare*: unir, unir al ser genético que es la humanidad. Tú trasladas la religión a las relaciones humanas y te da una especie de solución, no una solución absoluta puesto que la religión se encadena a la cotidiana idea y entonces crea el mito, el fetiche, en cuyo caso tú también tienes que someter a crítica al fetiche, desnudarlo, quedarte sin nada para entrar en algo como la razón pura kantiana».

En este sentido entiendo lo que José Joaquín Blanco afirma de Revueltas: «Algo de seriedad y de radicalismo religioso -una sacralidad atea: la sacralidad del ángel terrenal, del *ángel sucio*- explican su historia literaria».

La simpatía por la dimensión ética de los cristianos no está sólo en Revueltas; la encontramos en Bu-

ñuel y, entre otras cumbres de nuestro siglo, en ese gran marginal, tan cercano a Revueltas en sus posiciones estéticas y políticas que fue Pier Paolo Pasolini. Incrédulos que ven en un Cristo despojado de dogmas al hombre mismo, ultrajado, crucificado, capaz de redimir y redimirse. Esta mecánica de la redención queda perfectamente explicada en las últimas páginas de *Los días terrenales*. Gregorio-Cristo, ante la muerte, se hace corresponsable del pecado: «Me pueden horrorizar todas las inauditas crueldades de los nazis en Alemania o de los japoneses en China, pero yo, Gregorio Saldívar, soy culpable de ellas porque esas crueldades las han consumado *hombres como yo*. Me avergüenzo *por mí mismo* de que las guerras existan -los subrayados son de Revueltas-, y no tengo exculpante que me valga, a causa de todos los crímenes, las bajezas, las ruindades, los pecados que se cometen en no importa qué parte de la Tierra por los hombres, mis semejantes. Y nada de buscar consuelo en la idea de que, en cambio, yo soy un ser moral, noble, recto y demás. ¡Nada de eso! Soy responsable por los otros tanto como por mí mismo».

En un segundo momento, páginas adelante, Gregorio se entiende como redentor de sí mismo y en él de todo hombre: «Tal fue lo que en la noche de los pescadores, en Acayucan, trató de revelársele, pero entonces hizo falta la soledad del momento que hoy vivía, esta favorable disposición de las tinieblas para la simbiosis profunda por cuyo medio Gregorio convertiríase en anunciador y Mesías de su propio ser».

Dados los elementos de la redención, Gregorio conceptualiza el sentido de su sacrificio, en la última página de *Los días terrenales*: «Resistir la verdad -pensó Gregorio- es el planteamiento justo de la cuestión, porque la verdad es el sufrimiento de la verdad, la comprobación no tanto de si esa verdad es verdadera, cuanto de si uno es capaz de llevarla a costas y consumir su vida conforme a lo que ella exige».

Pero, un Cristo sin doctrina es un Cristo sin certezas, exactamente igual al hombre contemporáneo que se consume en la nada sartreana o, para usar términos metafísicos que ya citamos en labios de Revueltas líneas arriba, en la razón pura kantiana. Así, a Gregorio: «Soportar la verdad -se le ocurrió de pronto- pero también la carencia de cualquier verdad».

Con todos los elementos del Hombre, con mayúsculas, despojado de todo, aun de la certeza en su verdad, capaz, por conformarse a ella, de redimirse y de redimir, ya sólo queda el Gólgota. Y, con esta descripción del Gólgota, concluye Revueltas una de

las novelas mayores de nuestra narrativa: «En esos momentos el ruido de la cerradura, en la puerta de hierro, lo hizo volverse. La puerta se abrió con estrépito y una ráfaga de luz hirió el interior de la celda. Ahí estaban otra vez los verdugos. Gregorio no se movió.

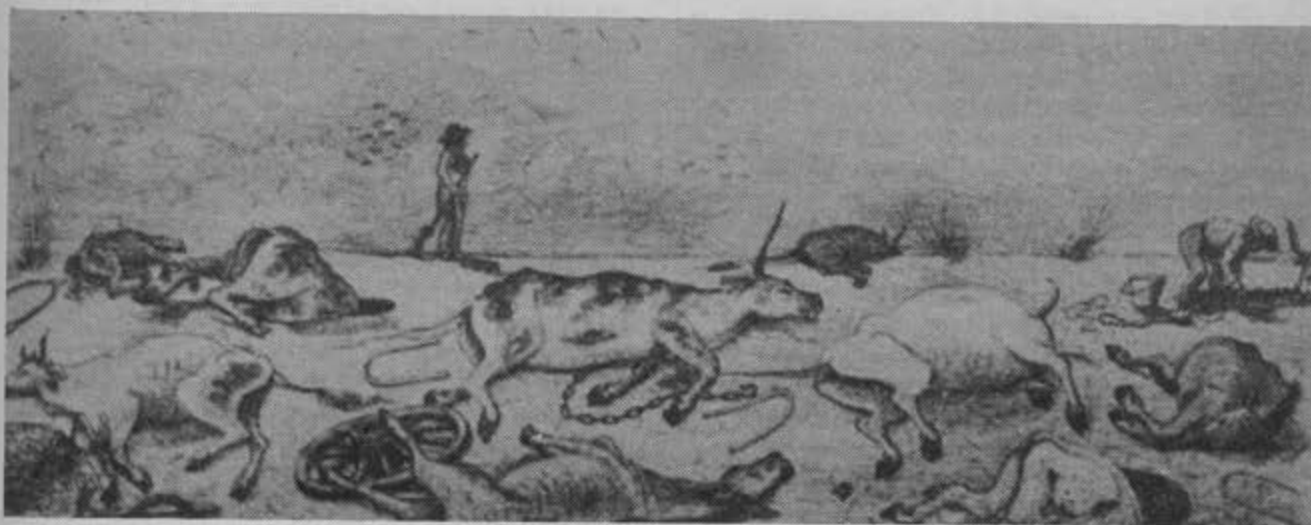
«Lo conducirían a otro sitio, sin duda, para torturarlo nuevamente. Para crucificarlo.

«Esa era su verdad. Estaba bien».

Si en *Los días terrenales* Revueltas narra la muerte de un militante, en *La frontera increíble*, cuento que forma parte de *Dormir en tierra* -y la recurrencia de la tierra en sus títulos subraya su voluntad de construir una religión terrenal-, Revueltas habla de la muerte en general de cualquier hombre que, por el hecho de morir, también es Cristo: «Elí, Elí, ¿Lama Sabachtani? Elías, Elías, ¿por qué me has abando-

Hay mucho de Hegel en Revueltas, tanto como para situarlo como su punto de partida. De un Hegel visto a través de Marx, como el propio novelista lo afirmara ininidad de veces, una de ellas en su *Apuntes para un ensayo sobre la dialéctica de la conciencia*, cuando, tras hablar de las formas concretas de la verdad, escribe: «En el párrafo precedente no hacemos otra cosa que seguir el pensamiento de Hegel, en el sentido en que Marx lo pondera: colocando al hombre como autogénesis y, por ende, como historia y racionalidad a la vez».

La autogénesis del Espíritu hegeliano, puesta sobre sus pies, se convierte para el marxista Revueltas en la autogénesis del hombre concreto y, en este proceso, la figura de Cristo es perfectamente apropiable y, cuanto más concreta, más válida en su dimensión ética. Revueltas comprende y acepta uno de los principios teológicos fundamentales del cristianismo: Cristo es el Hombre y todo hombre es



nado...? Y luego, corriendo uno de ellos tomó una esponja y la hinchó de vinagre, y poniéndola en una caña, dábale de beber». Aquellos hombres que rodeaban a Jesús en los instantes de su agonía, no habían comprendido las últimas palabras del que ya hablaba el lenguaje de la muerte. Y no las comprendían, no porque hubiesen sido pronunciadas en un idioma extraño al país, sino porque estaban dichas en un idioma extraño a los hombres de todos los países en el impenetrable idioma de la muerte. De ahí la esponja y el vinagre. De ahí las burlas humanísimas de los escribas y los fariseos. «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es rey de Israel descienda ahora de la cruz y creemos. Amoroso, desorbitado, enloquecido Cristo que quiso revelar el misterio de los misterios. Para El la esponja y la lanza y el desgarramiento de las vestiduras».

Cristo. Pero no da el «salto al vacío» que significa la fe para Kierkegaard y con él, para todos los cristianos: Dios es una persona que se revela en otra persona, en Cristo. No existe este proceso de revelación, aunque exista el de redención y formación de lo que la escolástica definió con el difícil término de Cuerpo Místico. Para Revueltas como para el propio Hegel, aun a pesar suyo -y esto lo demuestra magistralmente Roger Garaudy-, Dios ha muerto. Dios no puede existir porque para el dialéctico Revueltas «Dios necesita del Dios-otro, su negación: el hombre, y la negociación de la negación: su propia inexistencia», como lo afirma en una nota al relato *Sinfonía pastoral*.

De tal modo que, en la teología de Revueltas, la propia existencia de Cristo demuestra la inexistencia de Dios. Si en este punto fundamental -y por

ello mi insistencia en considerarlo ateo- la teología de Revueltas difiere 180 grados de la teología cristiana, en la dimensión ética de Cristo no hay contradicción alguna.

Esta voluntad revueltiana de un Cristo liberado de Dios hace mucho más teológico que irónico aquel párrafo de *Los hombres en el pantano*, otro relato de *Dormir en tierra*:

«Sería divertido -en la obscuridad adivinábanse sus ojos brillantes y húmedos por la risa-, sería la mar de divertido que el confesar uno esas cosas ante un sacerdote, éste concluyera la absolución diciendo: ¡Vete con Dios, hijo mío, que yo también he dejado de creer en El! Ve, camina y trasmite a tus semejantes la buena nueva de que Dios no existe».

Pero no es así. No hay tal buena nueva. Así como Cristo le representa a Revueltas la gran metáfora de la autogénesis del Hombre y el gran espejo de su deber ser, Dios le presentará la presencia del mal sobre la tierra. Así este extraordinario texto de *Dios en la tierra*: «La población estaba cerrada con odio y con piedras. Cerrada completamente como si sobre sus puertas y ventanas se hubieran colocado lápidas enormes, sin dimensión de tan profundas, de tan gruesas, de tan de Dios. Jamás un empecinamiento semejante, hecho de entidades incomprensibles, inabarcables, que venían... ¿de dónde? De la Biblia, del Génesis, de las tinieblas, antes de la luz. Las rocas se mueven, las inmensas piedras del mundo cambian de sitio, avanzan un milímetro por siglo. Pero esto no se alteraba, este odio venía de lo más lejano y lo más bárbaro. Era el odio de Dios. Dios mismo estaba ahí apretando en un puño la vida, agarrando la tierra entre sus dedos gruesos, entre sus descomunales dedos de encina y de rabia. Hasta un descreído no puede dejar de pensar en Dios. Porque, ¿quién sino El? ¿Quién sino una cosa sin principio ni fin, sin medida, puede cerrar las puertas de tal manera? Todas las puertas cerradas en nombre de Dios. Toda la locura y la terquedad del mundo en nombre de Dios. Dios de los ejércitos; dios de los dientes apretados; Dios fuerte y terrible, hostil y sordo, de piedra ardiendo, de sangre helada (...) Dios se había acumulado en las entrañas de los hombres como sólo puede acumularse la sangre y salir en gritos, en despaciosa, cuidadosa, ordenada crueldad».

Estamos ante una gran blasfemia. En este cuento fundamental para entender el resto de su obra, Revueltas narra un episodio extraordinariamente sangriento de la guerra cristera, cuando, en nombre de Dios, todo un pueblo cierra sus puertas al ejército federal que muere de sed y, cuando, en nombre de Dios, empala al maestro del pueblo, el único que,

compadecido, da agua a los soldados. Si ellos hablan en nombre de Dios, sus acciones definen a Dios y Revueltas sólo transcribe su discurso: «Una masa que de lejos parecía blanca, estaba ahí compacta, de cerca fea, brutal, porfiada como una maldición. «¡Cristo Rey!» Era otra vez Dios, cuyos brazos apretaban la tierra como dos tenazas de cólera. Dios vivo y enojado, iracundo, ciego como El mismo, como no puede ser más que Dios, que cuando baja tiene un sólo ojo en mitad de la frente, no para ver sino para arrojar rayos e incendiar, castigar, vencer».

El testimonio de los hombres de Dios revela a Dios. Esto en teología católica es perfectamente ortodoxo: los cristianos, con nuestra vida, evangelizamos. Así, la gran blasfemia no es de Revueltas, sino de quienes pretenden ser de Dios y lo revelan como el Mal. Revueltas sólo entra en el problema del Mal. El maestro del relato es nuevamente un Cristo que «De lejos parecía un espantapájaros sobre su estaca, agitándose como si lo moviera el viento, el viento que ya corría, llevando la voz profunda, ciclópea de Dios, que había pasado por la tierra».

«Algo debió haber ocurrido», reflexiona Revueltas en *Los motivos de Caín*, «quién sabe qué cosa abominable y desgraciada, que impregnaba de miedo las tinieblas en un desquiciado sucederse de alguna hora nona sacrilega en la que Dios, enloquecido, en lugar de recibir en su seno al Hijo del Hombre, resucitaba a los malos y los esparcía por el haz de la tierra perseguida y maldita. La turbia conciencia de ser un Caín que ha perdido la memoria, pero que sabe con certeza absoluta que él es el asesino de su hermano...».

Escritor apocalíptico, Revueltas pone el dedo en la llaga: el Cíclope es la segunda Bestia del Apocalipsis y a los cristianos nos toca denunciarlo, no a él, él sólo lo refiere. Se trata de una impostura: Caín no da testimonio de Dios. Los motivos de Caín no son el proyecto del Dios de los cristianos. Por el contrario, San Juan, en el *Apocalipsis*, refiere los métodos de la segunda Bestia, el Anticristo: «Ejerce todo el poder de la primera Bestia en servicio de ésta, haciendo que la tierra y sus habitantes adoren a la primera Bestia cuya herida mortal había sido curada. Realiza grandes señales, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra; y seduce a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la Bestia».

Pero también el Cíclope, la Bestia apocalíptica, al Anticristo, Caín, el que confunde y mata a sus hermanos, encarna y se concreta: «...ahí estaba El Ca-

rajo -de El apando-, un anti-Dios maltrecho, carcomido, que empezó a sacudirse con las broncas convulsiones de una tos frenética, galopante, que lo hacía golpear con el cuerpo en forma extraña, intermitente y autónoma, con el ruido sordo y en fuga de un bongó al que le hubieran aflojado el parche, el muro del rincón en que se apoyaba. Parecía un endemoniado con el ojo de buitre colérico al que asomaba la asfixia».

Y el Cíclope del Apocalipsis cristiano prendió en la atávica religiosidad de los mexicanos, traducido en un monstruo devorador de sus hijos. Huitzilopochtli, el Señor de la Guerra, anima y motiva la sangrienta cruzada que tanto escandalizara a Revueltas, porque supuso mucha sangre en el nombre de Dios. Esta conexión entre Anticristo y Cristiada, esta presencia de Moloch en la religiosidad mexicana es una de las mayores aportaciones de Revueltas al estudio de la religión en nuestra patria, aún no estudiada. Vale la pena recordar este texto de *El luto humano* que abre muchísimas posibilidades para el análisis del fenómeno religioso concreto, en nuestra realidad: «Roma era Dios y Roma era la Iglesia. Pero aquí había otro Dios y otra Iglesia. El Cristo de esta tierra era un Cristo resentido y amargo. Nadie descubrió, por ejemplo, unos años antes, cuando la guerra de los cristeros, que esa religión de Cristo Rey, que esa religión nacional, era otra, y que Roma al predicarla, al ejercerla coléricamente y con las armas en la mano, no hacía más que disolverse, reintegrándose a lo que siglos atrás había destruido cuando sobre los templos indígenas se erigieron los templos del duro, seco, inexorable y apasionado catolicismo. La religión de los cristeros era la verdadera Iglesia, hecha de todos los pesares, de todos los rencores, de toda la miseria de un pueblo oprimido por los hombres y la superstición».

Los ortodoxos de todos los signos saltarán para negar estas afirmaciones revueltianas: ¿va demasiado lejos al calificar los atavismos populares como rencor salvaje...? Continúa el mismo texto: «Llamábanse cristeros tomando el nombre que sus propios enemigos les habían dado. Y la palabra ruda, brutal, arreligiosa, los enorgullecía, pues en efecto está llena de fuerza y contenido: era una suerte de diálogo entre el misticismo y la rabia, entre el pavor y la crueldad: todo lo que hacía retroceder al hombre hasta su yo antiguo y defender en Dios el derecho a la sangre y con la sangre afirmar una fe vaga, siniestra y aturdida».

Ya los últimos estudios sobre la Guerra Cristera han demostrado que más que una Cruzada dirigida por la jerarquía católica fue un movimiento popular manipulado por ella, negociado con el gobierno según intereses jerárquicos y abandonado a su suerte. El

anterior texto de Revueltas no sólo abunda en el tema, sino que da elementos para un estudio sobre una religiosidad nacional que, entre la cruz y la espada de los conquistadores, entendió a Dios como espada y sincretizó en una deidad ciclópea su derrota, su conquista y su futuro. Este tema se abre ante nosotros y se muestra lo suficientemente rico como para apenas apuntarlo en estas cuartillas. Pero también aquí Revueltas estuvo a destiempo, como lo señala el título de este ciclo: se adelantó en muchos años -*El luto humano* es de 1942- a lo que habrá de hacerse.

Anotado lo anterior, que nos define a Revueltas como teórico de la religiosidad nacional, la visión teológica de Revueltas queda más o menos abarcada. Su teología del Cristo en autogénesis, con exigencias morales que rebasan los marcos de una doctrina determinada, y su teología del mal, de la destrucción ciclópea, de la voluntad de destruir que se opone al proyecto de construcción, el Baal de la Biblia -identificado por Marx mismo como el Capital, el Becerro de Oro que se alimenta de muerte, frente al Dios de la vida, también de la más antigua tradición bíblica, que sólo puede entenderse en la crucifixión de Cristo. Porque es una teología atea, una religión terrena, Revueltas renuncia a cualquier otro contenido doctrinal, pero sus supuestos no niegan otro contenido doctrinal; quiero decir con esto, que su pensamiento no se opone al cristianismo más ortodoxo: simplemente no incursiona en lo específico de la fe.

Pero Revueltas no se queda en la teoría: da testimonio con su propia vida. Años de prisión, de persecución -aun de sus propios camaradas-, de silencio, de menosprecio, que minan su salud hasta matarlo son la prueba de lo que afirma. Está en la línea cristiana de «por sus obras los conoceréis», en la más tradicional ortodoxia de que el mensaje se testifica con la vida y que la alianza se sella con la propia entrega hasta la muerte. Revueltas está en la tradición de los profetas y nosotros apenas podemos intuir, desde nuestras limitaciones y nuestra lejanía, cuánto de martirio cristiano hay en la vida de este profeta ateo. ■

# EL PROFETISMO ACTUAL EN AMERICA LATINA, UN POETA: ERNESTO CARDENAL

Jorge A. Narro Monroy  
Estudiante de Teología

## EL POETA, LA REALIDAD Y LA PALABRA

Lo *decisivo* en el poeta no es la palabra escrita, sino su «talante» personal o, para ser más precisos, su peculiar estructura intelectual-sentiente y por tanto el modo especial de habérselas con la realidad. Expliquémonos: Lo real no es para el poeta -y en esto coincide con todo hombre- un puro estímulo que se agota en ser tal, sino que posee una consistencia propia, existencia en sí mismo, autosubsistencia. Pero además -y aquí reside lo distintivo de su percepción- lo real se le presenta como evocación inmediata de otra cosa. Lo real es, a un tiempo, la realidad misma y un «algo» que la trasciende a partir de ella. Lo real es trascendental (la realidad en cuanto realidad) y trascendente (algo más allá pero desde lo real).

Esto se manifiesta en la relación que existe entre la palabra y lo que ha dado por llamarse «inspiración» o «intuición poética». Esta se expresa a través de palabras y de una particular estructuración de ellas. Pero la intuición, profundamente arraigada en la palabra (y por tanto en la realidad que ésta vehicula), la trasciende. la intuición se expresa mediante las palabras, pero cuidadosamente elegidas no en razón de su contenido manifiesto (la porción de realidad externa que simbolizan), sino de su «tono afectivo». La palabra es y no es el poema. La palabra (significante) refiere ya no a su puro significado (denotado) sino, sobre todo, a su significación (connotado, vibración emocional, tono afectivo).

El poema, firmemente sujeto a lo real y a la palabra significante, se prolonga, guiado por la naturaleza simbólica de las propias palabra, y realidad (polisémicas, ambiguas, abiertas), más allá, hacia lo trascendente, hacia la significación. Ello en virtud, repetimos, del carácter de lo real y de la palabra. Pero, ante todo, de la personalidad poética que percibe lo «otro» de la realidad y es capaz de expresarlo a través de lo «otro» de la palabra, hasta el extremo de que aquélla no es decible sino en ésta.

## POESIA Y PROFECIA

Desde el punto de vista estrictamente literario (el teológico lo trataremos luego) el poeta y el profeta coinciden en lo que hemos calificado como decisivo: el talante, la estructura intelectual-sentiente. Así, aunque el profeta no escriba, capta la alteridad de lo real. Y no sólo la capta, sino que exigido también por su personalidad, la comunica -como la aspiración exige la exhalación-. (Vale aquí un paréntesis que completa lo dicho en la sección anterior y resulta pertinente en ésta. La poesía y la profecía no constituyen sólo un fenómeno de percepción, también lo son de comunicación: se percibe porque se necesita transmitir, se transmite porque se percibe de manera imperiosa). El profeta comunica no necesariamente a través y en virtud de la palabra escrita<sup>1</sup> -aunque varios de los grandes profetas acudieron a ella-, sino ordinariamente a través de la alocución, del gesto, del símbolo. Unos, por supuesto, adecuados a la intuición, de suerte que una y otros se interpenetren (el que esto se logre con mayor o menor acierto determina, por ejemplo y entre otras cualidades, la genialidad «literaria» del profeta).

A propósito del discurso y el símbolo, recordemos de pasada a Ezequiel, tachado, merced a sus excesos gestuales, de «esquizofrénico catatónico», «fanático», víctima de una «oscura y salvaje ferocidad mental», etc.

*Los profetas son ante todo predicadores; en cuanto tales, son especialistas en parábolas y alegorías. Ezequiel, por ejemplo, ha recibido el título de autor de alegorías.*

*(...) todos los profetas son místicos, al igual que todos los místicos son poetas. Por consiguiente sus visiones no son otra cosa que la realidad del mundo de Dios vivamente experimentada por alguien cuyos horizontes limitan con la trascendencia de Dios y cuyo mundo está lleno de Su realidad inminente. Son conjuntos simbólicos muy racionalmente contruidos, pero inspirados por la fuerza con que se imponía la realidad absorbente de Dios a su imaginación y a su entendimiento<sup>2</sup>.*

## EL PROFETA: CRITERIOS DE VERIFICACION

Si el profeta, desde la perspectiva literaria, requiere de una personalidad típica que lo emparenta con el poeta, desde el punto de vista teológico -considerado como el definitivo para calificar a un hombre con ese título- necesita, para juzgársele como verdadero, cumplir con ciertas características y responder a algunos criterios.

Mientras que la poesía es fruto del misterio de lo humano, la profecía es vocación divina. Pero no son dos misterios que hayan de ser disociados. Dios ni ignora ni echa a un lado la personalidad y las circunstancias históricas del hombre, sino que se vale de ellas para llamarlo desde allí -y con ellas- a proclamar con su vida y palabra el mensaje salvífico. La Gracia -traigamos a la memoria la convicción escolástica- no suplanta a la naturaleza sino que la impulsa a la plenitud<sup>3</sup>.

*La percepción de la realidad no genera, por sí sola, el ministerio profético. Este es resultado de la irrupción inesperada de Dios en lo más profundo del corazón humano. Es por pura iniciativa de Dios que el profeta puede leer la historia desde la clave de Su amor.*

*La vocación profética nace de las entrañas mismas del amor histórico de Dios grabado por El en la interioridad de sus siervos. Esta experiencia es «algo así como fuego ardiente» (Jr 20,9), que rompe la cotidianidad del profeta y lo empuja irresistiblemente a implicarse en los asuntos de Dios, a discernir Sus proyectos, a comunicar Su palabra<sup>4</sup>.*

Habiendo asentado lo anterior -el profeta es un poeta llamado como tal y conducido por Dios para revelar Su voluntad-, se mantiene en pie la pregunta por las características que acreditan a un verdadero profeta. Quienes en el Antiguo Testamento se presentaban delante del pueblo como enviados de Yahvé, diciendo: «Así habla el Señor tu Dios», suscitaban interrogantes; ¿serían de veras sus portavoces, hablarían realmente en nombre del Altísimo o transmitirían sus propias fantasías? Es decir: ¿serían verdaderos o falsos profetas? ¿Cómo distinguirlos?

### Características del profeta<sup>5</sup>

- Decir, en el caso de Israel, que el profeta es un hombre que no tiene otra óptica para leer la historia que no sea Dios, resulta casi redundante. Sin embargo, este es un rasgo que se acusa pronunciadamente en estos hombres. La lectura secularista de los acontecimientos les es absolutamente inimaginable, tanto como la relación con la divinidad al margen de la historia. Y esto sólo gracias a su profunda comunión con ambos. El profeta es profundamente hombre de su tiempo. Pero lo uno en razón de lo otro: porque Yahvé es el Dios de la Historia e Israel el Pueblo de Dios.

- El profeta es un «espíritu revolucionario»: nunca está conforme con la situación presente, busca siempre transformarla, desde el interior, para impul-

sarla en el rumbo de su meta. La voluntad de Dios se proyecta hacia el futuro: hacia la promesa escatológica de un «Día del Señor» en el que «el cordero pascie junto con el lobo». El presente está llamado a eso, el futuro lo pone permanentemente en cuestión.

El profeta sabe que el tiempo apremia y se consume en la impaciencia, pero al mismo tiempo sabe aguardar la «hora» de Dios, quien deja crecer el trigo junto con la cizaña. El profeta espera confiado porque espera en el Señor. Su ánimo es revolucionario, urgido y resuelto, pero al mismo tiempo humilde y paciente porque sabe que la Obra no es suya ni la puede manejar a su antojo.

- Respeta, como el Dios a quien atiende con celo, la libertad de los demás. Exhorta, amenaza, alimenta, reprende, pero nunca suplanta la decisión última de los otros. Porque quiere lo que Dios quiere, sabe ser magnánimo y paciente con la debilidad de sus hermanos, a quienes sigue queriendo y a quienes sigue insistiendo sin desesperar.

- Con frecuencia termina en el fracaso humano: toda la historia de salvación nos muestra la íntima relación de la función profética con el sacrificio redentor. Si toda la vida del profeta es un testimonio, no pocas veces nos damos cuenta que se le pide la participación en el testimonio cruento. Lo notable del profeta es el modo de sobrellevar toda experiencia dolorosa: en el fondo siempre conserva la paz y la esperanza, sigue amando a su pueblo sin amargura y sin despecho, sigue perdonando y aun ofrece su mismo sacrificio por aquéllos que se lo causan. Esto no significa que esté exento de flaquezas: su angustia y dudas interiores, junto con las constantes amenazas externas, lo tentarán muchas veces a rebelarse contra su misión y a escoger la suerte de los falsos profetas, tan estimados por los hombres (cfr. Jer 20,14ss).

- No obstante que el fracaso se cierne de modo permanente sobre la vida de los profetas, es posible afirmar que, cuando son verdaderos, su mensaje acaba por cumplirse.

### EL PROFETISMO ACTUAL

*«¿Existirán hoy todavía profetas? La respuesta debe ser inmediata y sin titubeos: sí»<sup>6</sup>.*

Suele identificarse, con poca reflexión, al profetismo con el Antiguo Testamento. Incluso cuando se lee en la Carta a los Efesios (2,20) que nuestro edificio espiritual está construido sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, no se piensa que Pablo

se refiere a los profetas de las comunidades cristianas, cuando con toda probabilidad de éstos se trata.

Pues bien, no sólo existieron profetas en el Nuevo Testamento -y con una abundancia que requirió de mecanismos de regulación-, sino que fueron realmente tales y desempeñaron un papel muy importante en la Iglesia primitiva: mantenían viva en la comunidad la espera de la vuelta inminente del Señor; pronunciaban oráculos sobre las necesidades y preocupaciones del momento; alababan y atacaban, advertían, consolaban y prometían con la fuerza del Espíritu que los llenaba.

Pero también es un hecho histórico que el profetismo del período neotestamentario fue retrocediendo en el curso de los primeros siglos cristianos para terminar por desaparecer. ¿Pero realmente desapareció?

*Personalmente, creo que hay que buscar la solución por dos caminos. Hemos de contar con que las formas externas cambian: si examinásemos las cosas a fondo, habríamos de conceder que el profetismo reaparece en muchas manifestaciones posteriores de la historia de la Iglesia y de nuestro tiempo. Por otra parte, también hemos de contar con que, antes de la vuelta del Señor, la Iglesia sigue siendo Iglesia de los pecadores y, con nuestra mala conducta, podemos ir debilitando el carisma profético e incluso eliminarlo plenamente.*

Si aceptamos esto, nos vemos precisados a reconocer como proféticas muchas cosas que llamábamos con otros nombres. Es lo que ocurre, por ejemplo, con muchos santos. Y no sólo con muchos santos: con muchos hombres que cercanos a Dios y en su nombre anuncian el futuro y sus anticipaciones, denuncian lo que se opone a la presencia salvadora de Dios, apremian a la conversión, interceden por el pueblo y padecen «la suerte de la virgen de Israel» (Jr 13,17).

A la pregunta de si hay profetas actualmente, la respuesta es, pues, afirmativa. El Espíritu no ha enmudecido, continúa haciendo oír su voz a través de hombres y mujeres que manifiestan Su Voluntad y lo seguirán haciendo «hasta que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Cor 15,28).

#### **EL PROFETISMO ACTUAL EN AMERICA LATINA UN POETA: ERNESTO CARDENAL**

No todo poeta, hemos dicho, es profeta. Ernesto Cardenal constituye en caso que parece reunir ambas características: talante y vocación.

#### **Algunos datos biográficos<sup>8</sup>**

Ernesto Cardenal nació en Granada, Nicaragua, en 1925. Estudió filosofía y letras en la Universidad Nacional Autónoma de México y luego realizó estudios de postgrado en Columbia University, Nueva York, donde escribió una tesis sobre la poesía moderna de su país.

Conoció la persecución, fue encarcelado y militó en la resistencia anti-somocista. En 1956 sobreviene un gran cambio en su vida. Abandona la resistencia



y entra en la trampa de Getsemaní, en Kentucky, donde tiene como maestro de novicios al poeta monje Thomas Merton. Sigue un período de silencio y meditación. Cardenal comprende que izquierdas y derechas, revolución y dictadura, son, además de realidades políticas, acontecimientos espirituales. La política sigue interesándole como siempre, pero la ve -como él mismo señala- con ojos distintos a los de antes. Ve que las raíces de los tiranos ahondan en profundidades mayores de las que había pensado: «A menudo las encuentro también en mí mismo, en mi actuar cotidiano. Los dictadores viven en nosotros. La bomba H es una realidad de nuestra alma».

De Kentucky, cuyo clima no le sienta, vuela a Cuernavaca, México, y de allí a Medellín, Colombia, para terminar sus estudios de Teología. En 1965 Cardenal está de regreso en Nicaragua; en la catedral de Managua es ordenado sacerdote. Se va luego a vivir a la isla de Solentiname, en el interior del gran la-

go. Funda allí una comunidad, realiza trabajos artesanales y levanta, para los isleños, una escuela y una clínica. En 1979, invitado por el Frente Sandinista, abandona la isla para incorporarse al «Grupo de los Doce». Con el triunfo de la revolución pasa a ocupar el cargo de Ministro de Cultura, que deja en 1988 cuando esta cartera desaparece para fusionarse con la de Educación.

### Marco literario<sup>9</sup>

Los poetas que aparecen en América Latina por los años de 1930 a 1945 (y nacidos entre el 15 y el 30) tienen, por lo general, un tono melancólico, elegiaco, grave, pesimista, introspectivo. Podría llamarseles neorrománticos a condición de que se agregara en seguida que sus autores favoritos no eran románticos sino superrealistas.

Los poetas católicos, por ejemplo, afirmaban la vida en actitud de atención y aun de amor al hombre y todos sus bienes. Las cosas reales se les ofrecían para que las celebraran haciéndolas entrar en el canto. Al fundar así la realidad reconocían lo sobrenatural, el lazo con el misterio.

La realidad, en un intencionado prosaísmo que prefiera presentar el drama humano con el lenguaje de la calle, a veces antiliterario, aparece con enorme fuerza.

Ernesto Cardenal pertenece a esta generación. Es poeta espontáneo, con claridad de prosista, decidido a formar su sentimiento para que lo entiendan, no para que admiren su pura forma. Le interesan el hombre, la historia, la sociedad, la política y la Iglesia católica. Prosaicamente, conversacionalmente, aprovecha el lenguaje de la publicidad y el de las leyendas indígenas.

### El profeta y su mensaje

#### *Aclaraciones preliminares*

Juzgar a Cardenal como poeta y profeta nos ofrece, de entrada, dos obstáculos: no tenemos posibilidades de acceso ni a la totalidad de la obra escrita ni a la vida pormenorizada del nicaragüense. El universo, por tanto, al que nos hemos de acercar bajo la luz de los criterios literarios y teológicos mencionados en las primeras secciones de este trabajo, resulta sumamente reducido, tanto que más de un criterio quedará sin verificarse<sup>10</sup>.

Así las cosas, dejemos claro desde aquí que todo lo que a continuación se dice tiene el carácter de lo aproximativo, parcial y provisional.

### *El mensaje de los oráculos de Cardenal*

#### a) La sociedad y la Historia

Cardenal, ya lo decíamos al hablar de la generación de poetas en la que está inscrito, no se sustrae ni de la historia ni de la sociedad. Todo lo contrario, su poesía, a fuerza de dirigirse por su nombre a las cosas, se mueve en el estrechísimo filo que existe entre el panfleto y el verso (y en más de una ocasión se despeña hacia aquél).

La historia y la sociedad adquieren una trágica y oscura fisonomía en los salmos de Cardenal, que evocan los gritos más crudos y pesimistas de Amós, Oseas y Jeremías.

La historia se remonta a Israel, señalando como referencia viva a un pasado luminoso, visto desde el presente como garantía de un futuro prometedor. El profeta interpreta el presente a la luz de las acciones que manifiestan en el pasado la voluntad salvífica de Dios y la proyecta al futuro. La apropiación de ese pasado y lo que éste contiene de promesa pronunciada para el porvenir de hoy, se manifiesta, por ejemplo, en el salmo 43, mediante el cambio sorpresivo de sujeto y el sutil de tiempo:

*Tú diste victorias a Israel  
porque no confiamos en nuestros armamentos  
y los tanques no nos dieron la victoria.*

El acento, como en todo profeta, se coloca en el presente, en la época que arranca con la Segunda Guerra (1939-45) y se extiende hasta el momento en que los Salmos se escriben (1964).

La sociedad no se reduce a América Latina y mucho menos a Nicaragua. Cardenal hace suya la situación internacional, amenazada por la bomba atómica, campo de lucha de las superpotencias - estamos en el esplendor de la «Guerra Fría»-, marcada por el sello de los campos nazis de exterminio, en apresurada preparación para nuevas conflagraciones. El poeta no se limita a Nicaragua, declamos, pero ésta es el centro de su mirada, lo demás, sin restarle un ápice de importancia, es el contexto.

Nicaragua es el nudo en el corazón del profeta: dictadura, régimen policíaco y persecutorio, oligarquía, propaganda oficialista que aturde, leyes injustas y jueces al servicio del poder: un capitalismo feroz que no deja espacio libre en la minúscula república.

La historia y la sociedad conforman un proceso jalonado de crímenes y un paisaje casi totalmente permeado de injusticia:

*Somos los desplazados  
somos los refugiados que no tienen papeles  
los confinados en los campos de concentra-  
ción  
condenados a trabajos forzados...*

*Somos tu pueblo de Auschwitz  
de Buchenwald  
de Belsen  
de Dachau.*  
(Salmo 42)

*¿Quién nos libraré de las armas atómicas?*  
(Salmo 4)

*Líbrame Señor  
de la SS de la NKVD de la FBI de la GN.*  
(Salmo 7)

*Hablan de paz en sus discursos  
mientras aumentan su producción de guerra.*  
(Salmo 5)

*¿Acaso el derecho de ustedes no es clasista?  
el Civil para proteger la propiedad privada  
el Penal para aplicarlo a las clases domina-  
das.*

*De ustedes es la policía  
de ustedes son los jueces.*  
(Salmo 57)

Pese a todo, la historia no está sola, abandonada a sus propios mecanismos de autodestrucción. Es el lugar donde Dios se hace presente; sea porque se manifiesta con brazo victorioso, sea porque ausente se le requiere en ella con apremio.

La historia -esto es central en Cardenal- refiere de modo inmediato a Dios. En su propia trascendencia, en su consistencia y personalidad propias, en ella misma, la historia manifiesta como presencia consoladora o como ausencia desgarradora -o como ambas: el «ya pero todavía no»-, la trascendencia: Dios.

Esto nos conduce de la mano al siguiente apartado.

b) Dios

*Para Cardenal el problema de Dios no es una  
cuestión teórica sobre si existe o no existe. Es  
el problema práctico existencial de la presen-  
cia de Dios: Dios tiene que ayudar... tiene que  
intervenir.*

La historia y la sociedad exigen a Dios por su propia naturaleza: es el trascendente intrínseco a lo trascendental, lo «otro» existente en el «esto», la significación que se desprende del significante.

Dios, por principio, es, entonces, el *Dios de la Historia*; porque la historia pertenece a Dios:

*¡Despierta,  
y ayúdanos!  
¡Por tu propio prestigio!*  
(Salmo 43)

Dios también es el *Dios de la Vida*. El que se manifiesta cuando la vida florece. El que se revela, ahora no como efusión, sino como solidaridad, donde la vida se niega.



Por eso es el *Dios de los Pobres*:

De los cautivos:

*Tú me liberrarás del campo de concentración*  
(Salmo 4)

De los que gimen y protestan:

*Porque no eres Tú un Dios amigo de los dicta-  
dores*  
(Salmo 5)

De las víctimas de la violencia y de la guerra:

*Pero Tú me salvarás de sus planes*  
(Salmo 5)

De los que padecen el abuso de la ley y del orden:

*¡Oh Dios!, acaba con el statu quo*  
(Salmo 57)

De los pobres, en definitiva:

*El Dios que existe es el de los proletarios*  
(Salmo 57)

Por consiguiente, el Dios de Ernesto Cardenal es el *Dios de la Justicia*: el que protege al huérfano, a la viuda, al extranjero...

El que juzga con justicia:

*Tú eres quien juzga a las grandes potencias.  
Tú eres el juez que juzga a los Ministros de Justicia  
y a las Cortes Supremas de Justicia.*

*...yo te cantaré a ti porque eres justo  
te cantaré en mis salmos  
en mis poemas*

(Salmo 7)

El que gobierna con justicia:

*Pero tú tienes un gobierno eterno  
un gobierno de JUSTICIA  
para gobernar los gobiernos de la tierra  
todos los pueblos  
y eres el defensor de los pobres.*

(Salmo 9)

Por último, y aquí volvemos a encontrarnos con una implicación del «tono melancólico, elegiaco, grave, pesimista» que atraviesa la poesía de Cardenal y lo vincula también con los profetas veterotestamentarios en el que el mensaje apocalíptico apenas se insinúa (en el fondo lo que se reúne son las «existencias proféticas»), Dios, respecto de la historia -la suya-; es más bien promesa que presencia plena, más «todavía no» que «ya»:

*¿Hasta cuándo Señor estarás escondido?*  
(Salmo 9)

*Pero ahora nos has abandonado  
y nos cubriste de sombras de muerte*  
(Salmo 43)

Hoy es más bien presencia de la ausencia o, mejor, presencia de un dios no en la gloria sino en la humillación, en el «reverso de la historia», en la negación de la vida, en lo no-sagrado, en la negación de Dios...

*(...) se debe al pecado humano. (Dios) quiso asumir este camino absurdo para solidarizarse con la pasión del mundo; lo libera (así) desde dentro*<sup>12</sup>

Mañana será la realización completa de la esperanza, el cumplimiento a cabalidad de la promesa hecha a Israel:

*Serán derrotados con sus propios armamentos  
y liquidados por su propia policía.  
Como purgaron a otros  
los purgarán a ellos.*  
(Salmo 9)

## Una conclusión

Un criterio a la luz del cual podemos calificar al profeta es el cumplimiento de sus oráculos. Por supuesto el verificarlo presupone la lectura de la historia con espíritu también profético.

*Los acontecimientos que tejen (la historia) deben llevar la atención a un sentido trascendente y a una causalidad metahistórica; si han de ser vistos como realización de la palabra de Dios por un profeta. Cualquier acontecimiento de la historia permanece mudo con respecto a la trascendencia mientras el que lo contempla no se encuentra en él con Dios*<sup>13</sup>.

Los profetas no son clarividentes, adivinos, sujetos que predicen acontecimientos que han de cristalizar puntualmente en realidades palpables en la historia. Hablan del futuro siempre como lugar de encuentro de la historia con Dios. El futuro es la plenitud del Reino, ése avizorado ya en el imperfecto presente y ofrecido por Dios en el pasado. Para mirar el futuro hay que tomar los ojos del profeta y mirar en su dirección y desde su perspectiva. Los ojos del científico de la historia que mide sólo los datos objetivos no son los más adecuados para certificar o desautorizar a un profeta.

Pues bien, Ernesto Cardenal no predijo el futuro, el cómo concreto del Reino ya instaurado. Pero habló en sus Salmos de una anticipación -imperfecta como todas ellas-, ahora ya actual, del porvenir, del Reino: la caída de la dictadura somocista. Esta se dió. Y leído el suceso a la luz de la fe, y encontrado ahí el Dios liberador de los pobres, acredita al profeta. Sus oráculos alentaron la lucha y señalaron, confiados en Dios, su seguro y victorioso final.

## NOTAS

1. La escritura y el libro son instrumentos relativamente tardíos de una necesidad de comunicación que antes que en ellos ya había encontrado cauce en otros signos. En Israel el libro adquiere estatura social hasta el siglo II a.C., mientras que los primeros profetas aparecen en el VIII a.C. Ciertamente desde Amós se consigna por escrito la profecía, pero lo hacen los discípulos del profeta y guiados más por la pretensión de heredar sus oráculos que por el deseo de establecer una relación literaria entre Revelación y palabra.

2. TKACIK, ARNOLD J. «EZEQUIEL». Comentario Bíblico San Jerónimo. Tomo II, A.T. II, página 29.

3. Un estupendo tratamiento de este tema de la relación entre intervención divina y mediaciones humanas e históricas puede encontrarse en: GONZALEZ FAUS, J.I. Proyecto de Hermano. Sal Te-



rrae, Colecc. Presencia Teológica No. 40. Santander 1987, pp. 711-715.

4. ZUBIRIA, GEORGINA. *La existencia Profética*. Fotocopia. Diciembre de 1988, p. 1.

5. Durante toda esta sección seguimos a:

CABELLO, RUBEN. *Sobre la Noción de Profecía*. Mimeo. México 1970, pp. 12-17.

6. LOHFINK, NORBERT. «Los Profetas de Ayer y Hoy», en: *Profetas Verdaderos, Profetas Falsos*. Biblioteca de Estudios Bíblicos No. 16. Sígueme, Salamanca 1976, p. 134.

7. Idem, p. 138.

8. CARDENAL, ERNESTO. *Salmos*. Cuadernos Latinoamericana-


nos. Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1973.

9. ANDERSON I., E. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Vol. II. Breviarios del FCE No. 156. México 1980, pp. 319-320 y 327.

10. De la obra de Cardenal consideramos sólo los *Salmos*, y de ellos apenas seis.

11. CARDENAL, ERNESTO. *Obra citada*.

12. BOFF, LEONARDO. *La Trinidad, la Sociedad y la Liberación*. Ed. Paulinas, colec. Cristianismo y Sociedad No. 5. Madrid 1987, p. 230.

13. GONZALEZ, ANGEL. «Verdaderos y Falsos Profetas», en: *Profetas Verdaderos, Profetas Falsos*, p. 49. 

# MUJER Y POESIA

## CLAVE DE LA NUEVA CULTURA NICARAGUENSE

Raúl H. Mora L., S.J.  
Lic. en Teología y Dr. en Letras

«Dos son, entre otros, los fenómenos que caracterizan la revolución nicaragüense: la masiva participación cristiana y la importancia que se atribuye a la dimensión cultural»: con este diagnóstico comenzó, en 1983, Giulio Girardi su perspicaz análisis *Fe en la Revolución - Revolución en la Cultura*.

Frecuentemente *Envío* ha venido dejando testimonio de la presencia y actividad de los cristianos en la Nueva Nicaragua. Reconocimiento público y nacional de dicha participación es el preámbulo de la *Constitución Política de la República de Nicaragua*, promulgada el 9 de enero de 1987 también en nombre de los cristianos «que desde su fe en DIOS se han comprometido e insertado en la lucha por la liberación de los oprimidos».

Con el presente estudio *Envío* ahonda en la vertiente de la dimensión cultural: Sin ella, poco se conoce del proceso que el pueblo de Nicaragua vive, en medio de la guerra, la amenaza permanente, la creatividad para salir adelante en las crisis y angustias de una economía de sobrevivencia y para alcanzar la paz con independencia.

### UN ARBOL EN EL BOSQUE

Canto, danza, artesanía, pintura primitivista, vestidos de moda, documentales cinematográficos, murales, oratoria, posters, periodismo popular, teatro, fiestas patronales, caricatura, narrativa, fotografía, arquitectura turística, jardinería, ensayo histórico-político y sociológico... En cada uno de estos campos se han explorado caminos, se han abierto posibilidades inéditas en la afirmación de «un hombre nuevo y una sociedad nueva».

Contra la novedad, «los cultos» -aferrados a los patrones culturales como si «lo clásico» valiera sólo por ser arcaico y viejo- podrán condenar lo hecho en Nicaragua en estos ocho años de niñez revolucionaria. «El arte como herejía» -título del ensayo con que en 1981 el Comandante Tomás Borge con-

vocó a los poetas y sus fusiles- ha sido y es hasta hoy el reto asumido en la búsqueda de identidad y la afirmación de los valores que en sus símbolos, en sus mitos y sus ritos convoca a sabios e ignorantes para la creación mutua de una cultura revolucionaria.

Entre todos los campos fecundados es reconocido por amigos y detractores que Nicaragua ha hecho de la poesía la expresión privilegiada de la creatividad cultural. Herencia e impulso de Rubén Darío.

El nombre de Ernesto Cardenal es tal vez el más universalmente conocido: heredero de los inmediatos herederos de Darío y pionero innegable de cuantos, tras él y con él, hicieron la revolución y cantan hoy con la poesía la esperanza nueva.

Entre Rubén Darío y Ernesto toda reseña de la literatura nicaragüense fiel a la historia recoge la obra de Azarías H. Pallais, Alfonso Cortés y Salomón de la Selva. Tras ellos el Movimiento de «Vanguardia» congrega a José Coronel Urtecho, Luis Alberto Cabrales, Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Manolo Cuadra, Alberto Ordoñez Argüello, Octavio Rocha, Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas, quienes con Ernesto Cardenal mismo perviven a la dictadura, entroncan con la revolución como la «generación del 40». Las «Generaciones del 50, del 60, del 70» multiplicaron las páginas y columnas de los semanarios culturales, se escondieron a lo mejor en un seudónimo o un apodo para rehuir la persecución y romper el silencio en el somocismo, superaron las diferencias de edad, sexo, nivel educativo, afiliación política: Ernesto Gutiérrez, Fernando Silva, Raúl Elvir, Mario Cajina Vega, Eduardo Zepeda Henríquez, Guillermo Rothschild Tablada, Armando Incer, Obar de Leon, Pedro Pablo Espinosa, Horacio Peña, Octavio Robleto, Julio Centeno, Alberto Baca Navas, Alberto Incer, María Teresa Sánchez, Daisy Zamora, Edwin Yllescas, Ciro Molina, Michele Najlis, Vidaluz Meneses, Luis Rocha, Carlos Pérez Alonso, Beltrán Morales, Adriana Guillén, Julio Cabrales, Ana Ilce Gómez, Erick Blandón, Francisco de Asís Fernández, Carlos Rigby, Jorge Eduardo Arellano, Rosario Murillo, Dora María Téllez...

Con éstas últimas, los guerrilleros «ponen flores al cañón de su fusil» y desde la montaña cantan, como Ricardo Morales Aviléz, cuando el soñar era proscrito como una pesadilla. En los mismos días y contra la misma causa, alguno reniega de la herencia transmitida, como de Roberto Cuadra escribió Ernesto Cardenal: «Era uno de los poetas más valiosos y que más prometían de su generación pero parece ser que renunció a la poesía cuando renunció también a su independencia». Pero otros Felipe

Peña, Elvis Chavarría, Donald Guevara- hicieron con su muerte a manos de la guardia Nacional el poema a la vida que iban ya escribiendo en su palabra joven, desde Solentiname. Isla en que los «pescadores-agricultores-poetas-combatientes» iniciaron con su ejemplo a niños de once o diez años- Jonny Chavarría, José Ramón Meneses, Mauricio Chavarría- y de siete -Juan Agudelo- y aun de cinco: Irene Agudelo. Aquella escuela campesina, tras el triunfo, renació en los «Talleres de Poesía» poetas de barrios y de pueblos de toda Nicaragua.

En ese bosque de audacia y de palabra viva, 1970 es especialmente significativo, por la exacta realidad con que los que son sembrados renacen en sus hermanos. El 15 de enero de ese año, tras el valeroso y popular grito «¡Que se rinda tu madre!», Leonel Rugama cayó en una casa de Managua: síntesis de participación cristiana y de naciente cultura revolucionaria. Semanas más tarde, con el poema «Y Dios me hizo mujer», Gioconda Belli irrumpe como fruto cierto.

A su obra<sup>1</sup> destinamos este estudio. Elección consciente. Sin minusvalorar a nadie. Por ser ejemplo de lo que va significando en Nicaragua la dimensión cultural en la angustiosa esperanza de esta lucha y de este pueblo, que no nació ni terminó el 19 de julio de 1979, pero sí hizo de ese día la fecha del alumbramiento de todo lo soñado antes y después.

## LA MUJER QUE SE REVELA

Rebelarse y revelarse, revelación y rebelión van unidas siempre, como intuitiva y poéticamente lo destacó José Coronel Urtecho al presentar en febrero de 1974 el libro *Sobre la grama*, de Gioconda Belli.

Revelación sin adjetivos. Sin el connotado religioso -sí instintivo- de la revelación divina. Sin el comercialismo de las revelaciones anuales en los festivales cinematográficos o en el boom literario de los sesenta en la novelística latinoamericana. Revelarse con la crudeza de quien arranca los velos y muestra su desnudez, como antes de que la primera pareja inventara la hoja de parra, el primer escondite:

*(Mi cuerpo) se ha revelado desnudándose como una cueva que necesitara de tu palabra para abrir su secreto ante la magia de tu sonrisa, de tu cercanía, ante vos que te sabías la combinación oculta desde antes de tener memoria*  
(«Manuscrito», AI, 104).

¿Poesía erótica: Erotismo de mujer? Como toda lectura inmediata, la que «nos impresiona» y esconde el germen de toda interpretación ulterior, el re-

corrido de los poemas de Gioconda es la contemplación de un cuerpo que suda y se agita, se contrae y se distiende al primer contacto y en el orgasmo pacificador: «y bendigo mi sexo», canta su primer poema:

*Y Dios me hizo mujer,  
de pelo largo,  
ojos,  
nariz y boca de mujer.  
Con curvas  
y pliegues  
y suaves hondonadas  
y me cavó por dentro  
me hizo un taller de seres  
humanos (AI, 39).*

«La abundancia de mi pelo», cabellera, piel, poros, colinas, cueva, sudor, saliva, espalda, dedos, pechos, naranjas maduras, caracola del oído, hormonas, piernas, brazos, dientes, cuenco de la mano, centro del lirio, talón, bahías, olores, uñas, boca, «mi mismo centro»: Metáforas y geografía corporea, «hecha naturaleza», enredadera, metamorfoseada.

Y ansia de mujer tierna: anhelos de ser gacela, arisca yegua, luciérnaga instantánea, gata boca arriba. Con la misma petición-plegaria de la mujer madura:

*Vestime de amor  
que estoy desnuda;  
que estoy como ciudad  
-deshabitada-  
sorda de ruidos,  
tiritando de trinos,  
reseca hoja quebradiza de marzo*  
(«Petición», CE, 25).

Pero no para ser poseída:

*El hombre que me ame  
no querrá poseerme como una mercancía  
ni exhibirme como un trofeo de caza,  
sabrás estar a mi lado  
con el mismo amor  
con que yo estaré al lado suyo*  
(«Reglas para los hombres que quieran amar a mujeres mujeres», CE, 41).

Porque estar juntos, codo a codo, lado a lado, ser compañeros, es el sueño primigenio, raíz de la admiración y la ternura:

*Juntos somos completos  
Y nos miramos con orgullo  
conociendo nuestras diferencias  
sabiéndonos mujer y hombre  
y apreciando la disimilitud  
de nuestros cuerpos*  
(«De la mujer al hombre», AI, 46).

Entonces vienen la caricia, los besos, las cosquillas, los «secretos en los poros para llenar muchas lunas», la marea del corazón, las sábanas explayadas, el temblor de las piernas, los crujidos de las ramas, la embestida al hombro izquierdo, las dentelladas, el lenguaje de jeroglíficos, «la noche con su cantar de guitarra del monte», las playas de temura, los gemidos: «exploradores que renuevan el más antiguo acto del conocimiento» (CE, 59):

*mi cuerpo como tinaja  
recogió toda el agua tierna  
que derramaste sobre mí. (AI, 90).*

Por eso el anhelo de la revelación nueva y del próximo crepúsculo para que «ondees tu cuerpo/como una bandera/sobre mi cuerpo» («Esperándolo», AI, 59). Deseo decidido de «sembrarte como un gran árbol en mi cuerpo» («Te veo como un temblor», AI, 52). Recuerdo y promesa de hacer de «mi cuerpo tu perenne habitación./ Tú morada de las suaves paredes» («In Memoriam», CE, 30). Con realismo crudo, surge ahí la confesión más íntima, la definición más «escandalosa» del amor:

*amo la escondida torre  
que de repente se alza desafiante  
y tiembla dentro de mí  
buscando la mujer que anida  
en lo más profundo de mi interior de hembra  
(«Definiciones», CE, 59).*

Y entonces el descubrimiento más limpio y lleno de gozo: «Dios te hizo para mí» (AI, 46). Confesión juvenil que hace de la desnudez el regreso al paraíso sin velos, re-velación femenina:

Dios y el Hombre me permitieron volver

*a mi estado primitivo  
al salvajismo delicioso y puro,  
sin malicia  
al barro, a la costilla  
al amor de la hoja de parra, del cuerpo  
del cordero a tuto,  
al instinto («Soy llena de gozo» AI, 40).*

Habitados como estamos a la cultura «desarrollada», con sus leyes y normas de pudor, el descubrimiento del instinto salvaje y el canto al estado primitivo pueden parecernos todo, menos «cultura». Gioconda Belli propugna lo contrario.

Porque, evocando el mito del barro y la costilla -nada puede haber más primitivo-, desenmascara el maniquísmo -herejía de quienes vieron en la materia al dios del mal todopoderoso- fue decidida y clara; pero dejó el temor de descubrirse sexuado, genital. Desde que Eva mordió la manzana e hizo que

Adán la probara, el instinto se hizo malo. Pecado «original originante» defiende la más acendrada teología. Sin desconocer el mal -veremos cuál y de dónde nace, según Gioconda-, ella va más allá y proclama en sus «Pequeñas lecciones de erotismo».

*Instálate en el humus sin miedo al desgaste  
sin prisa  
No quieras alcanzar la cima  
Retrasa la puerta del paraíso  
Acuna tu ángel caído revuelve la espesa  
caballera con la  
Espada de fuego usurpada  
Muerde la manzana (CE, 102).*

Con sus poemas de carne y pelo descubre el secreto inicial y único de «la cultura»: acción de cultivar, fruto del cultivo. Prototipo permanente, el campesino que rompe la tierra -desnuda de piedras y de espinas-, esparce la semilla y hace germinar la vida:

*Amo a los campesinos  
que no tienen más tractor que su brazo  
que rompen el vientre de  
la tierra y la poseen (AI, 84).*

Posesión sin mercancías ni mercantilismos. Sin prostitución. Sin pornografía. Con el mito de Eros: el que existió desde el principio. Sin pugna con el Agape.

Comunión total en la total revelación. Apretados los pechos en la palma de la mano: «como pájaros pequeños/en tus jaulas de cinco barrotes», el corazón se abre y desnuda su historia y sus angustias y sus sueños:

*renegada de mi clase  
engendada entre suaves almohadas  
y aposentos iluminados;  
sorprendida a los veinte años  
por una realidad  
lejana a mis vestidos de tules  
y lentejuelas  
volcada a la ideología de los sin pan  
y sin tierra  
(«Canto al nuevo tiempo», AI, 132).*

Todo como junto al mar, desde un castillo de agua, arena y «divagando sobre las historias que nos contaban/cuando niños, éramos un solo poro abierto a la naturaleza» (AI, 54). Confesión de nostalgias «de todo lo que tenemos y lo que nos hace falta, de todo eso que tengo dentro» «El recuerdo», AI, 56), y de tristezas:

Ahora la tristeza ha hecho nido,  
se ha venido a posar entre mis ramas  
y estoy como un sauce llorón  
tendida y doblada,  
acariciando apenas  
la tierra  
con mis lágrimas  
(«Ir dejando en jirones la piel en el amor», AI,  
128).

En la inseguridad de un presente nuevo:

Estoy en el filo de la construcción de mí misma  
ansiosa de cimientos, estructura, sólidas  
paredes para proteger el bagaje de sueños  
que ando a cuestras, requiero de certezas y ve-  
redas tranquilas, pasos firmes hacia mi propia  
patria desconocida («Nueva construcción del  
presente», AI, 137).

La revelación de las propias inseguridades, com-  
partidas, no hace perder la conciencia de quien  
también se descubre avanzando:

Aunque a ratos me asalten las dudas, brinco  
como caballo de carreras  
sobre sus bien construidas estructuras y sigo,  
sigo  
hacia ese final donde me espera el bosque  
verde,  
la iluminación y el sueño callado donde nada  
me acompañará sino la tierra con su murmullo  
de  
vientre («Avanzando», AI, 80).

En la desnudez completa, por dentro, por fuera, se  
revela el murmullo del vientre, el clamor de las en-  
trañas, la promesa de la tierra: «Yo amo tu semilla/y  
la guardo». Porque en eso se cimienta la identidad  
de la mujer entera. En sólo cinco versos queda to-  
do resumido:

Yo soy tu cama,  
tu suelo,  
soy tu guacal  
en el que te derramas sin perderte  
porque yo amo tu semilla  
y la guardo («Yo soy», AI, 51).

Más de un crítico -de los que piensan que la poesía  
es refinamiento exótico, asunto rebuscado- ha ta-  
chado de prosaico el poema de los nicaragüenses.  
La condena aduce no pocas líneas de Ernesto Car-  
denal. Reproducir, como lo hizo él, el telex sobre la  
bolsa de valores, según reporte de AP, Associated  
Press, o recordar las latas de cerveza vacías, las  
colillas de cigarros apagados, el hierro sarroso, los  
pedazos de loza, los tubos quebrados, los alambres  
retorcidos, los boletos rotos, el aserrín con  
que al amanecer barrieron los bares, las llantas vie-  
jas, el plástico envejecido, es el colmo de lo vulgar:



gritos del vulgo, de la pobreza. Olvidan quizás -o  
nunca han sabido- que ese «cementerio de cosas  
gastadas» necesitó la audacia del Poeta para decir  
que está «esperando como nosotros la resurrección».  
Quehacer-poesía eso significa- que está cierto  
de que la tumba llena de cadáveres quedará va-  
cía porque la muerte se convierte en vida. Olvidan  
-o nunca han sabido- que el pánico de la bolsa por  
las buenas cosechas o por las malas, con su dios  
moneda, quiso acabar con los tiempos en que «las  
cosechas eran hechas con cánticos y chicha».

La poesía nicaragüense, la cultura nueva está escri-  
ta con las cosas cotidianas, con sencillos deseos,  
como los de Gioconda y de toda mujer:

Hoy quisiera (...)  
que me dijeras por ejemplo  
que soy la mujer más linda del mundo  
que me quieres mucho  
cosas así  
tan sencillas  
tan repetidas  
que me delinearas el rostro  
y me quedaras viendo a los ojos  
como si tu vida entera dependiera de que los  
míos  
sonrieran  
alborotando todas las gaviotas en la espuma  
(«Sencillos deseos», CE, 65).

Sólo valorando la fuerte ternura de una mirada, la  
apuesta que supone hacer depender la vida toda  
de una sonrisa, se podrá aceptar que hay aquí una  
cultura distinta y audaz. Gioconda llega a lo más fe-

menino, a lo más audaz, al confiar a las hojas de papel -«vírgenes blancas»- su canto con la «enfermedad» de las mujeres («Menstruación», AI, 60), con «las planicies de mi vientre» que van cogiendo forma «de una redonda colina palpitante» («Maternidad», AI, 61), con su «Feto» en las entrañas:

*Tú  
pequeño ser  
estás creciendo dentro de mí  
dándome una nueva dimensión.  
(...)  
Por las noches me despiertas  
con tu suave golpeteo  
a las puertas de mi casa más  
secreta (AI, 62).*

Esperanza de mujer -sólo «mujer» puede ser ya su adjetivo- es ser madre. Para eso guardó la semilla. Para poder arrullar entre los brazos y darle el pecho al sueño por años soñado, prepara el momento en que, tan bíblicamente, «le llegue su hora». Luego, todo el sufrimiento será gozo y recuerdo agradecido:

*Me acuerdo  
cuando nació mi hija.  
Yo era un solo dolor miedoso,  
esperando ver salir de entre mis piernas  
un sueño de nueve meses  
con cara y sexo («Parto», AI, 64).*

Cuando la niña contempla su muñeca, cuando la jovencita re-conoce con los dedos la metamorfosis de su cuerpo, cuando la mujer madura repasa en la doliente soledad de un domingo los recuerdos de sudorosas batallas, cuando desafía las venas azules y las ojeras de la vejez, cuando en el exilio se alegra al mirar su propia historia en toda embarazada, cuando su grito se une al griterío de miles y miles de mujeres -todo el pueblo- que hacen la guerra para acabar con el tirano y el imperio -edades y situaciones recorridas a lo largo de dieciocho años por Gioconda como poeta-, la mujer no hace sino ir tejiendo el más dulce cantar:

*Ya se quedó dormida la muchachita.  
Cerró de nuevo su corazón de palma (...)  
¡Qué linda se ve mi muchachita dormida! (...)  
¿Cómo fue que el amor floreció de esta manera? (AI, 66).*

Revelación de la mujer. Canto a la vida nueva. Tan sencilla que ni parece nueva. Identidad y herejía.

#### LA MUJER QUE SE REBELA

La poesía de Nicaragua -y la de Gioconda Belli no es excepción- es un canto de árboles: guanacastes,

ceibos, almendros, robles, jocotes, palmeras. Como los bordes de todas las carreteras del país, las murallas siempre verdes del chilamate acompañan la geografía de palabras. La flor del sacuanjoche compite con la flor de pino, la que llenó con sus olores la iglesia en que se casó Sandino, como símbolo nacional. Pero son los malinches los más cantados. Malinche, flor de mayo, roja de sangre.

Hay en ese símbolo una doble ambigüedad que lo hace plural, portadora de múltiples sentidos. La Malinche -la mujer intérprete de Hernán Cortés, testigo al lado del conquistador de la tortura de Cuauhtémoc y de la caída de los dioses de Tenochtitlán- es para su tierra de origen sinónimo de La Chingada, la mujer violada. ¿Traidora o víctima? Y en Nicaragua el viejo militar Mascafierra repite lo que le oyó a su abuela: «El matrimonio es como el malinché: un mes de flores y once de vainas». Vaina de malinche: portadora de semilla y vida; síntesis de todo lo que es problema y queja.

Coherente con su re-velación, Gioconda, «borracha de primaveras», grita:

*Estoy deseando explotar  
como vaina de malinche  
para darle mis semillas al viento (AI, 41).*

Pero al protestar con Mario Benedetti -«Claro que no somos una pompa fúnebre»-, reconoce:

*Aunque nacimos para ser felices  
nos vemos rodeados de tristezas y vainas,  
de muertes y escondites forzados (AI, 76).*

Ante eso asegura: «No se marchitan los besos/como los malinches,/ni me crecen vainas en los brazos» (AI, 152). Por el contrario, promete: «segaremos los campos de malezas/para que crezcan, revienten, florezcan, nos inunden de rojo los mallinches» (Ce, 117). Masculino el árbol, femenina la flor. Comunión de uno y otra, sólo cuando hay sangre y vida. Para eso hay que reventar las vainas. En juventud o en vejez, «mi corazón estará -rebelde-tic-taqueando»: espiando nuevos mañanas (AI, 141).

La Rebeldía es pues consigna. Contra toda vaina.

La primera vaina, con una honestidad que admira, son tal vez sus propias hormonas: «Quizás las hormonas conspiran» (CE, 96): añoranzas del lino y de los almohadones familiares que impiden el cambio de los tiempos y de las estaciones. Y las tristezas y soledades de hembra que se quedó sin el hombre que se fue a la guerra o se afana por la reconstrucción. Necesidad de seguridad, extrañando siempre -¿quién no?- «el regazo de mi madre». Miedo a la

cama vacía y a los trayectos solitarios: «Sombras innombrables», «castillo de fantasmas» (CE, 23). Rebelión: «Me entregaré a los huracanes» (ib), «no nací para estar triste/y la tristeza me queda floja/ como ropa que no me pertenece («Petición», CE, 25).

La mejor arma, la risa: «y río porque amo el viento y las nubes/y el paso de los pájaros cantores/aunque ande enredada en recuerdos» («Mayo», AI, 152). En lucha contra las risas seductoras de faunos, ninfas, infancias (CE, 76). No se puede conspirar contra la alegría y la sonrisa:

*abrirnos a la vida ésta que escogimos,  
ubicarnos en nuestra pequeñez y grandeza,  
confiados como niños en la luz de mañana  
 («Reflexiones», CE, 55).*

*llevándose entre nubes de sueño y pasado  
las debilidades que, por siglos, nos mantuvie-  
ron  
separados  
como seres de distinta estatura*

Por eso las «Reglas del juego para los hombres que quieran amar a mujeres mujeres» y las «Pequeñas lecciones de erotismo» (CE, 41,101) son, en la pluma de Gioconda, diecinueve estrofas que revolucionan la cultura e invitan al reto de trabajar unidos en la cocina y con los pañales del hijo, con el mismo amor violento que la mujer reclama y pone en esta lucha:

*El hombre que me ame  
reconocerá mi rostro en la trinchera  
rodilla en tierra me amará  
mientras los dos disparamos juntos  
contra el enemigo*



Gracias a una mano amiga que sostiene, levanta y zarandea las ganas de vivir, es posible «borrar la huella de mis pequeños pecados» (AI, 1140).

Para combatir otros. El machismo, ante todo, de Cortés -a lo mejor también el de Cuauhtémoc- que rotula y etiqueta a la mujer como cocinera y lavapañales del niño y la presume ante los amigos como el «trofeo de caza»: poseída. Es sabido que bajo la exhibición de sus conquistas, Don Juan -Tenorio en el romanticismo; charrasqueado en la canción popular- esconde y descubre el doble temor que lo hace menos hombre, el homosexualismo y la impotencia. Rebelión para liberar al hombre de sí mismo y darle la mano y también él sea hombre-hombre, el único que «en una plaza llena de multitudes, podrá gritar -te quiero-»:

Sin caer en la «liberación femenina» que, sin estas batallas, es palabrería ante el espejo (CE, 71), espejismos de paraíso para quien teme preñarse «de frutas y malinches, de poemas y cogollos» (AI, 148), y anhela saciarse con todo lo que ofrece esa «vieja bruja fascinante», Nueva York, moderna caja de Pandora y templo del consumismo, sin puntuación, sin tiempo para decidir ante lo que anuncia:

*abiertas puertas hacia la tentación  
libros muebles ropa revistas restaurantes tien-  
das  
tiendas tiendas caras baratas cines teatros  
modas  
deportes pornografía zapatos queso sorbete  
conciertos opera boutiques almacenes inmen-  
sos*

*el almacén más grande del mundo  
pisos pisos pisos unos sobre los otros  
cafeterías hamburguesas supermercados  
salmón ostras aguacates jugo de naranja  
máquinas para jugar para excitar para pensar  
para calcular drogas para soñar  
audífonos para pasear por las calles  
oyendo música en patines surcando navegando* (CE, 136).

Ciudad llena «de todo lo que aquí nos falta»: el jabón, las bujías, la leche (Ce, 57). Rebelión contra este pecado de desperdicio y hambre. Para eso hacen falta «balas con corazón», como las del Hermano combatiente, que acaben con las águilas rapaces y los asesinos fulanos que destrozaron vidas «para guardar riquezas/o pedazos de mundo que no les pertenecen» (CE, 114). Hacen falta los nuevos portadores de sueños, «amadores y soñadores/hombres y mujeres que no soñaron con la destrucción del mundo, sino con la construcción del mundo de las mariposas y los ruiseñores» (CE, 129).

Sólo que los acumuladores de riquezas les temieron a estos portadores de sueños y lanzaron contra ellos sus ejércitos. Y las grandes rotativas y los presidentes en sus discursos y los artífices de la guerra gritaron su sentencia: «Son peligrosos. Hay que destruirlos» (CE, 131). Lluvia de balas. Oscuridad, barricadas, abuso del espejo retrovisor para ver si me siguen (AI, 126). Guerra. Heridas de guerra. Minas. Orfandad. Padres asesinados. País asediado. Trampas de politiqueros «-tantos años vendiendo patria, regalando patria, concesiones, honra» («Canto al nuevo tiempo», AI, 134). Muerte, muerte, muertes cubiertas de musgo y lágrimas («Furias para danzar», CE, 83). Y por si fuera poco, «hojas impresas que salen por la tarde con sus mentiras/y sus rabias de histórica frustrada» (CE, 109), y el paso de «los diablos anunciando la buena nueva del perdón» (CE, 108).

Nicaragua, la muchachita violada (CE, 107).

Arrojados todos del paraíso, Eva se levanta. En medio del laberinto, como Ariadna rediviva, encuentra el hilo para escapar del Minotauro. Convoca a las trompetas para derribar las murallas de Jericó (CE, 38, 45):

*Levántate, muchacha  
que ya sonaron las trompetas de Jericó  
y han de caer tus muros sordamente levantando  
polvaredas de recuerdos,  
para que se libere tu recóndita ciudad  
y haya ruido de domingo otra vez y fiesta en tu corazón* («Saludo al eclipse en tiempo de guerra», CE, 49).

Machetes, bayonetas, cantos clandestinos, vestidos de dinamita, huelga, amantes que hacen el amor/que hacen hijos que hacen cartas para los movilizadas» («Nicaragua, Agua Fuego», CE, 108). Trabajo. Pantalones de trabajo, ingenios de azúcar, leche, casas, escuelas, baile, circo y ferias. Rezo. Esconderse para desconcertar. Encender los malinches. Sudor de multitudes. Recoger la solidaridad, «ternura de los pueblos».

*Convocada por los vientos  
en el volcán me yergo  
te invito a este mundo de jaguares  
este mundo de helechos  
este mundo tendido  
que mira y se entrega  
abierto en lagos y veredas oscuras  
cubierto de musgo  
mirando  
-mira que nos está mirando el mundo  
este mundo de árboles*  
(«Arboles despeinados», CE, 75).

Herencia de los muertos que no mueren: «siempre vivos nuestros muertos» (CE, 75). Muerte que da vida. Nuestros muertos resucitan (CE, 117): en lo que soñaron, sonrisas de niños, «Sonrisas vestidas de colores como pedazos de sandía,/de melón o níspero» («Patria libre 19 de julio 1979», AI, 117).

En comunión con los antepasados, Gioconda Belli confesó su credo cuando entre «truenos y arco iris» todo parecía acabar y todo recomenzar: 1979-1982. Tradición cristiana, sin duda. Bíblica, helénica más de una vez. Impulsada por la literatura que por ser universal es nuestra: el Quijote a Rayuela; de Lope de Vega a Mark Twain, Oppenheim, Lewis Carroll, Benedetti... Pero la raíz más viva es la del guerrero, cazador de jaguares, ante cuya tumba, india, acepta la herencia:

*Indio salvaje  
me haces señas a través de los siglos,  
a través de todos los descubrimientos,  
vuelve a vivir en mis ansias de monte  
de desnudez...  
de milpas...*  
(«Escrito ante una tumba india», AI, 69).

Por eso Nicaragua es agua y fuego, volcán y lago:

*donde mujeres gritan nacimientos  
todo el día pasamos palpitando  
tum tum tam tam  
venas de indios repiten historia:  
No queremos hijos que sean esclavos  
flores salen de ataúdes  
nadie muere en Nicaragua* (CE, 107).

El indio supo y lloró por su Malinche traicionada. Y

la mujer que se revela con la ternura indígena de una madre increíble, llora y acaricia y convoca a la batalla:

*Nicaragua mi amor mi muchachita violada  
levantándose componiéndose la falda  
caminando detrás del asesino siguiéndolo  
montaña abajo montaña arriba  
no pasarán dicen los pajaritos  
no pasarán dicen los amantes que hacen el amor  
que hacen hijos que hacen pan que hacen trincheras  
(CE, 107-108).*

Por eso los malinches son hoy más rojos (AI, 126).

### EN EL GOZNE DE LA ESPERANZA

La crítica literaria de corte histórico y positivista dejó a la crítica contemporánea la obligación de situar en su propio contexto al autor, la creación de su obra, el significado de sus símbolos. Pero con sobrada razón los promotores de la Nouvelle Critique reaccionaron contra el historicismo que convierte la obra simbólica en una mera biografía y reduce la interpretación de las obras de arte a pesquisa detectivesca de fuentes e influjos temáticos.

No queremos releer la poesía de Gioconda Belli como historiadores. Si algo hay de autobiográfico en sus escritos, por ella misma queda dicho, y basta. El contexto histórico y social en que nació como poeta -es claro, desde Coronel Urtecho, que aquí no se habla de «poetisas»- es de sobra conocido. Queremos comprender la Revolución no como mera historia -la suponemos sabida-, sino como cultura revolucionaria.

Más sutil es la corriente psicoanalítica. La ciencia tan afanosamente creada por Freud tiene mucho que ofrecer para valorar en los símbolos no sólo su significado si no su sentido. Búsqueda en profundidad. Hasta el inconsciente. Es tan obvio el connotado psíquico, afectivo-sexual, de formas como agua, torre, vaina, árbol, colinas, laberinto, espada, trinchera, rojo, amarillo, musgo, tumba, hamaca... que Gioconda misma se encarga de decírnoslo, sin semiconciencias siquiera. Por lo demás, ya Sartre desenmascaró el peligro de esta escuela: la obra artística y simbólica es mucho más que la reseña de nuestras patologías, si es que alguna vez es eso. La cultura que Gioconda revoluciona con sus versos rebosa de salud. La enfermedad, como «pecado» que combate, es muy otra. Sin embargo vale la pena retener uno de los aportes más valiosos del proceso propuesto por Freud: la madurez y la salud humana se logra en la medida en que se enfrenta,

se acepta y se asume lo que se es. Sólo así se afirma la propia identidad y sobre ella se es capaz de impulsar a otros para que enfrenten, acepten y asuman la suya. Es este el sentido -más allá del significado- de las imágenes corporales y sexuales de la poesía de Gioconda: con todas ellas va logrando decir «yo soy». La «re-velación» es pues una forma, muy bella y concreta, de afirmar su propia identidad y de asumir la responsabilidad de defenderla contra toda agresión. De rebelarse.



El artista es el máximo de conciencia posible de una clase social. En el conjunto de relaciones que los mismos símbolos de la obra artística generan hay una manifestación y un impulso de las relaciones sociales: De sus tendencias al cambio, de sus luchas, de sus utopías y sus sueños esperanzados. Así lo postula la escuela genético-estructural y así lo asumimos nosotros, por el rigor con que marxólogos como Lukács y Goldmann lo han aplicado y por la afirmación de lo que parece evidente: el artista es centro de influjo social, condicionado por la dinámica social de su tiempo e impulsador de ese mismo dinamismo.

O simplemente porque si algo ha afirmado la revolución en Nicaragua es su empeño en la construcción -en versos de Gioconda- «no sólo de nuevas relaciones de producción/sino de nuevas relaciones de amor» («Problemas de la transición», CE, 77).

El reflejo y el impulso social de la revolución en la

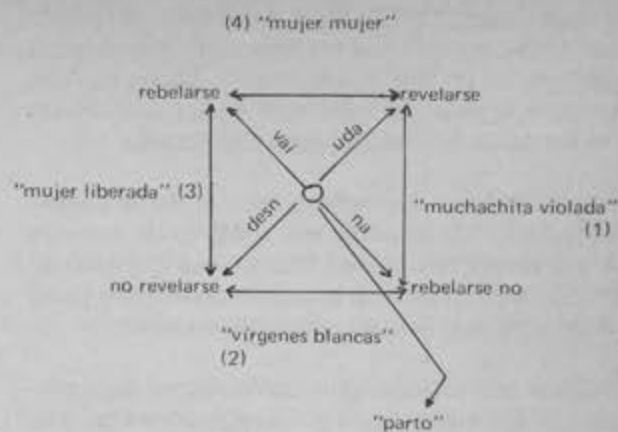
cultura, concretamente en la obra de Gioconda Belli, no está en su declaración de principios<sup>2</sup>, ni siquiera en los poemas destinados a contar y cantar las peripecias de la lucha, la victoria o la agresión norteamericana. La canción de juglaría y los corridos populares al estilo mexicano posiblemente no pasarían de ese nivel. Es natural que Gioconda, como tantos otros poetas nicaragüenses, dedique más de una página a la historia de la huelga general, a la caída de Marcos, a la entrada en Managua el 19 de julio, a la alfabetización, a la consigna. El valor de tales poemas -tal vez no los mejores en el conjunto de su obra- no está en la narración fraterna de lo acontecido, sino en la re-revelación y la rebelión a que con ocasión del suceso nos convoca.

Es mérito de Greimas el proponer como técnica para descubrir la dinámica con que los símbolos generan sus relaciones mutuas el llamado «cuadro semiótico»: Representación visual de la articulación de un conjunto de símbolos dados.

No es este el lugar para explicar dicha técnica. Una simple palabra para facilitar la lectura del cuadro que proponemos. Se eligen dos símbolos contrarios entre sí (rebelarse/revelarse) y mediante un doble eje diagonal se les relaciona con su respectivo símbolo contradictorio (no rebelarse/no revelarse) representados gráficamente como rebelarse y revelarse. Se establece qué es lo que genera la contradicción entre uno y otro par de formas contradictorias así relacionadas, y se prosigue la búsqueda de relaciones en el cuadro formado, comenzando por la derecha, tratando de ir retomando el conjunto de símbolos previamente analizados.

El valor de este procedimiento es lograr ver la interrelación del conjunto de símbolos propuestos. En la dinámica con que se van relacionando se podrá descubrir el reflejo dinámico de relaciones sociales que mutuamente se generan: base para una lectura sociológica de la obra artística, según la escuela genético-estructural a que hemos aludido.

En los apartados precedentes hemos destacado ya todo un conjunto de símbolos que nos parecen los más significativos en la obra de Gioconda Belli. Repasando ese conjunto de formas proponemos pues el siguiente cuadro semiótico. En él valoramos lo que es Nicaragua hoy en la revolución y la cultura: revolución y cultura que ni nacieron ni terminaron el 19 de julio, pero sí hicieron de ese día el reto de una vida nueva, tan dolorosa y esperanzadamente soñada.



Dos ejes de contradicción: Rebelarse - - - no rebelarse: hacer o no hacer la guerra contra toda «vaina», toda injusticia y toda humillación. Revelarse - - - no revelarse: desnudarse o no desnudarse; afirmar o no afirmar la propia identidad.

En esos ejes se juega toda posibilidad de ser mujer:

1) «Muchachita violada», la mujer desnuda a la fuerza, sin capacidad de rebelión, sin lucha eficaz, como La Malinche Mexicana: «deixis negativa»: como exhibición que destruya a la mujer, la prostituye, la comercializa. La mayor injusticia, la del «macho», la del conquistador.

2) La mujer que, como «Vírgenes blancas», como hojas de papel sobre la mesa antes de toda escritura, permanece «deshabitada», yerma, infecunda, porque no hay en ella ni «re-revelación» ni «rebelión». Aceptación de toda «vaina», pasiva, sin combate. Eje de subcontrarios asumidos o impuestos. Negación total de la mujer.

3) La mujer de la «liberación femenina»: En guerra, sí, pero sin desnudez que acepte que sobre su cuerpo ondee una bandera o quede sembrado un árbol. Mujer a medias. «Deixis positiva»: Mostración que es positiva por la lucha y sin embargo no engendra sueños ni sonrisas.

4) «Mujer mujer» sólo aquella que en cabal desnudamiento se re-vela y en cabal lucha contra toda vaina se revela. Eje de contrarios enfrentados, aceptados, asumidos como tales: Decisión y ansias de ser fecundada por y fecundar al hombre hecho hombre porque ella lo hizo ser, al ser hecha ella misma mujer por el hombre por ella hecho hombre. En la re-rebelión y en la revelación más plena, por ser compartida.

En el centro, en «el gozne», está la apuesta entera: el parto de la vida nueva. Fruto nacido en el cruce

de la desnudez amorosa y la batalla contra todo lo que humilla, todo lo que encierra, todo lo que niega la ternura de un hijo -o hija- nuevo. Sueño posible: soñado a lo largo de la biología de la mujer, desde la niñez, hasta la ancianidad de una abuela.

¿Simple historia -biografía a veces- de la mujer? ¿Mero erotismo escandaloso? ¿Refrido de amoríos de una simple telenovela? Mucho más que eso: dinámica de Nicaragua en busca de un hombre y una sociedad nueva. Nuevas relaciones de amor:

Contra el conquistador que, como macho acomplejado por sus impotencias y sus regresiones no sólo sexuales sino políticas y económicas y sociales quiere imponer lo que siempre impuso: Su palabra de emperador y rey, que viola las leyes y desconoce los tribunales mismos que, supuestamente, en el consorcio de las naciones había él creado para la comunión humana y justa, fundamento de la cultura. Violación y usurpación de todo derecho. Como vivió Nicaragua en la dictadura, como se le quiere hacer vivir con pirañas y minas en sus mares y sus fronteras. Sin nadie que juzgue el violador.

Contra los diablos del perdón que invitan a que la víctima se sienta culpable y perdone, sin atreverse a condenar al violador, sin luchar contra las armas de opresión que hacen infecunda la tierra o matan a los campesinos que la cultivaron. Contra una falsa y mentirosa ética que -como las hojas impresas por la tarde con sus mentiras- se rasgan la vestidura porque un pueblo grita por la vida nueva. Contra los que, por voluntad o por fuerza, dejan a Nicaragua deshabitada, despoblada, sin identidad verdadera.

Contra los que a nombre de revoluciones ya hechas -es evidente que la «liberación de la mujer» es algo que quiere re-revolucionar, dar la vuelta al machismo conquistador y dominante-, impiden que un pueblo llegue a sus raíces y desde ellas, indígenas, hispánicas, cristianas, universales, también grecolatinas a veces, invente, sea heterodoxo: inédito, no parido antes. Sin aceptar que revolución alguna, fiel a su nombre, pueda alguna vez decirse «ya hecha», como artículo de exportación.

En contra de todos y de todo. Y en favor de un solo instinto, el más primitivo -desde el lodo y la costilla-: ser y reproducirse en sus hijos. Con la afirmación de la propia identidad; con el derecho a elegir lo que quiere y lo que ama; con el poder suficiente para establecer las reglas de sus relaciones y amistades; con la conciencia de sus debilidades y de su grandeza, con la fraternidad de todos los humillados, de todos los pueblos que hacen de la solidaridad la expresión de su ternura; con el pan que es

pan y la escuela que es escuela sin metáforas ni alegorías, todo tan cotidiano, tan vulgar como eso; con la geografía de lagos y volcanes, de agua y fuego, como un triángulo abierto en sus fronteras de cuerpo mirado desde todos sus ángulos; con la certeza de que el dolor de la parturienta de esta hora -su hora- será presencia agradecida y comprometida de los que dieron su vida para renacer entre las hojas de maíz, como «un chilotito tierno» que canta aquella otra canción:

*Veo los vientres hinchados de vida que vendrá*  
(CE, 37).

*Me duele como parto esta alegría* (AI, 117).

*La plaza es como un gigantesco vientre dando a luz* (CE, 111).

Revolución, 19 de julio, bandera roji-negra: Realidades y símbolos que hacen más rojos los malinches. Con una sola decisión: «paraíso terrenal/o cenizas/patria libre/o morir» (CE, 118).

Hay en Nicaragua una cultura, un cultivo -como acción y como fruto- nueva. Lo confirman los poemas de Gioconda, los más biológicos, los más femeninos, releídos como el maximum de conciencia -identidad- posible de este pueblo: «Menstruación», «Maternidad», «Feto», «Parto», «Dando el pecho». Nadie dejará de cantarle a la muchachita:

*Ya se quedó dormida la muchachita.*  
*Cerró de nuevo su corazón de palma (...)*  
*¿Cómo fue que el amor floreció de esta manera?*  
*¡Qué estrella me reventó en el sexo*  
*y me entregó este chiquito planeta perfecto...!*  
(AI, 66).

## UNA SINTESIS

¿Qué sos Nicaragua en tu cultura? De esta pregunta partimos. Con estas páginas, extrañas en el estilo habitual de *Envío*, hemos querido respondernos.

Pero ¿es esto lo que quiso decir Gioconda con sus poemas? No sabemos «qué quiso decir»: eso es historia y autobiografía. Esto «nos dijo», al responder ella misma a la misma pregunta: «¿Qué sos Nicaragua?»:

*¿Qué sos*  
*sino un triángulito de tierra*  
*perdido en la mitad del mundo?*

*¿Qué sos*  
*sino un ruido de ríos*  
*llevándose las piedras pulidas y brillantes*  
*dejando pisadas de agua en los montes?*  
*¿Qué sos*

sino pechos de mujer hechos de tierra,  
lisos, puntudos y amenazantes?

¿Que sos  
sino cantar de hojas en árboles gigantes,  
verdes, enmarañados y llenos de palomas?

¿Qué sos  
sino dolor y polvo y gritos en la tarde.  
-gritos de mujeres, como de parto-?

¿Qué sos  
sino puño crispado y bala en boca?

¿Qué sos, Nicaragua,  
Para dolerme tanto? (AI, 74,75).

Ante el dilema teórico sobre si el quehacer de la revolución en la cultura consiste en hacer llegar «lo culto» a las masas, o en lograr que el pueblo engendre su propio cultivo, Nicaragua ha dado su respuesta. Sin enquistarse contra aquello que es herencia de los pueblos, del Quijote a Rayuela. Hoy, aquí, el varón mismo, con la canción del popular cantante de Masaya, Henaldo Zúñiga, anima a la mujer para que «una vez al mes» viva la bendición: estrellita de rosa, semilla, agua santa, rosas rojas de un jardín dentro de tí: «Mujer, te quiero, mujer, mi amor».

Dejamos, simplemente, testimonio de que es tan válida la cultura nueva, que será siempre verdad lo que la poeta, como profeta de la vida, anuncia:

*aquí nadie sale sin su arañazo en la conciencia  
nadie pasa sin que le pase nada (CE, 109).*

Símbolo de todo, la mujer que se re vela y se revela en el gozne de la esperanza. Poesía: quehacer. Esto es revolución: herejía.

## NOTAS

1. Para la lectura y análisis de la poesía de Gioconda Belli nos referimos a las dos obras que parecen la edición definitiva:

**Amor insurrecto**, Managua, Ed. Nueva Nicaragua, 1984, 152 pp.

**De la costilla de Eva**, Managua, Ed. Nueva Nicaragua, 142 pp.

La primera -con la omisión lamentable de varios poemas de las ediciones originales -recoge: **Sobre la Grama** (1974), **Línea de fuego** (1978), **Truenos y arco iris** (1982).

Con la abreviatura AI nos remitimos a **Amor insurrecto**; con CE a **De la costilla de Eva**.

2... Muy consciente es Gioconda de su propio papel como poeta. Para conocer su planteamiento, cfr. «Poema a las hojas de papel», «Amo a los hombres y les canto», «Del qué hacer con estos poemas», «Exorcismo» en **Amor insurrecto**; «alucinación» en **De la costilla de Eva**. ■



# A LOS DIEZ AÑOS: NICARAGUA

José María Valverde  
Escritor y Poeta. Barcelona, España

Hace 10 años llegó la gran noticia, la noticia asombrosa, increíble: los sandinistas habían entrado en Managua, logrando el triunfo. En Barcelona, nos reunimos, una vez más, los del comité de apoyo a lo que era guerrilla sandinista y nos miramos atónitos: personalmente, yo hube de confesar entonces que, en nuestros modestos esfuerzos, nunca había creído que llegara ese triunfo. Para mí, aun después de haber sido aleccionado por la historia para admitir lo sorprendente al ver cómo aquellos poetas nicaragüenses amigos míos de 30 años antes, se habían vuelto personajes de una revolución que entonces ni imaginábamos -el caso más notable era el de Ernesto Cardenal, transformado primero en cura y luego también en revolucionario-, aquello era un milagro, algo demasiado bueno para creerlo.


Ciertamente, la alegría no nos podía hacer pensar que todo quedaba resuelto. Recordé el epigrama de Bertolt Brecht -que luego vería en Managua, en un poster en casa de Ernesto-: «Detrás de nosotros quedan las dificultades de las montañas: delante de nosotros quedan las dificultades de las llanuras». La mayor potencia de la tierra no iba a tolerar sin más que un pequeño país pretendiera emanciparse de su vieja opresión, y ello en su propio traspatio, en esa Centroamérica, la parte más cercana de su imperio, como en un cuarto de servicio de su casa. La segunda parte de la lucha iba a ser tan difícil como la primera, aunque de otro modo. Pronto reconstituimos nuestros grupos de solidaridad, sobre todo para informar en Barcelona, para que se supiera algo de Nicaragua, rompiendo el muro de ignorancia, en buena parte causada por todo un sistema de intereses turbios en apoyo mutuo. Por entonces, muy pocos en nuestro mundo sabían dónde estaba Nicaragua, ni menos lo que allí estaba ocurriendo: poco a poco, por el mismo peso de la nueva lucha de defensa y supervivencia, Nicaragua sería noticia de todos los días en los medios de comunicación. Y, a pesar de la mala voluntad dominante en éstos -al fin y al cabo, instrumentos de unos poderes económicos que no podían estar a favor de ninguna rebelión de pobres-, llegó un momento en que, sin excusa de ignorancia, pronunciar la palabra «Nica-

ragua» serviría de piedra de toque para distinguir instantáneamente a las gentes. «Las dificultades de las llanuras» se han mostrado, en efecto, muy grandes: nosotros, desde lejos, las sufrimos y compartimos sin un día de olvido. Nuestro trabajo de solidaridad, más aún que en modestos envíos, pacientemente reunidos, y en actos de información y estímulo, visitas o temporadas de trabajo -admirables brigadistas, abnegados colaboradores, siempre reacios a volver a casa!-, consiste en tener el corazón en Nicaragua, en seguir ansiosos sus noticias, en sufrir con nuestros hermanos de allá, conocidos y desconocidos, en vivir un tanto enajenados dentro de nuestro propio mundo, porque sentimos que el mundo entero tiene en Nicaragua su punto más crítico, el fiel de la balanza de la historia.

Confieso mis momentos de pesimismo -así, cuando el minado de los puertos, cuando las invasiones de los *contras*-, pero la repetida lección de milagro que nos dan los nicaragüenses me está enseñando a creer en su porvenir, que es un don para todos. Ahora, la gran batalla es la económica -por cierto, en el contexto del hundimiento general de las economías latinoamericanas, desangradas por los usureros exteriores y los ladrones interiores-: pero el espíritu sandinista, que es «hambre y sed de justicia» más un toque de locura sublime, será capaz de llegar más allá, hacia épocas que no tendría sentido perfilar y planificar desde hoy. La historia enseña que las revoluciones que han salido adelante -y en nuestro siglo ya son varias- lo han hecho así contra toda lógica, como milagro y disparate, a fuerza de paciencia y de valentía temeraria.

A los 10 años del triunfo sandinista, creo que todas las personas que deseamos un mundo más justo tenemos que dar las gracias a Nicaragua, porque, aunque parezca pobre, nos está haciendo día a día un inmenso regalo: un ejemplo que mejora la esperanza y la vida de todos, trayendo un rayo de luz a esta difícil tierra, tan necesitada de arranques como el de la revolución sandinista.

José María Valverde es presidente de la Casa de Nicaragua en Barcelona. Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío.

Fuente: Tomado de *Barricada* año IX, No. 295/296 8 de julio de 1989. 



## A LAS RELIGIOSAS Y RELIGIOSOS DE AL

INFORME DE LA XIII JUNTA  
DIRECTIVA DE LA CLAR

### I. INTRODUCCION

Desde Santa Tecla (El Salvador) la XXIII Junta Directiva de la CLAR quiere compartir con todas las religiosas y religiosos de América Latina lo que ha sido la experiencia dolorosa y gozosa de estos días de encuentro (10-19 de abril).

Con ocasión de celebrar los 30 años de la CLAR, esta vez hemos escogido la ciudad de Santa Tecla para acompañar a los religiosos/as y al pueblo salvadoreño y para experimentar la presencia viva de Monseñor Oscar A. Romero.

La Conferencia de Religiosos nos ha acogido con extraordinario cariño y generosidad.

El breve contacto tenido con el pueblo salvadoreño nos ha impresionado fuertemente: el clima de guerra en que vive, la mayoría de las familias han perdido varios de sus miembros, la situación dramática de los desplazados, la pobreza de la gran mayoría de la población. Esto, sin embargo, no ha conseguido destruir la fe y la esperanza del pueblo.

En este contexto, la concelebración eucarística en la Capilla donde Mons. Romero fue asesinado y junto a su tumba en la Catedral, nos ha hecho comprender la relevancia profética de su testimonio, nos ha iluminado y estimulado para vivir como él, comprometidos con los más desposeídos. Mons. Romero fue un gran amigo de las religiosas/os y de la CLAR, y su recuerdo nos invita a intentar ser lo que él esperó de nosotros.

### TEMATICA

La Junta Directiva reflexionó durante largo tiempo sobre la situación del *Proyecto Palabra-Vida*. Enfocó el tema de la *Nueva Evangelización* buscando clarificar su concepto y ubicar sus ejes y desafíos, sobre todo en función de la formación. También estudió y aprobó el *Plan Global* para el período 1989-1991 presentado por la Presidencia; en estos tres años la CLAR se propone interiorizar el Concilio Vaticano II y sus concreciones latinoamericanas en Medellín y Puebla, buscar caminos para la misión evangelizadora de la vida religiosa en América Latina, apoyar proyectos de formación según las exigencias de la Nueva Evangelización, acompañar la vida religiosa inserta y dinamizar un proceso de conversión evangélica.

Hemos vivido estos días en un ambiente de fraternidad al encontrarnos no sólo en unas relaciones de simpatía y amistad, sino sobre todo, al comprobar la coincidencia de las inquietudes que cada uno trae desde su país, al sentir las mismas interpelaciones que nos vienen de toda América Latina y especialmente al encontrarnos viviendo del mismo modo la misión propia de nuestra vida consagrada.

### EL PROYECTO PALABRA-VIDA

El tema que más ha absorbido nuestra atención es el Proyecto Palabra-Vida.

### Historia

Se ha recordado que este Proyecto comenzó a perfilarse en octubre del 85 cuando los directivos del CELAM y DEVICON pidieron a la Presidencia de la CLAR la colaboración para las celebraciones del V Centenario de la Evangelización de América Latina.

La Junta Directiva de la CLAR, reunida en Buenos Aires (Abril 1986) asumió este encargo comprometiéndose a «unir nuestro esfuerzo a las iniciativas que tome la Iglesia en la actualización del Vaticano II y en la preparación del V Centenario de la Evangelización» y recomendó a la Presidencia «una atención constante a la Sagrada Escritura leída desde los pobres». (Cfr. Actas).

El Papa, Juan Pablo II en el Encuentro con la Presidencia de la CLAR en Bogotá (Julio de 1986) recalcó la responsabilidad de la CLAR en la adhesión a la Jerarquía y en la «Nueva Evangelización de América Latina».

La Presidencia de la CLAR llegó a concretar que el Proyecto estaba destinado a las religiosas/os. Los canales serían las Conferencias Nacionales y en cada país se harían los contactos que estimasen convenientes con los Señores Obispos. Se encomendó el trabajo a un Equipo de Reflexión que redactó el primer texto y se distribuyó a las Conferencias Nacionales.

Este Proyecto, en su elaboración, aprobación y difusión, fue dado a conocer normalmente a todos los organismos pertinentes, de la misma manera que se dan a conocer todos los demás proyectos, realizaciones y decisiones de la CLAR. Esto se realizó principalmente en el encuentro de DEVICON en Panamá, en Febrero de 1987, donde se presentaron los esquemas de «Sub Verbo Dei»; también cuando se celebraron las reuniones de Junta Directiva en Buenos Aires, 1986, y Haití 1987; y luego, en Junio de 1988 cuando tuvo lugar la X Asamblea General de la CLAR en Cochabamba, se entregó el Proyecto.

Así mismo la mayoría de las Conferencias Nacionales de Religiosos/as lo presentaron a las Comisiones Mixtas de Obispos y Religiosos en sus respectivos países.

## REACCIONES

Por eso a la Presidencia de la CLAR y a todas las Conferencias de Religiosos les causó sorpresa el comunicado del CELAM, 10 de Febrero de 1989, a todas las Conferencias Episcopales de América Latina y otras instancias y su aparición en «L'Osservatore Romano», y otros medios periodísticos expresando graves reservas acerca del proyecto Palabra-Vida, sobre todo por la incidencia que el proyecto puede tener en el campo pastoral.

Esta declaración del CELAM ha sido luego ratificada en su Asamblea de Curaçao (Marzo de 1989) y también por la CRIS en una Nota, 3 de Abril de 1989, comunicada por el P. Eusebio Hernández OAR, oficial de la CRIS, a la Junta Directiva de la CLAR.

La Presidencia de la CLAR ha buscado distintas formas de diálogo con la CRIS y el CELAM, incluso con una intervención durante la XXII Asamblea del CELAM, en Curaçao, y ha mantenido informadas a

todas las Conferencias Nacionales de Religiosos/as.

En esta reunión de la Junta Directiva se han recogido también las experiencias de cada Conferencia sobre el Proyecto Palabra-Vida y hemos comprobado con gran satisfacción el entusiasmo con que ha sido acogido por parte de los Religiosos/as en la mayoría de las Conferencias y los frutos que se han ido recogiendo. Se ha usado este material no sólo en encuentros comunitarios de reflexión y oración en torno a la Palabra de Dios, sino también en forma de retiros espirituales y en otras adaptaciones. Se ha ido formando una corriente cada vez más caudalosa que hace ver que el Proyecto responde a la sed de la Palabra que muchos tienen y a la situación en que vivimos.

También algunos Obispos han manifestado a las distintas Conferencias Nacionales de Religiosos/as su acogida y satisfacción por este Proyecto.

Así mismo fue muy iluminadora la intervención de los peritos del equipo bíblico de la CLAR: Fray Carlos Mesters O. CARM y el P. Mario Franco, SJ que han abordado con profundidad los cuestionamientos más importantes resaltados por el CELAM y la CRIS. Sus exposiciones han sido para nosotros un verdadero gozo espiritual al comprobar su seriedad científica y al mismo tiempo su unción evangélica, nacida de la experiencia de Dios y del contacto con el pueblo.

En la redacción de la guía correspondiente al próximo año ya se han tenido presentes todas las observaciones y críticas.

## DISCERNIMIENTO

Todas estas reacciones, negativas y positivas han creado en nosotros una situación crítica y nos han llevado a una actitud de discernimiento.

Ha sido una vivencia del Misterio Pascual. Hemos procurado recibirlo con humildad y apertura y hemos dedicado mucho tiempo a considerar las objeciones propuestas por nuestros Pastores con el deseo de corregir y mejorar nuestro Proyecto y de contribuir así a fortalecer la unión de la Iglesia. A veces nos impacientamos pensando que estas preocupaciones intraeclesiales nos distraen de atender al clamor ensordecedor de nuestro pueblo que tiene problemas mucho más dramáticos y urgentes (Puebla No. 88-89).

Por otra parte, las críticas al Proyecto nos han llevado a tocar fondo y a reafirmar nuestra opción fun-

damental como Religiosos/as en América Latina. Esto ha dado una mayor unidad y cohesión a todos los presentes porque nos ha hecho clarificar más nuestro papel dentro de la Iglesia y ahondar en la convicción de que hemos de ser fieles a las líneas de renovación trazadas por nuestros mismos Pastores en Medellín y Puebla y que constituyen nuestra identidad: una experiencia de Dios que invade toda la vida, la opción preferencial por los pobres, el nuevo estilo de comunidad fraterna, la misión evangelizadora integral. Perder o difuminar estas características sería el peor servicio que podríamos ofrecer a la Iglesia, aunque fuera en aras de la paz. Este es el propósito que está subyacente a nuestro PROYECTO Palabra-Vida y pedimos y agradecemos a nuestros Pastores que con su «autoridad vigilante y protectora» (L.G. 45) nos ayuden a ser fieles al Espíritu.

Mirando ahora el futuro, se refuerza en nosotros la esperanza de que se pueda superar pronto el problema surgido. Tanto por parte de la CRIS, como del CELAM se nos ha dicho que sus observaciones no son para interrumpir el Proyecto y que su intención es que siga en marcha el Proyecto Palabra-Vida. Y la verdad es que hemos encontrado en sus representantes la mejor disposición. Especialmente queremos agradecer la serena presencia del P. Eusebio Hernández, que quiere ser un gesto de proximidad de la CRIS.

Así mismo la presencia de Mons. Carlos Oviedo y la cercanía y fraternidad del P. Luis Eduardo Castaño, Presidente y Secretario de DEVICON respectivamente.

#### REUNION CRIS-CELAM-CLAR

Inmediatamente después de la Junta Directiva, el 24 y 25 de Abril, se tendrá en Bogotá un encuentro entre Directivos de CRIS, CELAM y CLAR, por iniciativa de la CRIS, donde dentro del tema general de comunión y comunicación entre estas instancias eclesiales, se tratará el Proyecto Palabra-Vida. Esperamos que al terminar esta reunión, después de las debidas aclaraciones, pueda darse a conocer la continuación del Proyecto.

Deseamos que este Encuentro se realice con la disposición que se expresa en el Documento de CRIS «Religiosos y promoción Humana» que habla precisamente de justicia, de compromiso con los pobres, de solidaridad, etc.; y dice: «Los religiosos no deben tener obstáculo alguno para la generosidad y creatividad de sus iniciativas de parte del carácter jerárquico de la comunión eclesial, ya que toda potestad sagrada es conferida en orden a la promo-

ción armoniosa de carismas y ministerios. Antes al contrario, los religiosos se ven incitados a la «genialidad de proyectos e iniciativas», pues concuerda con la naturaleza carismática y profética de la vida religiosa» (No. 27).

El Presidente de la CLAR, Luis Coscia comunicará inmediatamente a las Conferencias Nacionales de Religiosos/as los resultados de esta reunión.

Confiamos que estas dificultades y esperanzas sean para todos un nuevo impulso en nuestro seguimiento de Jesús, viviendo cada día a la escucha de la Palabra de Dios y sus llamadas en la realidad.

#### AGRADECIMIENTO

En nombre de la Junta Directiva y de todos los religiosos/as de América Latina queremos expresar nuestro vibrante agradecimiento a la Hermana Hermengarda por el servicio prestado a la CLAR durante 13 años, y sobre todo en el cargo de Secretaria General (9 años). Todas las Conferencias y multitud de Religiosos/as han podido experimentar el calor de sus relaciones fraternas, su creatividad, su capacidad organizativa, su profundidad espiritual y sobre todo el amor y entusiasmo contagioso por su vida religiosa lo que le ha hecho dedicarse en cuerpo y alma a la promoción y animación de la vida consagrada en América Latina. Ella ha sido una persona clave, en los últimos años, en el trabajo de la CLAR orientado a la renovación de la vida religiosa.

En un acto fraterno se recordaron sus actuaciones al frente del Secretariado y sobre todo su temple de mujer fuerte y la solidez de su vivencia espiritual que en los momentos difíciles se ha convertido en un testimonio para todos.

Terminamos este informe agradeciendo al Señor que nos ha hecho sentir fuertemente su presencia y el deseo de ser cada día más fieles a las interpelaciones de su Espíritu.

A todas las hermanas y hermanos religiosos de América Latina nuestro abrazo fraterno.

Ciudad del Vaticano, Abril 21 de 1989

Reverendo Padre  
LUIS COSCIA OFM Cap.

Presidente de la CLAR

Santo Padre agradece vivamente sentimientos cercanía y filial adhesión a su magisterio manifestados por Junta Directiva CLAR y se complace en impartir

---

## 7o. ENCUENTRO INTERECLESIAL DE CEB'S BRASIL 1989

---


Queridos hermanos y hermanas del pueblo de Dios en América Latina.  
La paz de Dios esté con ustedes.

Reunidos en el 7º Encuentro Intereclesial de CEB's, realizado en Duque de Caxias, RJ, del 10 al 14 de julio de 1989, queremos darles cuenta de lo que hicimos estos días y compartir con ustedes el mensaje de esperanza que nos llevamos.

Somos casi 1,800 personas, venidas de comunidades cristianas dispersas por todo Brasil y por otros países de América Latina. Además están con nosotros más de 800 personas en varios equipos de servicio. Durante cuatro días convivimos y nos ayudamos mutuamente para evaluar, profundizar y celebrar nuestra caminada, que viene ya de lejos. El tema de nuestro Encuentro fue: *«Pueblo de Dios en América Latina, en camino de liberación»*.

Entre nosotros tenemos también representantes de 19 países de América Latina. También vinieron algunos hermanos y hermanas de América del Norte y Europa que apoyan nuestro caminar. Participan en el Encuentro más de 120 hermanos de 12 Iglesias Evangélicas, de la Iglesia Anglicana y la Iglesia Ortodoxa, incluyendo 43 pastoras y pastores y cinco obispos. De la Iglesia Católica en nuestro país vinieron representantes de 225 de las 252 diócesis, con 85 de sus obispos, muchos padres y religiosas, además de cuatro obispos de otros países. Muy importante también es la presencia entre nosotros de más de 30 representantes de pueblos indígenas.

implorada bendición apostólica en prenda abundantes gracias divinas que corroboren vida consagrada en América Latina, así como incremento comunitario eclesial y plena colaboración con episcopado, premisas indispensables para fructuosa celebración y centenario llegada Evangelio nuevo mundo.

Cardenal CASAROLI 

Llamó la atención de todos, y nos marcó, la presencia de los negros. Nos alegramos y damos gracias a Dios también por el papel sobresaliente de las mujeres en el desarrollo de todo el Encuentro, sobre todo en las celebraciones y la animación. Además de todo esto, están con nosotros representantes de las comunidades cristianas de Rwanda y de Mozambique, en Africa, y de las comunidades cristianas de Filipinas, en Asia.

Jesús dijo: *«Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, ahí estaré yo en medio de ellos»* (Mt 18,20). Estamos reunidos en nombre de Jesús. ¡Y somos bastantes más que dos o tres! ¡El está en medio de nosotros! ¡Y en su nombre les escribimos!

En primer lugar queremos contarles que fuimos muy bien acogidos por los hermanos de las comunidades cristianas de Duque de Caxias, aquí en la Bajada Fluminense, lugar de mucha pobreza, violencia y muerte. Agradecemos a más de mil familias que, venciendo el miedo, abrieron sus puertas y nos acogieron en sus casas. *«Esto solo ya valió»*, dijo Dom Mauro, obispo de Duque de Caxias.

Fue un Encuentro diferente de los seis anteriores. Era tanta gente que no cabía en un único local. Tuvíamos que ir en ómnibus varias veces al día de un lugar a otro. Así, pudimos ver y sentir directamente la pobreza y miseria en que vive el pueblo de *Baixa da*, explotado por el sistema capitalista, reprimido por la policía y marginado por los poderes públicos. Pero, a pesar de ser tantos, nos dimos cuenta que la ciudad es aún mayor. Casi dos millones de personas. Muchos ni notaron nuestra presencia. Tomamos conciencia de que nosotros, los de la *«Caminada»*, somos una minoría, apenas *«un pequeño rebaño»* (Lc 12,32). Nuestra misión es inmensa. ¿Cómo ser comunidad cristiana, señal del Reino, en una ciudad tan grande?

Nuestro 7º Encuentro tuvo lugar en una época de crisis, de vida muy dura para el pueblo, tanto en la sociedad como en las Iglesias. Este año electoral se acumulan muchos desafíos en el horizonte. A pesar de eso, sin olvidar la difícil realidad, fueron

días de mucha reflexión, oración, alegría y esperanza.

Los cantos y las celebraciones, muy participados, dieron sustancia a nuestra convivencia. Durante la celebración ecuménica de apertura del Encuentro, hubo intercambio de regalos y de símbolos entre los representantes de los pueblos latinoamericanos. Este pacto de fraternidad hizo viva la visión de Patria Grande, en la celebración presidida por el obispo local, Dom Mauro Morelli, acompañado de otros obispos.

En esta ocasión la Biblia fue introducida en solemne procesión con antorchas, palmas y una gran aclamación del pueblo. En seguida fue proclamada la Palabra de Dios y oímos a Jesús decirnos: *«El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me consagró con la unción para anunciar la buena Noticia a los pobres; me envió para proclamar la liberación a los presos, y a los ciegos la recuperación de la vista; para liberar a los oprimidos y para proclamar un año de gracia del Señor»* (Lc 4,18-19). Jesús se declara el Siervo de Dios, anunciado por Isaías. La misión de Jesús es nuestra propia misión: abrir las puertas de un tiempo nuevo. El nos envía hoy, aquí, a América Latina.

#### 1er DIA: LA SITUACION DE AMERICA LATINA

*«¡Recuerda, América! ¡Llegó la hora de cosechar!  
¡La sangre de los mártires hace crecer la semilla!»*

El hilo conductor de nuestra reflexión fue la pregunta «¿Cuáles son las características comunes del sufrimiento del pueblo latinoamericano?» Nos dividimos en 107 grupos de 10 a 15 personas cada uno. Las respuestas se fueron juntando como animales que bajan al otero. Poco a poco fue apareciendo el sufrido rostro del pueblo latinoamericano, sumergido en un río de sufrimiento: rostro de indio masacrado, rostro de negro marginado, rostro de mujer discriminada, rostro de obrero explotado por el bajo salario, rostro de niño abandonado, rostro de pueblo despojado de mil maneras, en el campo y la ciudad.

Es el «varón de dolores», la «mujer de dolores», el mismo Siervo de Dios anunciado por Isaías y asumido por Jesús: *«Era despreciado y abandonado de los hombres, un hombre sujeto al dolor, acostumbrado al sufrimiento, como alguien a quien todos vuelven la cara; despreciado, no hacíamos de él ningún caso... Pero él fue traspasado por causa de nuestras culpas, aplastado por nuestros pecados»* (Is 53,3-5). El sufrimiento del pueblo, la llaga

del Siervo es tan grande que parece no tener curación (Jer 15,18).

Y hasta hoy continúa la masacre, la destrucción de las culturas, sobre todo del indio y del negro. El capitalismo, sistema de muerte, margina al pueblo, impide la reforma agraria y consigue organizar el mundo de tal manera que, por medio de la deuda externa y el sometimiento de nuestros gobiernos, sigue enriqueciendo a una minoría a costa de la sangre de los pobres, sacrificándolos al dios-dinero. ¡Ay de aquel que construye su riqueza con la sangre de los pobres! (cf Hab 2,12; Jer 22,13; Miq 3,10).

También vimos que hay muchos signos de resistencia en toda América Latina. Luchas grandes y pequeñas, que todos conocemos o en las que participamos, revelan un despertar y hacen brotar la esperanza de un nuevo amanecer.

Después de 500 años de presencia en el Continente, los cristianos hemos de pedir perdón por el mal que hemos hecho en nombre del cristianismo. Pero también damos gracias a Dios por los pobres que, a pesar de tanta opresión que han sufrido han sabido recibir, guardar y transmitir la fuerza del Evangelio. Hoy somos convocados para revelar el rostro verdadero de la Buena Nueva de Jesús a los empobrecidos. Y ya hemos comenzado. *«¡Recuerda, América, llegó la hora de cosechar!»*

Así, a pesar de tanta opresión, crisis y muerte, logramos terminar el primer día con una gran celebración de la esperanza nacida de la sangre de los mártires «por los caminos de América». Cantamos la utopía de la Patria Grande, que une a América Latina y al Caribe. La fe reanimó nuestra esperanza. Proseguimos el camino rumbo a una patria mejor (Heb 11,14).

#### 2º DIA: ENFRENTANDO LA SITUACION: FE Y LIBERACION.

*«Nuestra alegría es saber que un día todo ese pueblo se liberará;  
pues Jesucristo es el Señor del mundo, nuestra esperanza realizará.»*

El segundo día la pregunta inicial fue: *«¿Qué motivaciones de fe tenemos para luchar por la transformación de la sociedad?»* A medida que fueron apareciendo las respuestas, fue brotando también la convicción común de todos: en nombre de nuestra fe en Jesús resucitado tenemos que luchar por la transformación de la actual sociedad latinoamericana, y uno de los instrumentos más importantes para esa transformación es la acción política. Alguien di-

jo: «Sin la política, la fe está muerta», pues sería fe sin obras (Sant. 2,17). Los movimientos populares, las organizaciones sindicales, los centros de defensa de los derechos humanos, los partidos políticos que defienden la causa del pueblo, y otras formas de lucha, ofrecen oportunidades valiosas para que los cristianos testimoniemos nuestra fe.

Las comunidades deben reconocer que las organizaciones políticas tienen su propia autonomía. La Iglesia no ha de querer controlarlas. En nuestro Encuentro fue quedando claro que tenemos que dar más atención a la formación política de los cristianos: informar sobre las distintas orientaciones políticas que existen en la sociedad, así como sobre las distintas tendencias ideológicas. Aquí hay una tarea importante para los próximos años. En algunos lugares las Comunidades ya están siendo un espacio donde los que luchan en la política encuentran acompañamiento y comprensión, apoyo y crítica constructiva.

A través del discutir y compartir las ideas nos apareció la necesidad de luchar por una sociedad económica y socialmente participativa y democrática. El proyecto político para esta sociedad aún no está totalmente claro y debe ser profundizado. Pero este es el rumbo por el que las comunidades están construyendo el camino de liberación aquí en América Latina. La práctica de las comunidades ayuda mucho a madurar y realizar este proyecto. Todos sabemos que la nueva sociedad no se nos dará gratis. Será fruto de la lucha del pueblo. Los cristianos somos llamados a participar en ella, ayudados e iluminados por la fe en el Dios liberador.

El Pueblo de Dios siente que con la Palabra de Dios la acción política se ilumina, se fortalece y se profundiza. La Biblia leída en comunidad a partir de nuestra realidad ayuda a descubrir las grandes líneas del proyecto de Dios. La palabra de Dios es fuente de motivación para la acción política. Ayuda a atravesar el desierto de la espera, cuando la libertad tarda en llegar. Ayuda a transformar la paciencia resignada en pasión que conduce a la resurrección. Ayuda a imitar a Jesús que, como el Siervo, no volvía atrás, sino que sabía resistir, a pesar de ser derrotado por las fuerzas de represión (Is 50,4-19). Ayuda a entender y a superar los conflictos internos de la Iglesia con quienes no aceptan la participación en política de partido.

Como cristianos tenemos mucho que aportar para mejorar y humanizar la acción política, participando en partidos políticos comprometidos con las luchas populares, para que se defiendan y promueva la justicia y la libertad para todos, haciendo que la socie-

dad asuma la defensa de la vida, que tiene que ser vida en abundancia (Jn 10,10).

Al final del día hubo una gran concentración con una celebración ecuménica en la plaza central de la ciudad de Duque de Caxias, en la que participaron más de 10,000 personas. Se conmemoró con una gran participación el octavo aniversario de la Diócesis. Terminó con una emocionante bendición dada por la pastora Rosángela, de la Iglesia Metodista.

### 3<sup>er</sup> DÍA; COMUNIDAD ECLESIAL: SEÑAL DEL REINO DE DIOS.

*Iglesia es pueblo que se organiza  
gente oprimida buscando la liberación  
en Jesucristo-Resurrección*

El tercer día la pregunta inicial fue: «En la Palabra de Dios ¿qué es lo que más toca e ilumina la vida de las comunidades y las luchas del pueblo?» Aquí apareció toda la riqueza que la Palabra de Dios crea y re-crea sin cesar en la vida y práctica de las comunidades. Es tan grande la variedad que, según uno de los poetas presentes, «el mismo Jesús aplaude».

Las comunidades imitan de lleno a la comunidad de los primeros cristianos en la alegría, el compartir, el servicio. Como ella, son «asiduas a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a la oración» (Hch 2,42). Renuevan la Iglesia por la fe y son un signo del Reino para nosotros, pueblo empobrecido de América Latina.

Las comunidades animan a las personas a que se organicen para prestar al pueblo el servicio de liberación que Jesús prestaba a los pobres de su tiempo. Como prueba de su madurez, interpelan a los pastores en el sentido de un mayor compromiso en la construcción de la nueva sociedad, y manifiestan su decisión de caminar en unión con ellos. Crean un espacio donde el pueblo se siente persona, retoma la palabra, recupera la memoria, rehace la historia y experimenta algo de aquella libertad para la que Cristo nos liberó (Gal 5,1, 2Cor 3,17).

En ellas se manifiestan los dones del Espíritu Santo y reaparece una gran variedad de ministerios para promover la vida del pueblo y ofrecer solidaridad. De esta manera se reconoce el sacerdocio universal de todos los fieles y los laicos son valorados, atendiéndose a su formación y capacitación.

Rápidamente en las comunidades el indio y el negro reencuentran su lugar y redescubren su identidad y misión. En ellas la mujer se siente digna, valorada, lucha contra el machismo que discrimina y

participa como el hombre en su organización. Pero aún falta mucho para que se llegue a una participación igual, en la que no habrá ya más ninguna discriminación (Gal 3,28).

Finalmente, la señal del Reino que más marcó el 7º Encuentro fue el paso dado hacia el ecumenismo. Por un lado es un rasgo fundamental de la Iglesia que Jesús quiere: «Padre, que todos sean uno, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21). Sin ecumenismo es imposible realizar la misión que El nos confió. A través de la unidad los fieles en Jesucristo dan testimonio de la unión que Dios quiere que haya entre los hombres y las mujeres de todos los pueblos del mundo.

Por otro lado, ese encuentro del pueblo que cree es lo que va manifestando el crecimiento del hombre nuevo -hombre y mujer-, hecho a imagen de Jesucristo el Liberador. El Pueblo que cree en Jesús tiene que manifestarse como pueblo liberador, para que la evangelización se realice. Para que pueda nacer ese pueblo unido oigamos la palabra de Pablo: *Sufro de nuevo los dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes»* (Gal 4,19). El pueblo de las comunidades comparte aquella tarea humana que es además ecuménica: trabajar y luchar por la liberación.

Además, el encuentro y el diálogo con el prójimo, diferente a nosotros, es lo que testimonia el nacimiento del hombre nuevo; eso fue una de las grandes experiencias del 7º Encuentro en Duque de Caxias, confirmando aquello que escribió San Pablo a los Colosenses: *«De hecho ustedes fueron despojados del hombre viejo y de sus acciones y se vistieron del hombre nuevo que, a través del conocimiento se va renovando a imagen de su Creador. En él no hay ya griego ni judío, circunciso ni incircunciso, extranjero o bárbaro, esclavo o libre, sino Cristo que es todo en todos»* (Col 3,9-11).

Llegando al fin del encuentro, aparecieron algunas cuestiones y desafíos:

Cuestiones:

- ¿Cuál es el modelo de nueva sociedad?
- La deuda externa: ¿Cómo crear un gran movimiento popular para que no se pague?
- ¿Cómo tratar los conflictos dentro de la Iglesia?

Desafíos:

- Conciencia de participación en la lucha partidaria.
- Formación política de los laicos
- El ecumenismo y los ministerios

Hermanas y hermanos: al final de esta carta repetimos las palabras que el indio Antonio Celestino, del

pueblo Xukuru-Kariri, nos dijo al final del primer día del Encuentro: *«Ando en busca de un buenos días que darle a mi pueblo, porque los blancos, que se dice nobles, nos lo robaron»*. Vamos a trabajar para construir un buen día para nuestro pueblo.

Que nuestros encuentros de comunidades sean siempre como la visita de María a Isabel: fuente de alegría y de vida nueva en que se comienza a realizar la profecía: *«Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes»* (Lc 1,52). Y así podremos cantar: *«El Señor hizo en mí maravillas. Santo es su nombre»*. (Lc 1,49).

Duque de Caxias, RJ, 14 de julio de 1989.  
Los participantes del 7º Encuentro intereclesial.

(Traducción: Carlos Bravo).



José Oriol Tuñí, *Jesús en comunidad*, Sal Terrae, 1988, 154 pp.

¿Los textos del cristianismo primitivo hacen referencia al Jesús terreno? La respuesta negativa es casi automática. Profundo conocedor del NT, el autor nos muestra cómo nunca se habla en él de Jesús al margen de su vida terrena, sino presuponiéndola. Jesús de Nazaret es el criterio fundamental de identidad de la vida cristiana para todos los autores del NT.

Para mostrar esto, sitúa los textos en el contexto cultural e histórico de las comunidades a las que se dirigen. Estudia en primer lugar a Pablo, para quien Jesús es alguien real, concreto, como aparece en su conversión, en su vida, en su predicación y en sus exhortaciones. La de Pablo y Jesús es una vida compartida; su experiencia de Jesús no es deducida de nadie más que de Jesús, el que murió y resucitó, el mismo que se le reveló.

Al analizar la 1ª Pe resalta cómo los sufrimientos del cristiano están referidos a los de Jesús, en los que se revela su condición humana. Y la carta a los Hebreos presenta la solidaridad de Jesús con los cristianos que, en un contexto polémico, viven una situación de pérdida o cuestionamiento de su identidad. La carta presenta los rasgos fundamentales del Jesús terreno. Su contemplación es clave para enfrentar cristianamente los conflictos.

Esta referencia al Jesús terreno será aún más obvia en los evangelios. El de Juan hace referencia explícita a la vida de Jesús en conflicto con los judíos, pero desde una clave de comprensión: el Paráclito, que es el revelador de la identidad de Jesús, y el punto de referencia para la comunidad joánica. La referencia al Jesús terreno será también fundamental en las cartas de Juan, en la que el criterio de discernimiento de la verdad de la fe es la confesión de Jesús venido en carne.

En Marcos la pregunta por Jesús de Nazaret es evidente, aunque, contra la comprensión común, no es una biografía sino un relato confesional que pretende corregir confesiones inadecuadas a pesar de la ortodoxia de las fórmulas empleadas. En Lucas la terrenalidad de Jesús tiene un acento particular, que es su misericordia, su comprensión y acercamiento a los marginados. Es una relectura de Me a la luz de la confesión de Jesús como plenitud de la presencia de Dios. Mateo, en contraste con Lucas, nos presenta la vertiente trascendente de la confesión: alguien tan divino tiene que ser Dios. En él se cumplen las profecías y en él concluye la búsqueda de Israel, cuya continuadora es la comunidad cristiana.

Este es el cuerpo del libro, que es precedido por un interesante capítulo en el que se plantea el problema de la inspiración del NT desde las aportaciones de los métodos histórico críticos. El último capítulo concluye que Jesús, para las comunidades del NT no es alguien del pasado, sino que está en medio de ellos con un mensaje que los lanza al seguimiento. En la medida en que la confesión cristiana es que Jesús es el Señor presente, en esa misma medida la te-

rrrenalidad de Jesús pertenece indisolublemente a la identidad del Salvador y a su confesión. La vida de Jesús es punto de referencia para la confesión e impide que la fe se convierta en huida de este mundo y se convierta en una gnosis, y Jesús en un mito (p.145). En este capítulo final aborda también el problema de la canonicidad: las comunidades seleccionan los escritos en los que reconocen, por el discernimiento, el mismo Espíritu que les mueve en su vida eclesial y el mismo Jesús que ellos confiesan.

Es, sin duda, un libro con una aportación novedosa, profunda y a la vez pedagógica, que sirve de introducción al estudio del NT.

(Carlos Bravo).

Enrique Maza, *El amor, el sufrimiento y la muerte*, Editorial Proceso, México 1989.

Enrique Maza, jesuita, fue director de CHRISTUS del año 69 al 74. Periodista ya por años, fue editorialista en Excelsior hasta el golpe del gobierno que cerró toda una era de ese periódico independiente. Con Julio Scherer forma parte del grupo fundador de la Revista Proceso, en la que ha ocupado diversos cargos, y en la que actualmente es Jefe de Información.

Este libro nace de la propia experiencia de esas tres realidades fundamentales de la condición humana y de la reflexión que se ha ido haciendo desde la fe a lo largo de su vida, y que ha ido compartiendo con sus amigos.

No es un libro sistemático. En él los textos de la Escritura, las reflexiones, las citas de autores literarios, los ejemplos, las referencias a la vida se suceden como la vida misma: a borbotones. Y así se ofrecen al lector. Las mismas repeticiones tienen ese sabor de la charla de sobremesa, o de la plática alargada hasta la madrugada. No es el lenguaje preciso de un tratado, ni el de un sermón, sino el de conversaciones sin prisa.

Son conversaciones de un hombre de fe, que dialoga con profundo respeto a quienes no piensan como él. «Al hablar de la muerte, siento más que en otros temas el deseo de expresar mi respeto por aquellos que no comparten mi fe. Sé que la fe cristiana no es la única que impulsa al hombre. Hay otras. Sé que hay diferentes modos de interpretar la fe cristiana. Uno es el mío...». Por su fe y por su respeto, como también por su pasión (porque Enrique no puede hablar sin ella) este libro hará mucho bien a sus lectores.

(Carlos Bravo).



## LA IGLESIA, RESPUESTA DE DIOS AL PUEBLO POBRE Y OPRIMIDO

Juan Ramón Moreno  
Director de Diakonía

*Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia.*

*Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: «la mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies».*

*Y llamando a sus doce discípulos, les dió poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y dolencia.*

(Mt 9,35-10,1)

*Subió al monte y llamó a los que él quiso: y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios.*

(Mc 3,13-14)

### INTRODUCCION

Es conveniente aclarar que nuestra pretensión aquí es muy humilde y sencilla. No se trata de abarcar la inmensa gama de rasgos que podríamos considerar como los más esenciales. Pretendemos simplemente centrarnos en un aspecto de la Iglesia que consideramos radical. Y radical en el sentido de que pertenece a la raíz, es decir al *por qué* y *para qué* del que brota la Iglesia, aunque tampoco agote todo lo que en ella hay de radical.

Los dos pasajes evangélicos sobre los que vamos a basar nuestra reflexión versan sobre la institución de los Doce (Mc) y su llamada a la misión apostólica (Mt).

Asumimos la interpretación exegética de que los Doce significan y representan al nuevo Israel, al nuevo Pueblo de las doce tribus. Parece bastante evidente la importancia que tanto los evangelios como la primera comunidad cristiana dieron al simbolismo del número de *doce*. En el evangelio de Mc la expresión griega «kai epoiesen dodeka», literalmente «hizo doce», «creó doce», resulta un tanto extraña, pero hace resaltar con fuerza y claridad el hecho de que con ese gesto simbólico, con esa especie de parábola en acción, Jesús está significando la creación del nuevo Israel, la fundación del nuevo Pueblo de Dios.

En Mt no se describe propiamente la institución de los Doce. Es más bien el Sermón de la Montaña el que representa la proclamación fundamental de la nueva alianza y donde se significa, por tanto, la fundación del nuevo Israel. Sin embargo, en este pasaje de la llamada a la misión apostólica, los doce, que son nombrados por primera vez, se convierten en figuras representativas de ese Israel mesiánico. Como comunidad convocada en torno a Jesús, los Doce, nuevo Pueblo de Dios, representan paradigmáticamente a la Iglesia. En este sentido, cuanto en los evangelios se refiere al grupo de los Doce, debe ser ejemplarmente aplicado a la vida de la Iglesia. Esto es precisamente lo que nos permite leer y meditar estos pasajes desde una perspectiva eclesiológica que ilumine la realidad de nuestro vivir eclesial.

### EL SUMARIO DE ACTIVIDADES

El discurso apostólico, como antes el sermón del monte, está precedido en Mt por un sumario de la actividad de Jesús. Esa actividad se concreta fundamentalmente en dos aspectos: *palabra* y *hechos*. La palabra se dirige por un lado hacia el interior de la sinagoga en forma de enseñanza que interpreta las Escrituras y esclarece el cumplimiento de las

promesas. Por otro lado, dirigida hacia afuera, proclama la buena noticia de que el reinado de Dios está cerca. Los hechos realizan lo que la palabra proclama; las curaciones, expulsiones de demonios,... son así signos visibles de que las promesas esperadas se están cumpliendo y que Dios efectivamente ha comenzado a ejercer su soberanía en la historia, aunque sea en una forma incipiente, pero que anticipa ya su plenitud. De este modo la palabra da sentido a los hechos y esclarece su significado. Los hechos hacen creíble la palabra y la historizan en lo concreto. Ambos se complementan y configuran la actividad mesiánica de Jesús.

Este resumen de actividades de Jesús tiene su correspondencia en el resumen de actividades que Jesús solicita de los Doce. Al «recorría... proclamando la buena nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia» corresponde el «id proclamando que el Reino de Dios está cerca. Curad enfermos...» (Mt 10,7-8). Se da una identidad de misión y tarea entre Jesús y los Doce. La comunidad convocada por el Señor es llamada a incorporarse a Jesús, a llevar adelante la actividad misma de Jesús. Su misión es exactamente la misma para cuya realización «la palabra se hizo carne» (Jn 1,14) entrando en la historia humana. Así la comunidad eclesial es llamada a hacerse cuerpo histórico de Jesús, que prosigue su acción evangelizadora y liberadora, como bien expresa el Documento de Puebla: «Ella prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y acción evangelizadora de Cristo» (n. 224).

Este *co-laborar* con Cristo en su tarea supone un *con-vivir* con él, escuchar sus palabras, ser testigo de sus obras. La misión de los Doce es la misión de Jesús. El es el que le da forma y contenido. El enviado debe estar continuamente referido a aquél que le envía. No dice ni hace nada por su propia cuenta, sino lo que ha oído y lo que agrada al que le ha enviado (Cf Jn 8,28-29). Por eso en su relato de la institución apostólica Mc al «para enviarlos a predicar...» hace preceder el «para que estuvieran con él» (3,14). Proseguir la obra de Jesús presupone asimilarse a él, llenarse de su modo de proceder. Se trata ante todo de dar testimonio de «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos» (1Jn 1,1). Es ese «estar con él» el que da consistencia liberadora a la actividad apostólica.

Pero ese «estar con él» exige una actitud asimilativa; hay que empaparse del modo de hacer de Jesús. Hay que contemplar con ojos y corazón muy abiertos cómo actúa el amor encarnado, cómo Dios realiza en la carne limitada su acción liberadora. Hay que ponerse en proceso de valorar las per-

sonas y situaciones, de calar el sentido de los acontecimientos desde la óptica de Jesús, que es la del Padre que le ha enviado. Hay que hacerse discípulo al modo de María, que «guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19).

## ¿POR QUE Y PARA QUE LOS DOCE?

La ilación entre el resumen de la actividad de Jesús y la instrucción sobre la actividad que Jesús espera de la comunidad de los Doce la realiza Mt por medio de la rápida descripción de una secuencia de gestos de Jesús. Tales gestos nos dan una clave muy importante para ahondar en la raíz misma del sentido de la comunidad eclesial. Son fundamentalmente: 1) «Viendo a la muchedumbre», 2) «Sintió compasión de ella», 3) «y llamando a los doce discípulos...».

### «Viendo a la muchedumbre»

*Lo que ve.* La palabra griega «ochlos» significa propiamente gentío, muchedumbre del pueblo. Normalmente designa una multitud desorganizada de gentes. Mc 3,7-12 enmarca la escena de la institución de los Doce sobre el trasfondo de esta presencia multitudinaria formada por gentes venidas de todas las regiones de los alrededores. Nos la describe como una multitud de enfermos y endemoniados, de menesterosos de tal modo ansiosos de algo grande que transforme su existencia, que se arrojan encima de Jesús y le aplastan empujándose unos a otros. Se trata de gente doliente y oprimida que busca afanosamente ser liberada de su situación. En el v. 20, tras la institución de los Doce, vuelve a descubrirse esa multitud que les acosa hasta el punto de que «no podían ni comer».

Mt resume la situación existencial de esa multitud con la frase «estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor». La frase alude a Nm 27,17 donde Moisés pide a Dios poner a alguien al frente del pueblo para que no se disperse. Ahora ese pueblo está «disperso por los montes como ovejas sin pastor» (1 Re 22,17). Abandonado por sus líderes políticos y religiosos, que «se apacientan a sí mismos» y «no se ocupan de mi rebaño», que «ha sido expuesto al pillaje» (Cf Ez 34,8-9). De esta manera, con una breve pincelada que evoca tantos pasajes del Antiguo Testamento, pinta el evangelista la situación de marginación, sufrimiento y opresión de ese pueblo al que Jesús dirige su mirada.

*El modo de ver.* Es significativo el gran número de veces que los evangelistas detallan el gesto de Jesús de ver o de mirar: al enseñar a las multitudes o hablar a las personas, curar, multiplicar los panes, llamar al seguimiento,... Es el gesto del amor solidario que, precisamente porque le importa profundamente la suerte del otro, busca penetrar en la situación real en que se encuentra y descubre su necesidad concreta para adecuar a ella la acción que se sigue. Incluso, paradójicamente, lo que expresa una frase como «mirándoles con ira» (Mc 3,5) es ante todo el amor solidario y concreto al hombre de la mano paralizada y, al mismo tiempo, la incompatibilidad absoluta existente entre ese amor y la actitud insolidaria de esos hombres que, escondidos tras el legalismo y el silencio, anteponen sus intereses personales e institucionales a la calidad de vida del hermano. El ver de Jesús es un ver comprometido con el otro, bien lejos del ver curioso o temeroso de quien se encuentra centrado en sus propios intereses.

#### «SINTIO COMPASION DE ELLA»

Cuando lo que se ve de esta manera es dolor, sufrimiento, opresión, esta visión afecta el corazón del vidente, que siente como propia la miseria del otro. El verbo empleado aquí por Mt para expresar este efecto es «splanchnizomai», cuyo sustantivo significa propiamente «entrañas» y en sentido figurado corazón, amor, misericordia. Con mucha frecuencia va este verbo asociado al gesto de ver la desgracia o la miseria humana, ante cuya vista «se conmueven las entrañas». Expresa los sentimientos que provienen de una actitud de solidaridad e identificación con alguien cuya aflicción y sufrimiento afectan al propio corazón y urgen a buscarle remedio eficaz. (Cf Mt 14,14; 15,32; 18,27; 20,34).

En la parábola del Samaritano, con la que Jesús explica el mandamiento del amor, leemos exactamente las mismas palabras que aquí: «al verlo sintió compasión» («idon esplanchnisthe»). La compasión del samaritano es consecuencia y manifestación no de cualquier ver, sino del ver con amor solidario que, al toparse con el sufrimiento del otro, rompe el corazón e impulsa a acercarse y hacer algo por el hermano doliente: «se acercó a él y le vendó las heridas...». Es exactamente lo contrario del ver sin solidaridad, de un ver desde una perspectiva enclaustrada en el mundo de los propios intereses. Es lo tipificado por el sacerdote y el levita de la parábola: «al verlo dio un rodeo y pasó de largo». Esta manera de ver, sin amor, rehuye acercarse al dolor del otro, rehusa asumirlo como propio y, consecuente-

mente, pasa de largo ante él sin hacer nada. Se contenta a lo más con un sentimentalismo estéril, incapaz de mover a la renuncia de los propios proyectos y seguridades para acomodarse a las necesidades del hermano.

Ahora también a Jesús, al ver a esa multitud atribulada, se le conmueven las entrañas. Esa situación de opresión y abandono se le hace insoportable. Hay que hacer algo por el pueblo. Y es precisamente ese *algo* que Jesús hace para responder a la postración y anhelos del pueblo lo que enseguida nos describe el evangelista.

#### «Y LLAMANDO A LOS DOCE DISCIPULOS»

La llamada está precedida de un breve paréntesis en el que Jesús confronta a los discípulos con la urgencia de dar respuesta a la necesidad del pueblo. «La mies es mucha, los obreros pocos». Emplea el término «therismos» que significa *mies* y *siega*; Mt lo usa en 13,30.39 aplicado a la separación final de buenos y malos. Allí la siega se atribuye a los ángeles, mientras que aquí son los obreros quienes ejercen dentro de la historia la misma actividad que los ángeles realizarán en el momento final. La alusión indica que comienza el tiempo escatológico, la etapa final de la historia, inaugurada con la presencia de Jesús y la cercanía del reinado de Dios. El pastor mesiánico viene a sacar a la muchedumbre de su abandono y aflicción, viene a responder a las necesidades del pueblo marginado y oprimido. La recomendación que hace Jesús a los discípulos de dirigirse al dueño de la mies es una manera de prepararlos para la misión que inmediatamente les va a encomendar. Por un lado apunta aquél en quien se origina toda iniciativa salvadora y de quien parte la misión: «el dueño», que es precisamente «vuestro Padre» (10,20.29), «el que me ha enviado» (10,40). Por otro lado recalca la situación de necesidad de la multitud, que mueve a Jesús a ampliar el alcance de su acción mesiánica por medio de colaboradores.

De este modo es la *compasión*, la necesidad de hacer algo por esa multitud doliente, la que desencadena el «Y llamando a los doce discípulos les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia». La llamada de los Doce y la misión que se les encomienda aparecen así como la respuesta de Jesús a la opresión y marginamiento del pueblo. Como en el Antiguo Testamento la vocación de Moisés fue la respuesta concreta de Dios al sufrimiento del pueblo: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en

Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos» (Ex 3,7), responde ahora Jesús al abandono y dolor del pueblo con la llamada y envío de los Doce.

El poder («exousía») que reciben sobre los espíritus y las enfermedades es precisamente el poder que los configura como respuesta eficaz, capaz de llevar adelante el servicio que se les encomienda. Es el poder mismo dado a Jesús por el Padre (Cf Mt 9,8; 28,18) y con el que realiza la tarea del Reino haciendo que estas ovejas vejadas y abatidas «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

### LA IGLESIA, RESPUESTA DE DIOS AL PUEBLO MARGINADO Y OPRIMIDO

Al leer en clave eclesiológica el relato de la llamada de los Doce, podemos afirmar sin lugar a dudas que la Iglesia es la respuesta de Jesús, y en último término del Padre, a las penas del pueblo marginado y oprimido. La Iglesia surge como concreción operativa de las entrañas de misericordia de Jesús, que se conmueven ante el sufrimiento del pueblo «vejado y abatido» y anhelante de una existencia mejor. ¡Hay que hacer algo! Y ese algo se concreta en *la Iglesia*: «Y llamando a los doce...».

Pero es importante tomar conciencia de que si la Iglesia es respuesta al pueblo, es ante todo respuesta *de Cristo* y, en Cristo, respuesta *de Dios*. No es una respuesta que pueda estructurarse, por muy alta posición jerárquica que se ocupe dentro de la Iglesia, según el propio arbitrio o según la propia lógica, sino aprenderlo Pedro (Cf Mt 16,23). Sólo en la continua referencia a Cristo, en el «permanecer con él», podrá la Iglesia configurarse como respuesta de Cristo, como respuesta cristiana. Nace como fruto del amor misericordioso de Cristo, y nace precisamente para hacerse cauce operativo de ese amor comunicador de vida, que transforma la existencia de los marginados de la historia. Para ser sacramento de la acción salvífica del Señor; y eso significa que en ella tiene que hacerse visible -y visible es lo que se ve- la presencia actuante y liberadora del Dios encarnado. Eso le exige ser «toda de Cristo», como afirma el Documento de Puebla, pero, como prosigue dicho Documento, «con él, toda servidora de los hombres» (n. 294).

Esto nos introduce en la otra cara de la moneda. Esta respuesta de Dios es respuesta *al pueblo*. No se trata de una respuesta abstracta y ahistórica. Se trata de una respuesta concreta a un pueblo concreto en una situación histórica y existencial concreta. Se trata de una respuesta que realmente

cambie las cosas. Respuesta que entre en la dinámica misma de la encarnación: «con él, toda servidora de los hombres». Hacerse con Jesús y al modo de Jesús respuesta real a las necesidades del pueblo doliente. Si, por un lado, hacerse respuesta de Jesús implica dejar que él dé el contenido, por otro lado, ese contenido sólo podrá ser discernido y encontrado asumiendo el modo de actuar de Jesús. Los gestos de Jesús que acabamos de contemplar -*ver, compadecerse, hacer*-, tienen que ser asumidos por la Iglesia.

Si la razón de ser de la Iglesia es hacerse respuesta a las necesidades del pueblo, ¿a dónde tendrá que dirigir su mirada a la hora de estructurarse como Iglesia, a la hora de planificar y organizar su palabra y acción evangelizadoras? Esta conciencia llevó a los obispos en Puebla a comenzar su reflexión precisamente por la «visión pastoral de la realidad latinoamericana». No una visión sociológica o política o económica, sino una visión *pastoral*, visión de pastores que, como sacramentos vivos y actuantes del Buen Pastor, miran con amor la realidad concreta del pueblo en toda su complejidad y crudeza, y que al ver esos «rostros de niños golpeados por la pobreza», de jóvenes desorientados, de indígenas marginados y en situaciones inhumanas, de campesinos relegados, de obreros, de ancianos, etc., reconocen en ellos «los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela». (Cf nn. 31-40).

Y de esa mirada surge la compasión que conmueve las entrañas e impulsa con urgencia a profundizar en las raíces de tanto sufrimiento e injusticia, que se pone del lado del pequeño y del débil, defiende su derecho y busca efectivamente ayudarlo a cambiar su situación.

Pero aprender a mirar al modo de Jesús supone liberarse de muchos prejuicios e intereses personales e institucionales. Supone «renacer del Espíritu» (Cf Jn 3,3-9) con unos ojos nuevos, limpios, que penetren sin miedo en la realidad, por cruciante y cuestionante que resulte. Sólo una Iglesia que mira así será capaz de superar la tentación de «dar un rodeo y pasar de largo» frente al clamor de los pobres, encerrada defensivamente en planes y estructuras rígidamente mantenidos, y tendrá la audacia pastoral de convertirse en Iglesia que «se acerca» con entrañas de misericordia y, ante las necesidades concretas del pueblo que tiene delante, no teme asumir los riesgos e inseguridades de una reestructuración y replanificación que le permitan hacerse más eficaz servidora.

Ese acercamiento al pueblo, a sus anhelos, luchas y esperanzas se convierte así en «medida privilegiada... de nuestro seguimiento de Cristo» (Puebla 1145), en rasgo fundamental que hace reconocible a la verdadera Iglesia de Cristo. Sólo desde la cercanía al pueblo, desde la solidaridad e identificación con sus sufrimientos y su destino, podrá la Iglesia estructurarse y organizarse en todas sus ins-

tancias de forma tal que visibilice los rasgos de ese Cristo del que es sacramento primordial, y sea, como él, causa de esperanza para esa multitud de pobres que anhelan la liberación y a cuyos oídos el anuncio del Reinado de Dios suena como buena noticia que les llena de dicha y alegría.

Tomado de *Diakonía*, Año VIII, Julio-Septiembre 1984, n.31.

